Mar Poldark

María Moreno



Hasta el fin del mundo contigo

Selecta

Hasta el fin del mundo contigo

Mar Poldark
María Moreno

Selecta

A nosotras.
A quienes siguen sus sueños a pesar del miedo,
y sobre todo a quienes viven con el corazón dividido entre dos hogares

Capítulo 1

Bruno

Fiona lo había vuelto a hacer. Y, joder, esta vez por todo lo alto.

Siempre, desde el principio de nuestra relación, se le había dado de lujo meterme en líos. Un talento único, una habilidad innata cultivada con el paso de los años. Debí verlo venir cuando en nuestra primera cita se le ocurrió colarnos borrachos en un cine abandonado y tuvimos que huir de la policía. O cuando nos mudamos a nuestro primer apartamento y acabé metido en una guerra vecinal de pintadas en la puerta y música a deshoras porque a ella no le gustó *el tonito* que la vecina de abajo utilizó para hablar sobre el vecino de arriba. O cuando nos perdimos durante dos días en la montaña porque quiso explorar «senderos alternativos» para ver mejor las estrellas.

A esas alturas, debería estar más que acostumbrado. Debería haber aprendido a decir que no a sus locuras.

Y, de algún modo, habíamos terminado en un pueblucho en la Escocia rural, con un par de mochilas y una maleta (la de Fiona; la mía la habían perdido en el aeropuerto, claro) en la puerta de una

casa que, ya con verla desde fuera, era evidente que se estaba cayendo a pedazos.

Aún no había entrado y ya lo veía con claridad en mi cabeza: las humedades, las termitas, las puñeteras tuberías de plomo. El polvo. Los ratones.

—¡Es perfecta! —exclamó Fiona a mi lado, ilusionada. Manos en las caderas y una sonrisa radiante. Estaba cansada del viaje y, aun así, sus ojos grises brillaban como ese sol que no volveríamos a ver ahora que vivíamos en Reino Unido. A sus pies, Limón, nuestro *golden retriever*, lo olisqueaba todo con curiosidad—. ¡Nuestro nuevo hogar, Bruno! Se acabó el estar de alquiler, esto es *nuestro*. ¿A que ahora que estás aquí lo ves con otros ojos?

Me iba a echar a llorar.

En cambio, asentí con la cabeza y respiré hondo. Me obligué a sonreír.

—Ya estamos aquí —dije, intentando que no sonara como una condena.

—¿Entramos? ¡Vamos a entrar!

Prácticamente saltó de la emoción, se arregló el moño desenfadado en el que se había recogido la melena pelirroja y corrió hacia la puerta con las llaves ya en la mano.

La seguí unos metros por detrás. Como si así pudiera posponer lo inevitable. Como si todavía pudiera salir alguien apuntándome con una cámara desde detrás de un árbol y confesar que *todo esto* no era más que una broma.

No pasó nada, por supuesto. Puse un pie detrás de otro y crucé el umbral de la puerta con un apretado nudo en el estómago. La casa estaba peor por dentro que por fuera.

El olor a humedad y a cerrado me hizo arrugar la nariz, y mirase a donde mirase, la madera estaba hinchada y la pintura, desconchada.

El recibidor polvoriento daba paso a un salón sacado de una película de terror, con los muebles tapados con sábanas y un candelabro con telarañas. Fiona empezó a abrir las ventanas para ventilar, sin perder ni chispa de entusiasmo. Por su parte, Limón se encaminó escaleras arriba sin ningún reparo y lo seguí para comprobar que no se hacía daño o se llevaba a la boca algo que no debía. Una rata muerta, por ejemplo.

—¡Avísame cuando encuentres nuestro dormitorio! —dijo Fiona desde abajo.

Arriba era más o menos la misma historia: madera carcomida, muebles viejos. Un pasillo con algunas puertas que llevaban a diferentes habitaciones. En mi búsqueda, comprobé un par de interruptores para asegurarme de que tuviéramos electricidad, y también encontré un baño, una terracita trasera y lo que parecía una pequeña oficina, a juzgar por la estantería llena de libros estropeados y el escritorio cubierto por otra sábana. A Limón, en cambio, lo encontré tumbado panza arriba en el que debía de ser el dormitorio principal. El nuestro.

Al menos tenía una cama. Dios mío, menos mal que tenía una cama.

—No vayas por ahí tú solo, gordo, que ya no estamos en Savento —dije, agachándome a su lado para acariciarle la barriga. Limón se removió en el sitio, feliz por recibir cariño y me pregunté si él también echaría ya de menos nuestro pueblo de toda la vida a orillas del Mediterráneo. Luego, me asomé a la puerta—. ¡Habitación encontrada!

Dejé la mochila en el suelo y me acerqué a abrir la ventana. Las vistas eran bonitas, eso no podía negarlo. El jardín era grande, si bien estaba muy descuidado, y aunque estábamos a las afueras del pueblo, había otras viviendas cerca. Desde esa ventana, que daba a

la parte trasera de la propiedad y estaba en una pequeña colina, se podía ver la silueta de las montañas recortando el horizonte, y un camino a un par de kilómetros que atravesaba una zona boscosa y llevaba a un lago (no el del monstruo, por suerte; lo que me faltaba). Fiona iba a querer ir en cuanto lo viera.

Y tendría que asegurarme de que no quisiera desviarse del sendero, o acabaríamos perdidos y muertos en un bosque escocés.

Unos pasos resonaron a mis espaldas, acompañados del crujir de la madera.

—¡Me encanta! —Se dejó caer sobre la sábana que cubría el colchón, levantando una nube de polvo. El picor de ojos y nariz fue instantáneo. No me iba a matar el bosque, lo iba a hacer la alergia. Fiona torció el gesto, dándose cuenta—. O sea, deberíamos ponernos a limpiar lo antes posible, pero me encanta. ¡Y tenemos chimenea! Cuando se acerque el invierno, tenemos que averiguar dónde comprar madera, ya verás qué romántico.

—¿Quieres que vaya a buscar un súper y haga la primera compra mientras empiezas?

—¡Por supuesto! —Fiona se levantó, muy dispuesta, y cruzó el cuarto en dos zancadas para abrazarme. Nos quedamos un momento así, en silencio. Su pelo me hacía cosquillas en la nariz, e inspiré su olor, ese que siempre conseguía relajarme. Era increíble que después de diez años juntos aún tuviera ese efecto en mí. Limón se metió entonces entre nuestras piernas, queriendo ser parte del momento, y nos separamos entre risas—. Que no se te olvide comprar huevos, que quiero hacer un bizcocho y llevárselo a los vecinos. ¿O sería mejor que hiciera magdalenas?

—Te va a salir buenísimo hagas lo que hagas. Pero ¿tus magdalenas? Insuperables.

—Buena indirecta para pedir que haga también para ti.

Le guiñé un ojo, divertido.

—Creo que me las he ganado, que no tengo ni pijama.

—Espero que sea verdad lo de que mañana nos traen tu maleta.

—O voy a tener que ponerme tus vestidos.

—¡O mis faldas, que para algo estamos en Escocia!

Me reí, meneé la cabeza y dejé que Fiona tirara de mí con entusiasmo hacia la puerta principal. No podía creer que esa fuera, de pronto, mi vida; que estuviéramos en un país diferente los dos solos. Casados. Estaba casado, con la de veces que había dicho que no pensaba hacerlo, que no necesitaba ningún papel de por medio para demostrar mi amor.

Pero, claro, Fiona siempre se salía con la suya. Por supuesto que me había convencido. De casarnos, de que dejara toda mi vida atrás y empezara de cero a más de dos mil kilómetros de casa en medio de ninguna parte y en un caserón que se caía a pedazos.

Joder, y tanto que me había ganado esas magdalenas.

Capítulo 2

Fiona

¡La casa era perfecta!

Desde que habíamos llegado, tenía el corazón acelerado por la emoción. Allá donde mirara veía una oportunidad. Una historia. Me sentía la primera Barbie a la que le habían construido una casita de ensueño en color rosa.

En mi caso, no hubo ninguna empresa que creyera que Bruno y yo necesitábamos ser la Barbie y el Ken del siglo XXI. En cambio, fue la reciente muerte de mi tío abuelo lo que me dejó con unas tierras en Escocia, todas para mí. En su testamento, una sola condición: solo podría acceder a ellas cuando estuviera casada.

Lo cual era ridículo.

Pero hacía dos años que había perdido mi trabajo de pastelera en Savento y llevaba desde entonces viviendo de la caridad de mi novio.

Siempre habíamos tenido claro que no necesitábamos ningún papel que demostrara que nos queríamos. Yo llevaba toda mi vida viendo a mi madre casarse y divorciarse una y otra vez, como si el

matrimonio no significara absolutamente nada, mientras que nosotros dos llevábamos diez años juntos y no teníamos intención de que eso cambiara. Pero estaba cansada de buscar una oportunidad que jamás llegaba a nuestro pueblo de siempre; y aunque me diera vergüenza admitirlo, necesitaba algo propio para sentirme realizada.

—Fiona, mi amor, te vas a partir una pierna y vamos a empezar la mudanza buscando un hospital en Google Maps. Si es que hay cobertura aquí.

Me reí. Llevaba un rato correteando de una planta a otra para inspeccionar cada detalle, y ahora estaba de puntillas en la mesa del comedor, tratando de alcanzar las telarañas del techo.

—Quiero poner la casa bonita cuanto antes —dije sonriente, y bajé de un salto, cayendo casi en sus brazos. Mi exceso de energía no le sorprendía en absoluto, pero sus ojos verdes me indicaban que algo no estaba bien, si bien quise pensar que era cosa mía—. ¿Quieres ayudarme a limpiar la cocina? He encontrado unas tazas de porcelana que me recuerdan a las que tenía de niña.

—Estás llena de polvo, Fi. —La mirada de Bruno se deslizó sobre mí. No me había dado cuenta hasta ahora, pero se ve que mientras husmeaba por la planta baja me había convertido en un fantasma más de la casa—. ¿De verdad crees que es seguro dormir aquí?

—¡Por supuesto que sí!

Bruno suspiró, no muy convencido. El paseo hasta el supermercado no parecía haberle sentado demasiado bien, había vuelto con el ceño más fruncido de lo normal; sus deportivas favoritas, llenas de barro; y desde nuestra llegada había estornudado tantas veces que sentí una pizca de incertidumbre por mi decisión de mudarnos.

—No tienes remedio. Donde exista una causa perdida, allí estarás

para encontrarle el lado positivo.

—Y por eso mismo empecé a salir contigo —bromeé, dándole un golpecito con el hombro.

Las manos de Bruno se centraron en separar mi pelo en varios mechones y noté cómo los anudaba en una larga trenza de espiga, que a él le salían mucho mejor que a mí. Le dediqué una sonrisa agradecida que correspondió pellizcándome ligeramente la mejilla.

—Vamos a pedirle el alquiler a las arañas de la cocina antes de que nos echen de la casa.

—¡Eres un exagerado!

Mientras escuchaba la cantidad de motivos por los que era una lástima que Halloween estuviera demasiado lejos para aprovechar *la decoración* de la casa, me ayudó a quitar las telarañas del techo subiéndome a sus hombros. Limpiamos los cuatro platos que suponía que habrían pertenecido a mi tío abuelo o algún propietario anterior; ordené la alacena para que se vieran mejor, a través del cristal, los pétalos dibujados a mano sobre el juego de té de porcelana.

Bruno se encargó de asegurar las sillas de madera con la ayuda de una caja de herramientas que encontró en la despensa. Por mi parte, limpié la mesa y empecé a preparar la masa de las magdalenas. Lo primero que hice fue romper unos cuantos huevos y batirlos con las varillas con suavidad. Después, añadí el azúcar, la leche y derretí un poco de mantequilla. Bruno había traído una tableta de chocolate negro que podía fundir y utilizar como cobertura. Ya podía sentir entre mis dientes la esponjosidad de la masa, con ese toque a limón que tanto me gustaba y que tan buenos recuerdos me traía.

—Fi.

—¿Mmm?

—¿Qué haremos si esto no sale bien?

En mis labios se dibujó una sonrisa comprensiva. No me pasaba desapercibida la tensión en los hombros de mi chico, pero confiaba en que, a medida que la novedad se hiciera rutina, Bruno pudiera relajarse y ver lo que tan claro veía yo: que esta era la oportunidad de nuestras vidas, que esta casita llena de potencial era justo lo que necesitábamos.

—Sé lo mucho que te cuestan los cambios —dije tratando de sonar tranquilizadora—, pero solo acabamos de llegar y podemos decorar y organizar este lugar como queramos. Es *nuestra* y la vamos a convertir en un hogar. Ya verás que en unos días todo esto deja de dar vértigo.

Bruno suspiró. Se acercó a mí hasta apoyar su mentón en el hueco de mi hombro. Su silencio me aliviaba tanto como me preocupaba, pero toda incertidumbre desapareció cuando me rodeó la cintura con los brazos. Su calor me hacía sentir que estaba en el lugar correcto, que no importaba cuantas veces deambulara de un lado a otro sin rumbo, él me sostendría con todas sus fuerzas para que no fuera a la deriva.

—Espero que hagas muchas magdalenas, no voy a conformarme con solo una.

—Eso lo daba por hecho. —Sonreí.

Loch Haven era uno de los pueblos más pintorescos que jamás había visto. Estaba cerca de un enorme lago en el que esperaba que estuviera escondida la mismísima Nessie, pero era un asunto del que hablaría más tarde con Bruno. La hilera de casas que se aferraban a la orilla eran de piedra, de tejado de pizarra y destacables chimeneas que me recordaban a las que dibujaba de niña. La mayoría contaba con pequeños jardines delanteros, plantas

autóctonas y algún limitado sendero de piedras redondas que conducían a una valla de madera.

La gente deambulaba de un lado a otro, como si fueran los personajes secundarios de un cuento que había empezado a leer al poner un pie en Escocia.

¡Era tan emocionante!

No podía dejar de sonreír de oreja a oreja. Miraba a cada lado, saludando como si ya fuera una más del pueblo. La cálida sensación del recipiente que llevaba entre mis manos me aseguraba que no vivía un sueño: era mi realidad. Mi cuento perfecto.

—Vosotros debéis de ser los pobres diablos que habéis comprado la casa del viejo Brendam.

Bruno se detuvo con la confusión escrita en el rostro. Me bastó con mirarlo para saber que no se había enterado de una sola palabra. Se había tragado las siete temporadas de *Outlanders* antes de venir para familiarizarse con el acento escocés, pero el inglés nunca había sido su punto fuerte, aunque no se le diera del todo mal. El hombre que teníamos delante no debía de ser mucho mayor que nosotros, quizá un par de años. Era alto, de hombros anchos y pelo rojizo rizado. Su mirada se deslizaba de uno a otro como si quisiera encontrar alguna lógica a nuestra decisión, pero me limité a ladear la cabeza en un gesto inocente.

—En realidad, era mi tío abuelo —expliqué con calma, amortizando por fin ese grado de Estudios Ingleses que hasta ahora nunca me había servido de nada—, falleció hace unos meses. Hemos tenido la suerte de que nos dejara su casita en Loch Haven.

—A mí no me gustaría heredar una casa maldita. —Enarcó una ceja como si de repente me hubiera salido un tercer ojo en la frente —. El pobre Brendam terminó dejándose llevar por los recuerdos y su condenada soledad.

—¿Ha dicho la palabra «maldita»? —preguntó Bruno en voz baja, con una nota de pánico en la voz. Por supuesto, *esa* era la palabra que había entendido—. Fiona, no me jodas con que también tenemos que exorcizar la casa.

—Está exagerando, Bruno —respondí, manteniendo la sonrisa para quitarle importancia—. No se refiere a fantasmas literales.

—Dijiste que tu tío abuelo había vivido aquí con su mujer, que estaba llena de recuerdos felices.

—Hace unos siete u ocho años, cuando ella lo dejó. —Encogí los hombros porque *quizá* había maquillado un poco ese detalle—. Después se fue a vivir con mi padre hasta que murió.

—Por cierto, yo soy Darragh —se presentó el muchacho que teníamos delante—. Tengo un taller en el pueblo. Si necesitáis algo podéis contar conmigo.

—Yo soy Fiona. Él es Bruno, mi marido.

—¿Cuánto lleváis casados?

—Una semana. —Sonreí, cohibida—. Aunque hemos estado diez años de novios.

—Entonces se puede decir que esta es vuestra luna de miel, ¿no? Espero que a vosotros os vaya mejor, porque parece que todo el que entra a esa casa está destinado a separarse. Si esas paredes hablaran...

No era una persona miedosa. Adoraba las películas de terror, y más si disfrutaba de los respingos de Bruno cada vez que veíamos una. Pero parecía hablar tan en serio que sentí un poco de incomodidad.

—¿Son los recién casados?

Darragh maldijo entre dientes cuando perdió la estabilidad de su firme postura. Se removió inquieto, como si le hubiera picado una chinche y no pudiera zafarse de ella. Cuando quise preguntarle si se

encontraba bien, me di cuenta de que unos brazos rodeaban su cuello. Solo hizo falta una décima de segundo para ver cómo una muchacha de pelo rizado en tono chocolate asomaba la cabeza desde su hombro.

—Mellie —la amonestó Darragh con la ceja enarcada—, dejaste de tener diez años hace mucho tiempo.

—Deja de gruñir como un lobo hambriento. Siento mucho sus formas. Soy Amelia, pero podéis llamarme Mellie. Tenemos un pueblo pequeñito, así que es maravilloso ver caras nuevas.

Él parecía estar mordiéndose la lengua para no enzarzarse en una batalla dialéctica que de pronto me resultó demasiado interesante. Intentaba no ser cotilla, porque sabía que era una costumbre fea, pero no podía evitarla. Y a Bruno le gustaba un buen chisme igual que a mí, así que quizá eso lo animaría.

—¿Sois pareja? —pregunté con curiosidad.

Mellie deslizó la mirada hacia el hombre al que no dejaba de molestar para arrebatarle algún que otro gruñido. Se separó de inmediato de él, como si el contacto de su piel quemara. Darragh ni siquiera quiso ser parte de la conversación, centró su atención muy lejos de nosotros, como si no me hubiera escuchado.

—No. —Rio ella—. Es el mejor amigo de mi marido.

—Ay, lo siento, no quería...

—¡No te preocupes! —Mellie sonrió, pero me dio la impresión de que había abierto una herida difícil de cerrar—. Supongo que a veces me excedo. ¿Qué es eso que huele tan bien?

—¡Oh! Trabajaba en una pastelería; quería causar una buena impresión —expliqué. Entrelacé los dedos de mi mano libre con los de Bruno, que seguía escuchando la conversación en silencio, tan concentrado como si estuviera haciendo el *listening* de un examen.

—Entonces haremos un *tour* por las casas de los vecinos. La

señora Moore es la panadera del pueblo, hace unos cranachan deliciosos —comenzó a enumerar Mellie con los dedos—. El señor Byrne tiene una taberna en la plaza, y algunas noches se organizan bailes. ¡Oh! Y O'Brien querrá enseñar a tu marido a utilizar la gaita. Deberíamos empezar cuanto antes, no queremos que nadie se pierda el regalo de bienvenida.

—Mellie —advirtió Darragh para aminorar su emoción—, acaban de llegar, no los agobies.

—Dice el que hace dos minutos les estaba hablando de maldiciones y casas encantadas, que te he escuchado.

—¡No es ningún agobio! Me parece un plan fantástico. ¡Me muero de ganas de conocer a todo el mundo! —Miré a Bruno, emocionada —. Mellie va a presentarnos a los vecinos, casa por casa. Y van a enseñarte a tocar la gaita.

—Muchas gracias, pero no —aclaró Bruno mirando alternativamente a Mellie y a mí—. Conmigo no contéis. Tengo que buscar sábanas para esta noche. Y bombillas.

Estuve a punto de decirle que teníamos suficientes bombillas para pasar la noche, que seguro que podíamos ir a alguna tienda de sábanas por el camino o que tal vez alguien pudiera dejarnos un par de mantas para esa noche. Sin embargo, noté la tensión en sus hombros, esa postura de «quiero salir corriendo» tan propia de él cada vez que algo lo incomodaba. No era buena idea insistir; acabábamos de llegar, ya tendría tiempo de conocer a todo el mundo.

—¿Te parece bien si voy yo?

—Por supuesto, desaprovechar esas magdalenas recién hechas sería un insulto.

Bruno no esperó a que yo dijera nada más, tan solo se inclinó para dejar un casto beso sobre mi frente.

—Pórtate bien y nada de llenar el pueblo de purpurina, que nos conocemos.

—No podrás detenerme si te vas.

—Que Loch Haven corra el riesgo por hoy.

Se marchó sin ni siquiera probar las magdalenas que tanto le gustaban.

Capítulo 3

Bruno

Cuando llegué a nuestra casa con un par de sábanas nuevas, bombillas y alguna linterna, Limón se abalanzó sobre mí tras bajar a toda prisa las escaleras. Lo acaricié detrás de las orejas, pero al momento algo más captó su atención y salió disparado por un pasillo.

Dejé las bolsas sobre la mesa del salón y miré alrededor. Puede que la casa estuviera más limpia que hacía unas horas, pero si ya de entrada me había parecido lúgubre y desoladora, ahora que no estaba Fiona para llenar cada rincón con su energía y canturreos, me resultó aún más inquietante.

Era el principio cliché de cualquier película de terror: una parejita joven que se muda a una casa para reformarla y empieza a ver cosas raras. Ya incluso los vecinos nos habían advertido de que estaba maldita. Con mi suerte, si alguno de los dos empezaba a ver apariciones o muebles moverse solos iba a ser yo. Estaba seguro. El fantasma me iba a matar el primero. Lo prefería así.

Joder, si esa noche se nos aparecía un espectro, iba a coger a

Fiona y a Limón, y a salir por patas al aeropuerto sin mirar atrás. Si mi pobre corazón aguantaba el susto, claro. No las tenía todas conmigo.

Para sacudirme la sensación de mal rollo, puse las sábanas limpias en nuestro dormitorio, lavé a fondo el baño de arriba y, cuando comprobé que el agua salía limpia y caliente, me di una ducha. El familiar olor a menta del champú que había comprado en el supermercado inundó el aseo, y dejé que el agua arrastrase la inquietud de la que parecía ser incapaz de desprenderme.

Después, salí al porche con un café y me senté en un escalón mientras Limón correteaba por el jardín. El agotamiento de la limpieza se sumó al del viaje y a lo poco que había dormido en las últimas noches, así que apoyé la cabeza en una viga de madera para ver cómo el sol descendía y el cielo se llenaba de rosas y morados. Estábamos en verano, pero ya empezaba a refrescar.

No me moví, aun así. Y entonces, con el paisaje verde recortado por las montañas y el sol escondiéndose, me golpeó por primera vez la certeza de que estaba *muy* lejos de casa. Muy lejos de mi familia, de mis amigos, de las calles en las que había crecido. Una extraña sensación de vacío se apoderó de mi estómago y de mi pecho, parecida al vértigo. Como la bajada repentina de una montaña rusa.

Estaba aterrado. Hacía años que no vivía con mis padres, pero de pronto la habitación de mi infancia se me antojaba un refugio cálido, seguro. Y aquí me sentía... desamparado. Solo. Era raro, porque con Fiona nunca me sentía solo.

Tragué saliva y respiré hondo un par de veces para deshacer el repentino nudo en la garganta.

«Joder, Fiona, ¿en qué lío me has metido esta vez?».

Fiona apareció un rato después, cuando el sol ya se había escondido

por completo, alumbrando el camino con la linterna del móvil y una sonrisa tan radiante que podría haber iluminado el pueblo entero. Yo seguía en el porche, con los brazos helados, acariciando distraído a Limón, acurrucado a mi lado.

La escuché tararear el estribillo de una canción de *Vaiana*. Sonaba contenta, así que la ronda de presentaciones debía de haber ido bien. Me alegraba. Hablando con los vecinos, Fiona parecía un pececillo en el agua, tan desenvuelta. Tan natural. Yo, en cambio, había tenido que poner todo mi empeño en comprender apenas frases sueltas de un lado y de otro. Y, por supuesto, había sido incapaz de hilar ni dos palabras para presentarme. Debían de estar pensando que era idiota.

Entrecerré los ojos cuando la luz del móvil de Fiona me dio justo en la cara.

—¿Qué haces aquí?

—Tomar el aire. —Sonreí—. ¿Qué? ¿Cómo ha ido?

—¡Genial! He conocido a un montón de gente, ¡y mis magdalenas han sido un éxito! No te preocupes, te he guardado algunas. ¡Oh! Y he conocido a la panadera, la señora Moore. Mellie cree que igual me puede conseguir trabajo con ella, porque ya está mayor y le vendrían bien unas manos extra. ¿No sería maravilloso?

—Eso sería estupendo, Fi. Me alegro mucho de que te lo hayas pasado tan bien.

Aunque lo dije con sinceridad, Fiona pareció verme algo en la cara, porque de pronto su expresión cambió.

—¿Estás bien, Bruno?

Asentí convencido y me puse de pie. Me sacudí el pantalón. Tenía las piernas y las manos un poco entumecidas por el frío.

—Ha sido un día largo.

Fiona se acercó a mí y me puso las palmas en la cara antes de

darme un beso. La calidez de sus labios y su piel era abrumadora.

—Estás helado —dijo, bajito, y me cogió de la mano para entrar al interior de la casa. Limón no dudó en seguirnos—. Te prometo que no hay fantasmas. Ni ninguna maldición, vaya tontería.

—Te encantaría que los hubiera solo por darle un toque extra de emoción.

La risa de Fiona me vibró en el pecho, cantarina.

—Prometo protegerte de los fantasmas hipotéticos; he visto suficientes pelis de miedo.

Me reí y meneé la cabeza.

—Si algo he aprendido de esas pelis es que lo más inteligente es correr cuando el instinto te dice que lo hagas.

—Bueno, también hay que plantarle cara a los miedos de vez en cuando —dijo con la voz cargada de intención. Se apoyó en la encimera de la cocina y sacó un táper de cristal de la bolsa que traía. Al abrirlo, el contenido aún humeaba—. El dueño de la taberna nos ha dado un poco de estofado, porque dice que debemos de estar cansados y nos vendrá bien algo calentito. Todo el mundo está siendo muy amable.

—La verdad es que sí. Y huele muy bien.

Nos sentamos uno frente al otro en la mesa del comedor, con dos cuencos humeantes de un estofado que tenía muy buena pinta. Tenía el estómago un poco cerrado, pero me dije que con la barriga llena vería las cosas de otra manera.

Sabía lo ilusionada que estaba Fiona con todo esto, y quería poner de mi parte. Me gustaba verla feliz; no habría cambiado mi vida entera si no.

Después de comer, Fiona propuso irnos a la cama temprano, así que mientras ella se daba una ducha, le di un paseo corto a Limón, le llené los cuencos de la comida y del agua, y fui a nuestra

habitación. Mi ropa estaba quién sabía dónde, perdida junto a mi maleta, así que hasta que nos la trajeran tan solo tenía una muda extra (de, por suerte, ropa deportiva y cómoda que podría usar de pijama) que había acabado entre las cosas de Fiona y algunos calzoncillos en la mochila.

Ella ya estaba en la cama, con un camisón rosa por encima de las rodillas y el pelo desparramado sobre la almohada. Apagué la luz, dejando solo el anaranjado resplandor de las pequeñas lámparas que descansaban sobre las mesitas de noche. Luego, me tumbé junto a Fiona y nos tapamos con las sábanas, mirándonos el uno al otro. Suspiré. La almohada resultó ser más cómoda de lo que esperaba.

—Hola —dijo en voz baja, sonriente y con la penumbra dibujando sombras en su rostro. Estaba preciosa.

—Hola —respondí, y le puse una mano en la cadera con cariño.

—No puedo creer que estemos aquí por fin.

—Después de tanta preparación.

—Y tanto papeleo, qué pesadilla.

Los dos nos reímos. Luego, Fiona se quedó un poco seria antes de volver a hablar:

—Sé que no hemos tenido mucho tiempo para nosotros últimamente, pero te prometo que te lo voy a compensar —dijo, entrelazando sus dedos con los míos, y me dio un suave beso en los labios—. Aquí vamos a estar bien, ya verás. Limón tiene mucho espacio para correr, tú vas a tener toda la paz del mundo para trabajar, yo me voy a pasar el día rodeada de dulces, y los viernes podemos ir a bailar al pueblo. —Otro beso, más largo esta vez, más lento. Un suspiro—. Y cuando queramos más ambiente, nos vamos un finde a Edimburgo. Qué felices vamos a ser, Bruno, y esta es la primera noche del resto de nuestras vidas.

La atraje un poco más a mí, besándola de nuevo. Fiona era experta en convencerme de que todas sus locuras tenían sentido, y lo cierto es que, en ese momento, me lo creí. Sonaba muy bien: una vida tranquila en un lugar como aquel en el que parecía detenerse el tiempo. Noches de películas y chimenea con Limón hecho una bola a nuestros pies. Mis manos se deslizaron por los muslos de Fiona y ella dejó escapar un suspiro, pegando su pecho al mío y pasándome los dedos por la espalda.

Quizá con un lavado de cara esto no estaría tan mal. Quizá, y solo quizá, Fiona tenía razón y esto podía convertirse en un hogar. En *nuestro* hogar.

Seguí acariciándola cada vez con un poco más de urgencia a medida que nuestras respiraciones se aceleraban. Un suave gemido escapó de sus labios cuando metí la mano bajo su camisón y rocé el borde de su ropa interior.

Escuchamos el crujido un segundo antes de que la cama se rompiera.

Un grito después, el colchón estaba en el suelo, y tardé un segundo en comprender que las tablas de madera del somier debían de haber cedido. Oh, pero eso no fue lo peor. Lo peor fue el enjambre de insectos diminutos que cubrió la habitación como una nube.

Fiona daba gritos a mi alrededor, de pie en el colchón, mientras daba manotazos delante de su cara, queriendo apartar los bichos. Yo hice más o menos algo parecido, pero con los labios apretados por temor a que se me metieran en la boca. En su momento más «princesa Disney», Fiona tuvo la brillante idea de saltarme encima para que la defendiera de los insectos, y yo, que estaba entrando en pánico y que por lo visto de príncipe tenía más bien poco, perdí el equilibrio y fuimos los dos a parar al suelo.

Habría preferido que se nos apareciera el fantasma.

Un rato más tarde, estábamos sentados en el sofá de la vecina más cercana: la señora Campbell, una anciana a la que acabábamos de conocer, con sus siete nietos de entre dos y once años pululando a nuestro alrededor y Fiona convirtiéndose en la mejor amiga de todos ellos. Yo tenía una bolsa congelada de guisantes envuelta en un paño y pegada a la mejilla, porque no bastaba con los bichos, sino que por supuesto me había dado una hostia con la cómoda al caer y ahora se me iba a hinchar la cara.

La señora Campbell nos había dejado pasar allí la noche y nos había recomendado a alguien que vendría lo antes posible a ayudarnos con nuestro problema con las termitas. Cuando consideró que era la hora de descansar, mandó a un par de sus nietos a dormir al sofá para que nos dejaran sus camas, y le dimos las gracias alrededor de cuarenta veces tanto a ella como a los niños a los que habíamos robado sus cuartos.

—Vaya una historia que contarle a nuestros futuros nietos —comentó Fiona con cara de circunstancias, tumbados cada uno en una cama.

En otro momento me habría reído con ella a pesar de todo, pero me dolía la cara y estaba de muy mala hostia. Con aquella casa que a lo mejor sí que estaba maldita, con Escocia en general y con Fiona en particular, por arrastrarme a esta locura. Y sobre todo conmigo mismo, por haberme dejado convencer cuando desde el principio me pareció mala idea.

—Vaya forma de empezar el resto de nuestras vidas —respondí malhumorado.

Fiona no dijo nada y me di media vuelta. Nunca nos íbamos a dormir enfadados, pero esa noche estaba dispuesto a hacer una

excepción con tal de que el día acabara de una vez.

Capítulo 4

Fiona

La tensión entre nosotros comenzaba a acentuarse más de lo necesario. Sabía que no debía preocuparme de más y que lo arreglaríamos, pero tenía un pellizco en el pecho.

No me gustaba estar mal con Bruno. Era como si lo único estable en mi vida se tambaleara hasta sentirme al borde del precipicio.

Pero podía arreglarlo.

¡Por supuesto que podía!

Solo tenía que pensar en otra cosa que no fuese la actitud solitaria que había tomado desde que llegamos a Escocia, cinco días atrás. Entendía que le costara adaptarse al pueblo, porque mientras yo era espontaneidad, él solía aferrarse con uñas y dientes a su zona de confort. Bruno se abría poco a poco a los demás, así que sabía que, antes o después, Loch Haven se ganaría su corazón.

Era muy temprano, pero la habitación estaba vacía, por lo que Bruno debía de haberse desvelado. Sacudí los pensamientos negativos que revoloteaban por mi cabeza antes de que los primeros rayos de sol iluminaran la habitación que nos había dejado la señora

Campbell. Me daba pena por sus nietos, que se habían atrincherado en el salón como si estuvieran de campamento, por lo que solía prepararles unas tortitas de plátano, chocolate negro y frambuesas en una disculpa silenciosa que ellos pedían con una sonrisa en los labios cada vez que me veían aparecer.

Aunque no podía decirlo en voz alta, me gustaba la convivencia improvisada que compartíamos y estaba aprendiendo cosas que en la ciudad jamás habría disfrutado ni en mis mejores sueños.

—Parece que tu marido se ha marchado a la casa con mi Marshall antes de que amaneciera.

La presencia de la señora Campbell me provocó un respingo, pero me recompuse enseguida ofreciéndole un té de menta, mi bebida confort cuando me sentía inquieta o preocupada. Ella lo aceptó en silencio, con ese brillo de ilusión en sus ojos rasgados.

—Agradece mucho la hospitalidad, pero no quiere molestar demasiado —justifiqué inclinándome con ligereza sobre la mesa de la cocina—. ¿Marshall es el experto en termitas?

—Es mi yerno —respondió, y me regaló una afectuosa sonrisa que alivió buena parte de la inquietud con la que me había levantado esa mañana—. Vive en Edimburgo con mi hija Rhona, pero pasarán un par de semanas en el pueblo, ahora que tienen vacaciones.

—¿Todos los niños son sus...?

—¡Me habría encantado que así fuera, jovencita! —Rio ella y sorbió el té más rápido de lo normal. No sabía bien cómo podía aguantar las peleas, los correteos por la casa de sus nietos más pequeños e incluso las primeras complicaciones de los más grandes —. Mi Lilian, la pequeña de dos años, es la única nieta que me han dado por el momento. No se lo digas a nadie, pero la vida en la ciudad no es tan divertida como pensaban cuando se mudaron, y aunque no quieran decírselo a esta señora mayor para que no se

preocupe, Marshall es un libro abierto para mí.

—¿Puedo pedirle un consejo?

—¿Quieres compartir conmigo la molestia de tu marido? —preguntó, provocando que mi corazón diera un vuelco en el pecho. Era más evidente la inquietud de Bruno de lo que yo quería esconder —. Sé guardar un secreto: ser mayor no implica compartir con todo el pueblo las inquietudes de una pareja joven. Tampoco soy ningún... ¿Cómo es eso que dice mi pequeño Markus? Ah, sí, *quiché.*

—¿Cliché?

No pude evitar contener una carcajada, la adoraba a pesar de conocerla desde muy poco tiempo. Su manera de querer estar al día para comprender a sus *niños*, como ella los llamaba, me resultaba tan interesante como divertido.

—¡Eso es lo que he dicho! —Frunció el ceño muy convencida de que era yo la que me había equivocado—. No entenderé bien el idioma en el que habláis los jóvenes, pero sí puedo decir algo con la experiencia de una señora que echa de menos a su marido desde que se marchó al otro mundo: las relaciones se forjan a través de las caídas y los errores, y todas tienen sus momentos altos y bajos. No os conozco apenas, muchachita, pero los dos parecéis buenas personas y se nota que os queréis, así que si habéis tenido algún desacuerdo... No se debe sentir vergüenza de pedir perdón; es la palabra más valiente que jamás escucharás.

Me quedé sin aliento. Me pregunté por qué no veía esto como una oportunidad en lugar de una catástrofe. Una ocasión de estar más unidos.

Solo quería que estuviéramos bien. Era lo único que deseaba.

Todo lo demás había quedado atrás, y el capítulo que apenas empezábamos a leer era mucho más interesante que el que había terminado. Era el comienzo de una nueva aventura.

E iba a demostrárselo.

—¡Gracias, señora Campbell! —grité emocionada, dando saltitos a su alrededor sin poder ocultar mi emoción—. ¿Por qué lo estaba viendo como un problema? ¡Voy a buscar un lugar bonito y le diré cuánto lo adoro por haberme acompañado a Escocia y...! ¡Vamos, Limón! Tenemos que recuperar a un marido malhumorado.

Limón ladró feliz desde la puerta del jardín: tenía que recuperar a *papá* antes de que desapareciera junto a los cimientos de nuestra casita de ensueño.

El silencio que envolvía al lago Ness me parecía tan íntimo como cautivador. La suave brisa que azotaba el agua agitaba los pequeños botes atrapados en el embarcadero. Me habría gustado decirles que todo estaría bien, que el misterio que envolvía al lugar era producto de las leyendas que rodeaban sus tierras. El graznido de un ave rompiendo ese mutismo que me resultaba reconfortante de pronto me erizó la piel.

¡Pero no pasaba nada!

Mi plan iba a funcionar. Estaba segura de ello.

—Fi, sabes que no me gustan las sorpresas —gruñó Bruno a mi espalda. Le había puesto ojitos para que me dejara vendarle los ojos y arrastrarlo a los pies del lago—. Debería estar supervisando las obras con Marshall, no aquí.

—Solo será un rato —le recordé tras haberlo convencido entre súplicas—. Además, estoy segura de que te encantará.

Mi mirada se posó en mi pequeña obra de arte. Había recurrido a Mellie para que me ayudara a encontrar el sitio perfecto para un pícnic.

Quería que fuera original.

Único e inigualable.

Por eso, obligó a Darragh, casi a punta de pistola, a que me

prestara su bote de pesca: no era el más bonito del mundo, pero podía darle un buen lavado de cara.

Durante toda la tarde, los nietos de la señora Campbell y yo preparamos un mantel pintado a mano con corazones. Unos sándwiches de mantequilla de cacahuete —mis favoritos, por supuesto—, y los de queso que tanto le encantaban a Bruno. Pasé por la tienda de comestibles en busca de una sidra de manzana, pero tuve que conformarme con un zumo de piña, que tampoco estaba mal.

Solo esperaba que no se levantara más viento y mis velitas de colores no se fueran al traste.

—¿Confías en mí?

Bruno enarcó una ceja, pero, no tardó en suspirar.

—No puedes utilizar un diálogo de *Aladdín* para que esta situación parezca más mágica.

—Por supuesto que puedo —dije orgullosa. Agradecí que no me viera levantar el mentón con diversión—. De hecho, lo acabo de hacer.

Mi idea principal era cogerlo de la mano y ayudarlo a subir nuestro pícnic sobre el agua, pero no quería que la experiencia terminara antes de empezar. Me puse de puntillas detrás de él y conté hasta tres antes de quitarle el pañuelo empapado con una de mis colonias favoritas.

—¡Sorpresa! —grité con entusiasmo—. Sé que no hemos empezado nuestra nueva vida con buen pie y...

—¿Y por eso vamos a empezarla pasada por agua?

—¡Oye! —Le di un codazo mientras pasaba a su lado, pero Bruno no me permitió escapar; me acercó a su cuerpo con ese ligero brillo de frustración que últimamente aparecía en sus ojos, pero me dio la sensación de que empezaba a divertirse—. ¿Conoces a alguien capaz

de hacerte un bonito pícnic en el lago Ness?

Se le escapó una risa que fue más bien una exhalación de aire, con esa cara suya de «Fiona, no tienes remedio».

—Fiona...

—¿Qué pasa?

—El lago Ness está como a doscientos cincuenta kilómetros al norte, gracias a Dios. Hay un montón de lagos en Escocia; este no sé ni cómo se llama.

Boqueé como un pez, perdida. Y un poco desilusionada.

—Pues mi gozo en un pozo; tenía planes de hacerme amiga del monstruo.

—Por supuesto que los tenías.

—¡Bueno! Este lago también tiene su encanto, ¿no te parece? —probé a decir, esperanzada—. ¡Mira qué vistas tenemos, y...!

—Me encanta —me cortó de inmediato, estrechándome entre sus brazos. La distancia de las últimas noches se desvaneció como si jamás hubiese existido—. ¿Qué ha preparado mi encantadora mujer con cero interés en aprender a cocinar nada que no sea dulce?

—Unos sándwiches muy ricos con los que te chuparás los dedos —respondí con orgullo—. ¿Empezamos la aventura? Darragh me ha enseñado lo básico para utilizar los remos, así que todo irá sobre ruedas.

Bruno no contestó, tan solo se inclinó sobre mí para depositar un suave beso en mi frente. La presión que había sentido en el pecho se deshizo con una facilidad inesperada.

Nuestro pícnic sobre las aguas del lago fue mucho más bonito de lo que imaginaba. El siseo de las velas y el delicioso sabor de la mantequilla de cacahuete en mi paladar lo convirtieron en uno de los momentos más felices de mi vida. A mi lado, Bruno parecía cómodo siendo un puntito más en Escocia, como si la mala suerte que nos

perseguía últimamente jamás hubiese existido. Le sonreí, mostrándole los hoyuelos que sabía que siempre lo dejaban sin respiración.

—Sé que esto no está siendo exactamente la luna de miel que esperabas —comenzó a decir él, abandonando el cartoncito de zumo a un lado. Pese a que su voz sonaba calmada, había algo en su mirada que no me dejó del todo tranquila—, y sé que no estoy siendo la mejor compañía. No tienes la culpa de lo que ha ocurrido. Todo esto es muy nuevo, y tengo que adaptarme.

—Incluso cuando nos enfadamos, prefiero tu compañía a la de cualquier otra persona —dije, porque era verdad. Luego, sonreí—. ¡Y te vas a adaptar, ya verás! Además, el tema de las termitas ha sido inesperado, pero, por lo que me ha dicho la señora Campbell, su yerno es muy bueno en lo que hace. Pronto podremos empezar a pintar la casa, acomodar los muebles y reclamar una vez más tu maleta al aeropuerto.

—No puedo creer que aún no haya llegado. Si no la recupero tendré que ponerme tu vestido favorito.

—¡De eso nada! —protesté inclinándome sobre él para darle un pequeño empujón—. No comparto mi ropa contigo.

—Hace solo unos días estabas vestida de blanco prometiendo delante de todo el mundo que te unías en matrimonio conmigo en la salud y en la enfermedad; en la riqueza y en la pobreza —me recordó Bruno deslizando su mirada de un extremo a otro del bote; el ligero tambaleo le había quitado las ganas de seguir devorando la comida—. ¿Nos mentiste a todos, Fiona?

—No hay ninguna cláusula en nuestro certificado de matrimonio que cite textualmente que mi ropa sea tuya.

—Pero tú sí.

Sus palabras me dejaron por completo sin respiración. Siempre

sabía elegir las adecuadas para acelerarme el corazón. Me embelesaba su amor por mí; su deseo de tenerme a su lado para siempre cuando éramos como la noche y el día. Ni siquiera le preocupaba que mis decisiones nos llevasen a estar en medio de la nada, si lo enfrentábamos juntos.

—Te quiero, Bruno —susurré notando como mis mejillas enrojecían—. Te prometo que no habrá más contratiempos. Todo irá bien.

Estábamos uno enfrente del otro, con un delicioso tentempié que había salido mucho mejor de lo que esperaba. Sentía que mis alocadas ideas me habían hecho recuperar no solo a mi marido, sino también a mi mejor amigo.

—Yo también, Fi —correspondió con una sonrisa que no tardó en desaparecer cuando el bote se sacudió más de la cuenta—, pero hazme un favor y no te muevas más.

—Pero quiero abrazarte ahora.

De un momento a otro olvidé que estábamos a unos metros de la orilla y que había organizado aquel improvisado plan para borrar el ceño fruncido de su frente. Lo que quería por encima de todo era achucharlo bien fuerte; necesitaba tanto sentir que no me estaba equivocando con mis decisiones que me lancé sobre él.

Bruno me atrapó entre sus brazos, y solo entonces me di cuenta de que tal vez tanto movimiento no era buena idea. Si no estabilizábamos el bote, lo que había empezado como un ligero movimiento se convertiría en el fin de un plan perfecto. Bruno maldijo entre dientes, levantándose un poco asustado para controlar la situación. Intenté acomodarme para equilibrarlo, pero solo lo empeoré.

—¡Por tu madre, Fiona, quédate quieta!

Bruno chilló e intenté ponerme de pie, pero era demasiado tarde.

Mis piernas no encontraron estabilidad y mi cuerpo amenazó con salirse del bote, pero antes de caer al lago y ser la cena de la prima sureña de Nessie, él me cogió del brazo.

Cayó conmigo y todo terminó pasado por agua.

Capítulo 5

Bruno

Cuando tenía quince años, Daniel y Juande me convencieron para nadar hasta la boya que estaba a unos ciento cincuenta metros de la orilla.

Nunca me había gustado no saber si lo que me separaba del fondo eran solo centímetros o si había metros y metros de oscuridad a mis pies. Aun así, me porté. El camino hasta la boya fue divertido, incluso: me reí con mis mejores amigos a medida que la gente en tierra firme se hacía más pequeñita. Nunca había nadado tan adentro, pero la adrenalina me corría por las venas; una mezcla perfecta entre miedo, emoción y la euforia al llegar a la boya como recompensa por haber salido por una vez de mi zona de confort.

Al menos hasta que en el momento de regresar, al imbécil de Juande se le ocurrió hacerme una ahogadilla. Había supuesto que estaba hondo y había intentado no pensar demasiado en ello, pero hundirme y sentir solo oscuridad y agua fría convirtió toda la adrenalina en pánico. Más aún cuando algo me tocó el pie —¿un pececillo?, ¿un alga?, ¿un monstruo marino de quince metros con

tentáculos y dientes de tiburón?— y empecé a patalear desesperado. Cuando saqué la cabeza, mis amigos se rieron de mi histeria repentina y mis gritos de «¡algo me ha tocado!», pero cuando vieron que tragaba más agua de la cuenta y mis esfuerzos descoordinados por mantenerme a flote, se asustaron.

Probablemente no es fácil arrastrar a tu colega en plena crisis nerviosa hasta la orilla, y aun así lo hicieron como dos campeones. Yo estaba llorando cuando salimos del agua, pero tuvieron la decencia de ahorrarme el ridículo diciéndole al resto de nuestro grupo que me había picado una medusa, y de acompañarme a un sitio más tranquilo hasta que me calmé. Tenía muy buenos amigos.

Doce años más tarde, lo único que impidió que la ridícula situación se repitiera fue que, tras el instante de pánico al hundirme en el agua helada, encontré el suelo y pude impulsarme hacia arriba. Estaba lo bastante hondo como para no hacer pie, pero no lo suficiente como para esconder al monstruo con tentáculos y dientes de mis pesadillas.

Aun así, el agua fría y el *shock* inicial me estrujaron los pulmones durante unos segundos que se hicieron eternos. Mientras pataleaba para mantenerme a flote, busqué con la mirada a Fiona para asegurarme de que estuviera bien. Y, por supuesto, me la encontré en medio de un ataque de risa, con el vuelo de su vestido rosa flotando a su alrededor. Parecía una náyade ahí en medio, con el pelo mojado y esa sonrisa radiante enmarcada por un par de adorables hoyuelos. Realmente el mundo entero era el elemento de Fiona, siempre un pez en el agua en la situación que fuera, sin importar lo mucho que se complicaran las cosas.

No dudaba de su amor en absoluto, pero de vez en cuando no podía evitar preguntarme qué cojones había visto en mí esa chica tan increíble, cuando siempre habíamos sido la noche y el día.

—¡Qué fría está! —exclamó entre carcajadas, y miró el bote dado la vuelta con todos sus preparativos repartidos por el agua o hundiéndose, ahora comida para los peces—. ¡Ay! ¡Corre, Bruno, tenemos que recoger esto!

Fiona aún reía mientras le dábamos la vuelta al bote entre los dos y echábamos dentro lo poco que pudimos rescatar. Luego, empezamos a empujarlo hasta la orilla.

Lo que debían de ser algas me acariciaron los tobillos a medida que el agua se volvía menos profunda, y no respiré tranquilo hasta que por fin toqué tierra firme con la suela de mis deportivas. Salí del agua jadeando y un poco tembloroso, mezcla entre el frío, el esfuerzo y la impresión de caer al lago.

Fiona, a mi lado, estrujó la falda de su vestido, empapado. Ahora que se le había pasado el ataque de risa, en su expresión había dibujada una sutil disculpa.

—No era como esperaba que acabase la cita.

Me pasé una mano por la cabeza, echándome hacia atrás el pelo mojado que se me pegaba a la frente, y suspiré.

—Me imagino, ya. Quiero pensar que no estabas intentando recrear la escena de la barca de *La Sirenita*.

Fiona se rio ante mi broma.

—Sabes que siempre he tenido debilidad por el príncipe Eric.

Meneé la cabeza. Ni siquiera estaba enfadado; sabía que había sido un accidente. Fiona se había esforzado en prepararnos una cita y no quería dejarle un mal sabor de boca. Aun así, desde que habíamos aterrizado en Escocia, el universo al completo parecía estar mandando señales de que este no era nuestro sitio. O el mío, al menos.

—Anda, vamos a recoger lo que ha sobrevivido al chapuzón; quiero ir a ver cómo va Marshall.

—Pero primero tenemos que pasar por la casa de la señora Campbell a por una ducha caliente y ropa seca.

—Entonces ¿cuál vestido vas a prestarme? —le pregunté mientras echaba el mantel hecho una bola en una de las bolsas de Fiona—, ¿el amarillo de tirantes o el verde con flores?

—¡Ninguno!

—Pues el verde me sentaría bien; seguro que me resalta los ojos.

La sonrisa de Fiona se ensanchó, divertida.

—Bueno, pues ya sé qué regalarte para tu cumpleaños. ¡Pero mis vestidos no se tocan! A ver si en casa de la señora Campbell hay algo que te valga.

Eso esperaba, o iba a tener que pasearme con la ropa así hasta que se secara. Llevaba toda la semana alternando entre mis dos mudas y la camiseta celeste que llevaba ese día, la cual había comprado en el pueblo, y ahora que mis otros dos conjuntos acababan de salir de la lavadora, toda mi ropa estaba, oficialmente, empapada. Y con esta humedad, lo estaría un buen rato.

Una que vez terminamos de recoger, fuimos a casa de la señora Campbell, que nos miró un poco escandalizada y nos mandó a la ducha del tirón. Luego, mientras Fiona, con el pelo envuelto en una toalla, preparaba tortitas para los críos, decidí ir a ver cómo iba Marshall.

El sol ya comenzaba a esconderse tras las lejanas montañas y la temperatura había bajado lo suficiente como para refrescar sin que fuera desagradable.

El camino fue corto, ya que la señora Campbell era nuestra vecina más inmediata, y justo cuando puse un pie en el porche, la puerta se abrió y un hombre grande y rubio apareció frente a mí.

—Eh, ¿cómo vas? —conseguí preguntarle en inglés a Marshall.

—Bien, acabo de terminar. Mañana ya podréis volver a casa.

A diferencia de *todos* los escoceses a los que había conocido hasta ahora, Marshall era el único que me hablaba despacio y hacía un esfuerzo activo en que me enterara de lo que estaba diciendo. Su suegra, desde luego, parecía agradable, pero entre el acento cerrado y la velocidad a la que hablaba, era incapaz de mantener el hilo.

Además, la mayoría de la gente en este pueblo parecía haber notado ya que era el imbécil que se había venido al extranjero sin entender ni papa de inglés. No era que no comprendiese *nada*, en realidad, porque sí lo hacía. Pillaba palabras, frases y más o menos sabía de qué iba la conversación, pero me bloqueaba a la hora de abrir la boca. Y cuando se daban cuenta de que me estaba perdiendo, la mayoría pasaba a dirigirse solo a Fiona, lo cual me hacía sentir cada vez más invisible en la conversación. Más aislado.

Marshall, en cambio, hacía lo que podía por adaptarse a mi inglés chapucero, razón por la cual apenas me había movido de la casa en los dos días que había tardado la fumigación, agarrándome casi inconscientemente a la única persona del pueblo, además de Fiona, con la que podía (más o menos) hablar.

Saqué un par de cervezas frías de la nevera y Marshall se sentó a mi lado en la mesita del porche, dejando a un lado sus aparatos de fumigar. Luego, se abrió la lata y le dio un trago.

Hubo un extraño silencio entre ambos. Apenas nos conocíamos y el día anterior ya habíamos agotado los temas de conversación triviales, así que tenía sentido que no tuviéramos mucho de lo que hablar. Pero él no parecía estar incómodo tomándose la cerveza en silencio, y por mí genial, porque mientras no abriera la boca no parecía estúpido.

Tras unos minutos sin decir nada, Marshall pareció darse cuenta de algo y me observó con una ceja alzada y gesto divertido:

—¿Esa ropa es mía?

Suspiré, mirando el polo blanco de mangas cortas y los vaqueros que, por la diferencia de tamaño entre Marshall y yo, me quedaban grandes.

—Fiona y yo nos hemos caído al lago. Tu suegra... —Intenté buscar las palabras para explicarle que ella me había prestado la ropa, pero terminé gesticulando con las manos antes de rendirme—. No tengo nada limpio.

—No te preocupes. —Marshall dejó escapar una carcajada—. De todas formas, la mayoría de ropa la tengo en Edimburgo; la que está aquí es vieja.

—¿Te gusta vivir en Edimburgo?

La sonrisa amable de Marshall flojeó un poco, y se pasó una mano por el pelo rubio rapado.

—A ver, no está mal. En la ciudad hay mucho que hacer, todo va más rápido, pero...

—¿«Pero»?

—Loch Haven nunca ha dejado de ser mi hogar. Es donde he crecido, donde están mis padres, mis amigos de siempre... Pero en fin, el trabajo es el trabajo y hay que buscarse la vida.

Asentí, apretando los labios. Me llevé la lata a los labios, ganando tiempo antes de atreverme a preguntar:

—¿Se hace más fácil?

Marshall chasqueó la lengua.

—Sigue siendo difícil a veces. Pero te acostumbras. Además, tengo conmigo a Rhona y a mi pequeña, ya sabes.

Lo entendía. Claro que lo entendía. Yo apenas llevaba una semana en Escocia, pero escuchar que años después seguía siendo difícil para él no me hacía sentir mejor. Menos aún cuando tenía en cuenta que Marshall ni siquiera había salido del país, que no estaba tan lejos.

Pero aunque no me sirviera de consuelo, al menos me hacía sentir comprendido.

Él debió notar algo, porque recuperó la sonrisa y me dio una palmada amistosa en el brazo.

—Vais a estar bien, Bruno —dijo en tono tranquilizador—. Nos tenéis aquí para lo que necesitéis.

Le di las gracias y él añadió algo más que no comprendí, pero que debió de parecerse a «bueno, ya me voy», porque apuró lo que le quedaba de cerveza, recogió sus cosas y se marchó en dirección a casa de la señora Campbell, probablemente para buscar a la pequeña Lilian e ir a su propia casa con su mujer.

Me quedé solo en el porche, mirando la puerta cerrada de la entrada de esa casa en la que no habíamos dormido ni una sola noche aún. De hecho, desde que habíamos llegado a Escocia habíamos dormido con un montón de niños pequeños y una señora mayor, lo cual no contribuía demasiado al romanticismo ni mucho menos a la paz mental que tanta falta me hacía.

«Vais a estar bien».

¿Por qué un desconocido sonaba tan convencido de ello cuando yo tenía tantísimas dudas?

Tal y como había prometido Marshall, al día siguiente ya tuvimos luz verde para volver a nuestra casa y, como si fuera una señal, también llegó un coche a nuestra puerta para traer mi maleta perdida.

—Habíamos empezado nuestra vida aquí con mal pie —dijo Fiona, y agarró el rodillo largo para pintar la pared del salón—. Esto es una segunda presentación, ya verás. De aquí en adelante va a ser mejor.

Me reí, recordando cómo el día anterior había hecho la misma promesa justo antes de caernos al lago.

—Eso espero, sí. Oye, ¿cuándo decías que habías quedado con la

mujer de la panadería?

—¡El martes! Estoy de los nervios. Ojalá me dé trabajo, porque es el sitio perfecto para mí.

—Si necesita a alguien, no va a encontrar a nadie mejor que a ti.

Fiona sonrió, feliz. Tenía el pelo naranja recogido en un moño desenfadado y un peto viejo que, conociéndola, pronto se llenaría de manchas de pintura. Ahora que no teníamos que pagar alquiler ni hipoteca podríamos vivir bien solo con mi sueldo, y en cuanto contratásemos internet en la casa y se acabaran mis días de vacaciones por la boda, podría seguir teletrabajando como antes. Sin embargo, sabía que Fiona quería trabajar, y sobre todo sabía que sería muy feliz en una panadería, así que en serio esperaba que consiguiera su oportunidad.

—Sé que te dije que había pensado en intentar dar clases de inglés a distancia o de español a los niños del pueblo, pero si me sale lo de la panadería...

—Los dulces te gustan más que la gramática.

—¡Exacto! Y el olor de las panaderías es mi favorito.

—Espero pan recién hecho todos los días.

—¡Faltaría más! —Se acercó a darme un beso en los labios, contenta—. Ah, por cierto, dice Darragh que deberías pasarte alguna noche por la taberna, que quiere presentarte a sus amigos.

Oh, vaya. Con lo bien que iba la conversación.

Hundí mi rodillo en el bote de pintura y escurrí la sobrante antes de comenzar a pintar la pared, fingiendo no haber escuchado las últimas palabras de Fiona. Sin embargo, incluso mientras lo hacía, sabía más que de sobra que no lo dejaría pasar así como así.

—¿Qué te parece? —insistió ilusionada, poniéndose manos a la obra con la pared de enfrente—. ¿Te apetece pasarte esta noche?

—¿Yo solo?

—Parece que es como una noche de chicos, ya sabes. Mientras puedo quedar con Mellie, si está libre.

—No tienes que buscarme un plan para poder quedar con tu amiga.

—¡Lo sé! Es solo que me parece que te vendrá bien ir a tomarte algo y conocer gente.

De nuevo, pospuse mi respuesta todo lo posible. Claro que sonaba bien, lo de conocer gente y hacer amigos. Y parecía el primer paso para adaptarme al pueblo, pero...

—No sé, quizá otro día —dije, poco convencido—. Pero puedes salir con Mellie si te apetece.

—¿Por qué no quieres ir?

—Quiero acostarme temprano. Me apetece dormir un día hasta tarde sin que me despierte una jauría de niños con ganas de tortitas.

Fiona dejó escapar un «hum» pensativo. No se había creído mi excusa, por supuesto. Me conocía demasiado bien.

—Sé que se sale de tu zona de confort, Bruno, pero verás que luego te alegras de ir.

Me reí por la nariz.

—Iré otro día. Solo estoy cansado.

—No hace falta que vayas mucho rato, en cuanto quieras irte...

—Fi, estamos teniendo un buen día, no quiero que se estropee.

Me giré para mirarla y ella parpadeó un par de veces, sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque o bien hago el ridículo intentando hablar con ellos o piensan que soy estúpido por quedarme mirando sin decir ni entender nada. En cualquiera de los dos casos me voy a sentir mal.

De pronto, la mirada de Fiona se llenó de ternura.

—Oh, cariño. Nadie va a pensar nada malo de ti, y menos si ven que te esfuerzas. Y tu inglés no es malo, solo te pones nervioso.

Bajé la mirada y tragué para deshacer el repentino nudo en la garganta. De algún modo, Fiona siempre era capaz de decir exactamente lo que necesitaba escuchar.

—Además —continuó—, Marshall seguro que estará ahí y podrá echarte una mano.

Me lo pensé. Una parte de mí quería estar, atreverse a aceptar el reto de ir y socializar y superar la barrera lingüística. Quizá después de un par de cervezas podría soltarme y perder el miedo a hablar. Al fin y al cabo, eran un par de copas de más las que me habían hecho ceder por fin a las insistencias de Fiona sobre casarnos y cambiar de país. Sin embargo...

—Otro día —repetí en voz baja, un poco decepcionado conmigo mismo. Fiona no era el tipo de persona que perdía oportunidades por miedo, pero yo sí—. Hoy me apetece quedarme en casa. Pero sal tú, si quieres.

—Está bien. —La sonrisa de Fiona era comprensiva, y le agradecí como nunca que no insistiera más—. ¿Noche de sofá y Netflix?

Suspiré aliviado.

—Te quiero mucho, Fi.

—Yo a ti el doble. Venga, el que termine antes de pintar su pared elige la película.

Sonreí y miré ambas paredes. Estaban más o menos igualadas, aunque quizá yo le sacaba un poco de ventaja.

—Trato hecho.

No sabía si, como había dicho Marshall, íbamos a estar bien, pero sí que Fiona siempre se las arreglaba para hacerme sentir mejor. Y si ella estaba a mi lado, por lo menos nos las arreglaríamos para que fuera un poquito más fácil.

Capítulo 6

Fiona

La buena suerte por fin bendecía a nuestra casita de cuento. La fumigación había sido un auténtico éxito, pero si algún bichito intentaba dormir con nosotros en los próximos días, moriría de un pequeño ataque al corazón antes de invitarnos, sin billete de vuelta, a casa de la señora Campbell.

Aun así, yo seguía con mis visitas reglamentarias por la tarde. Me encantaba prepararle a sus nietos tortitas, crepes de chocolate y mi postre estrella: magdalenas de plátano y chocolate negro.

Además, Marshall había conseguido que Bruno saliera un poco de su duro caparazón. Mi corazón me decía que se entendían a pesar de la barrera que suponía hablar idiomas distintos, pero ver a mi chico sonreír como lo hacía con sus amigos hizo que ese pellizco de incertidumbre que me dejaba sin respiración desapareciera sin dejar rastro, y me permitía sumirme en aquel bonito sueño donde comíamos perdices para siempre.

—Este me queda fatal.

Giré de izquierda a derecha delante del espejo. Me había probado

un vestido azul de cuadros que se amarraba al cuello. Era bonito, pero no pegaba en absoluto con la estética de Loch Haven. Sabía que era una tontería, que la gente joven del pueblo también pedía ropa por internet y no vestían como si hubieran salido de un cuento, pero quería que el atuendo para la entrevista fuese lo bastante *aesthetic* como para encajar en mi visión de aquel lugar, en la nueva vida que intentábamos construir. Por eso, me probé un peto vaquero, me recogí el pelo en dos trenzas e hice un pase de modelos en nuestra habitación aprovechando que Bruno estaba en el jardín delantero.

—¿Vas a una granja, Fiona? —Me amonesté a mí misma con el dedo índice alzado y como si mi reflejo pudiera esconder la cabeza avergonzada—. Nada de vaqueros.

No sé cuánto tiempo estuve arrojando ropa sobre la cama hasta que vi cómo mi armario temblaba por el frío de la mañana. Frustrada, me tiré sobre el colchón, escondiéndome entre camisas, pantalones de lino y esos vestidos con vuelo que tanto me gustaban.

Con la mirada clavada en el techo me negué a admitir que me daba miedo fallar. Mi madre siempre decía que el esfuerzo era la llave del éxito, y por eso nunca me permitía quedarme quieta, como si cada segundo sin avanzar fuera un nuevo fracaso que añadir a la lista, y ya había pasado suficiente tiempo estancada. Había sido bastante difícil darlo todo en un hogar repleto de exigencias que poco tenían que ver con una niña. Por eso, cuando cumplí los diez años, me prometí que no volvería a sentirme excluida en mi propio hogar.

—Bruno y yo podremos con esto —dije esperanzada, intentando convencerme a mí misma—: adiós al alquiler y a las facturas desorbitadas, y Limón no sufrirá por dormir en un pasillo más estrecho que una caja de zapatos. Todo será fantástico y podré

invitar...

—¡Fiona!

El grito de Bruno hizo que diera un saltito en la cama, y por un momento me sentí como un personaje secundario en una película de terror. Siempre pensé que en una situación así sería la primera en morir, pero por el chillido de mi marido, tal vez fuera la segunda.

«Seamos una buena secundaria, aunque no sea rubia».

—¡Ya voy!

Me levanté y dejé abandonado mi desfile, saliendo con el último modelito que había probado: unos pantalones de pana en color café, una camisa de cuadros roja y negra y mis trenzas. No era el *outfit* perfecto, pero los ladridos de Limón empezaban a preocuparme.

Salí escaleras abajo y crucé el umbral de madera que Marshall había asegurado para que no terminara por caerse, y busqué a Bruno con la mirada.

—¿Bruno?

Limón volvió a captar mi atención. Se encontraba al pie de uno de los árboles más grandes de la zona. De una de sus ramas caía el columpio del que me enamoré nada más llegar a la casa, pero sacudí la cabeza centrándome en él. Estaba de una pieza.

—¿Qué pasa, precioso? —susurré agachándome a su altura; su pelo era tan suave como el de un peluche y solo con tocarlo me apetecía echarme una siesta sobre él—. ¿Estás bien? ¿Dónde está el asesino en serie?

—¿Ese sería tu nivel de preocupación si realmente hubiera un asesino?

La voz de Bruno volvió a provocarme un respingo. Miré alrededor. Por cómo había sonado, no debía estar demasiado lejos. No lo vi por ningún lado, pero Limón comenzó a mover la cola emocionado.

—¿Te han enterrado en el jardín mientras me vestía?

—¿Ya quieres ser viuda?

—No. —Negué con la cabeza aferrándome un poquito más a Limón—. ¿Qué dirían de mí si mi marido se convierte en uno de los fantasmas de la casa?

—Seguro que harías una atracción turística. —Bruno chasqueó la lengua, divertido—. Aquí arriba. En el árbol.

Confundida, levanté la barbilla hacia la copa del árbol, juntando cada vez más las cejas. A unos metros sobre mí, Bruno estaba de pie en una de las ramas, y entre sus manos descansaba un palo de fregona con una antena que no había visto en mi vida.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Buscar señal. —Una rama crujió cuando se movió para buscar un punto más alto y el corazón me dio un vuelco—. No puedo trabajar si no tenemos conexión a internet. Necesito que me digas qué rama te parece más alta de estas dos.

—Cariño, no te lo tomes a mal, pero la antena está en el tejado.

—Sé dónde está, pero se ha roto. Por eso he hecho una nueva; necesito entrar a la reunión en línea que tengo esta tarde.

Me mordí el labio inferior, conteniendo una carcajada. ¿Cómo le decía que parecía que estaba haciendo taichí encima del árbol?

—¿Y no es más sencillo que vayas a la cafetería del pueblo? —dije con toda la delicadeza que pude—. Hay una zona con ordenadores, quizá te sirva mientras arreglamos la antena.

—No conozco las instalaciones de nuestro bonito pueblo, Fiona.

—Para eso estoy yo. —Sonreí con dulzura—. Para recordarte que estamos bien equipados y que no nos encontramos en el siglo VI antes de Cristo.

Bruno quiso protestar; sabía que a veces podía ser un poco sabelotodo. Sin embargo, dio un resbalón que hizo ladrar a Limón. Me tapé los ojos con las palmas de las manos para no ver a mi

marido partirse la crisma en el jardín.

—Sigo vivo. —Le escuché decir con tono burlón—. Tranquila, no irás de funeral.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Dime.

—Bájate del árbol antes de que sea a mí a la que tengas que enterrar.

—Eres una exagerada.

—¿Yo? ¡El otro día te preocupaba que me subiera a una mesa!

Derrotado, dejó caer su antena improvisada sobre la hierba. No sé cómo lo hizo para deslizarse por la rama y descender por el tronco del árbol. Mi instinto no fue otro que tirarme a sus brazos. Le acaricié la cara para comprobar que de verdad estuviera de una pieza. Le presioné las mejillas con las yemas de los dedos, le tiré de los labios para asegurarme de que tenía los dientes en su lugar y enrosqué las piernas alrededor de su cintura.

—Estoy entero, Fi —susurró con aquel tono aterciopelado con el que conseguía cautivarme. Presionó los labios sobre mi frente y yo solo pude besarle la nariz y los labios, aliviada—. De acuerdo, nada de buscar conexión sobre un árbol.

—La próxima vez, si no te apetece socializar con extraños, estoy segura de que Marshall te acogerá en casa un rato para dejarte wifi.

—A sus órdenes —respondió Bruno con una ligera sonrisa en sus labios—. Aunque me gustaría saber a dónde vas tan guapa. ¿A cortar tu árbol favorito, leñadora?

—Tengo la entrevista en la pastelería, tonto.

—Así que te has puesto acorde a la situación disfrazándote de Anne Shirley.

Le di un codazo en las costillas para zafarme de él; adoraba al Bruno picajoso que deseaba captar mi atención. Me habría

encantado gritarle que solo tenía ojos para él, pero prefería guardarme las palabras para sus momentos de debilidad.

—¿Debería cambiarme? —pregunté con cierta duda—. Quizá piensan que quiero mofarme de su forma de vestir o de sus costumbres y nos rechazan por eso y todo se va al traste y...

—Fiona —dijo mi nombre, pero estaba tan sumida en mis miedos que apenas lo escuché. No quería que la entrevista saliera mal. Tenía potencial suficiente para hacer postres deliciosos; los nietos de la señora Campbell podían confirmarlo. Y, sin embargo, estaba hecha un auténtico flan—. Eh, tranquila. Si hay alguien perfecto para ese trabajo, esa eres tú, cariño.

Los brazos de Bruno me aferraron a su cuerpo. El calor que desprendía su piel fue suficiente para sentirme como en casa. Incliné mi cabeza hasta ubicarla en el hueco de uno de sus hombros y me mantuve en mi pequeño escondite durante el tiempo suficiente para recomponerme.

—Lo siento.

—No hay nada de malo en tener miedo —susurró él con cariño—. Haremos una cosa, ¿quieres que te acompañe? Y de paso me enseñas dónde están esos ordenadores para la reunión de luego.

—¿Estás seguro?

—Claro, venga, super-Fiona, hora de sonreír como siempre.

Cuando los latidos de mi corazón volvieron a la realidad, me permití alejarme de él. Unas lágrimas traviesas escaparon de mis ojos, pero fueron acompañadas por una sonrisa repleta de alivio.

¿Qué iba a hacer sin Bruno?

Era mi otra mitad, la fuerza que necesitaba para poder construir mi castillo, para superar cualquier obstáculo.

Ir con él de la mano a Loch Haven alivió por completo mis temores. Se alejaron de nuestro pequeño paseo mientras

hablábamos de temas triviales sobre qué preparar de cena esa noche, Darragh y su *intenso* interés en Mellie, además de las tradiciones del pueblo que tanto se alejaban de las de nuestro anterior hogar.

El repiqueteo de las campanas de la iglesia captó nuestra atención. No era una persona religiosa, pero una melodía tan grave solo podía avecinar tristeza. A nuestro alrededor la gente se agolpaba por las calles adoquinadas del pueblo. Era la primera vez desde que nos mudamos que veía a tantas personas a nuestro alrededor, pero lo más increíble era que nos aferraban de los brazos entre lágrimas mientras hablaban de alguien que ni siquiera conocíamos.

—¿De qué va todo esto? —dijo Bruno a mi lado mientras una mujer que no conocía lloraba desconsolada.

—A saber. Venga, vamos a ir con ellos, quizá nos expliquen qué está pasando.

—Tampoco tenemos opción de soltarnos.

—¡Mi pobre Morgan! —gritó una mujer de la edad de la señora Campbell, llevaba sobre la cabeza un pañuelo de color negro—. Era demasiado joven para irse tan pronto de este mundo.

«Así que es un funeral. Imagino que todo el mundo se conoce, por eso lo están pasando tan mal».

—Era una mujer maravillosa —añadió un hombre mayor, que se sostenía al que parecía ser su hijo—. Sus propios abuelos fueron parte de los inicios de Loch Haven; una pena que sus hijos estén en el extranjero y no puedan venir a despedirse.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Bruno a mi lado con curiosidad.

—Noventa y tres años —contestó el mismo hombre con tristeza—. Se nos ha ido muy pronto, pero la soledad es la peor enfermedad que existe.

Bruno y yo nos miramos. No entendíamos muy bien por qué éramos parte de un funeral de una señora que había vivido mucho más que nosotros y a la que ni siquiera nos presentaron. Le hice un gesto con la barbilla para que entrelazara las manos mientras entrábamos a la iglesia, a lo que él se negó en redondo.

—¿Tu no tenías una entrevista?

—Seguro que se ha pospuesto —respondí al ver a Mellie cerca del altar. Me hizo un gesto con la mano que parecía un «luego hablamos», así que tiré de mi marido hasta uno de los bancos de madera. Por un momento, incluso sentí un nudo de emoción en la garganta al ver a todas esas personas llorar la pérdida de aquella mujer que tan querida debía de haber sido.

—Una casa llena de termitas, más de una noche durmiendo en casa de una desconocida y sus nietos —enumeró Bruno con pesar—. Y ahora somos parte del adiós de una *señorita* que vete a saber quién era. ¿Qué será lo próximo, Fiona?

—¿Un apocalipsis zombi?

El batido de pestañas que le regalé no le hizo ni la menor gracia, pero a mí me resultó reconfortante. Nuestra vida en Loch Haven era tan diferente a la anterior que parecía que nos habían tirado de cabeza a una de esas comedias románticas que ponían en la televisión los domingos por la tarde. Cualquier día venía Netflix y nos compraba los derechos.

—No lo digas ni en broma.

—¿El tío abuelo de Nessie sale del lago?

—Fiona...

—Entonces aparece un highlander superguapo en nuestra casa porque está buscando al amor de su vida y...

—Y resulta que soy yo y os tenéis que pelear a muerte por mi corazón.

—No te atrevas a cambiarme por un highlander buenorro, Bruno —dije fingiendo ofenderme.

—Tendrás que ganar la pelea.

A él se le daba mejor que a mí mantener la cara seria, y tuve que apretar los labios para contener la sonrisa que me tiraba de las comisuras. Dios mío, no podía reírme; estábamos en un funeral.

—Claro que ganaría; no voy a dejar que me roben a mi hombre. Los zombis y los fantasmas de la casa se pondrán de mi parte.

Bruno meneó la cabeza, con un destello de diversión en sus ojos verdes.

—No tienes remedio, cariño.

—Por eso me adoras, porque de un funeral te puedo sacar una serie de diez temporadas.

Y mientras él contenía la risa, yo fingí ser una muchacha más del pueblo que lloraba la ausencia de una desconocida.

Capítulo 7

Bruno

—¿Podrás tener el informe listo para el jueves, Bruno?

—A primera hora lo tendrás en el correo.

Los ojos castaños de Amanda, mi jefa, rodeados de unas sutiles arrugas, me miraron con aprobación desde el otro lado de la pantalla del portátil.

Aún no nos habían arreglado la antena, por lo que, durante la última semana, la cafetería en la que estaba se había convertido en mi lugar de referencia cada vez que tenía una reunión. Como había dicho Fiona, incluía una zona de trabajo que solía estar vacía y, sobre todo, con buena conexión.

—Perfecto —asintió, y se apartó de la frente uno de los mechones rubios que se le habían escapado del moño—. Envíaselo como una copia también a Patricia, que dijo que quería echarle un ojo.

—Por supuesto.

Amanda pasó a comentarle algo a otra de mis compañeras mientras me apuntaba la tarea en la agenda. Siempre había sido muy organizado con mis cosas, e incluso yo estaba dispuesto a

admitir que en ocasiones lo era *de más*. No me sentaban bien los cambios ni los imprevistos, lo que hacía aún más irónico que hubiera decidido pasar la vida con una persona que era la encarnación del caos y la improvisación. Sin embargo, me gustaba creer que nos complementábamos: ella me sacaba de mi zona de confort con sus ideas de bombero retirado y yo intentaba apagar los fuegos o, al menos, tener listo el plan de evacuación.

—¿Y qué? ¿Cuándo pensáis venir por España? —me preguntó mi jefa tras dar por finalizada la reunión para todos los demás.

—Aún no tenemos nada previsto —admití—. Apenas llevamos un mes por aquí, y es probable que Fiona empiece a trabajar en la panadería del pueblo, así que tendremos que adaptarnos a sus descansos.

—Claro, claro. Tendrás que pasarte por la oficina cuando vengáis, que te echamos de menos.

Llevaba ya cuatro años llevando la contabilidad de la empresa de Amanda y su mujer, Patricia, y ahora que teletrabajaba a tiempo completo, era cierto que echaba de menos los dos días en semana que pasaba por la oficina y el buen ambiente con el resto de compañeros, pero sobre todo me alegraba de mantener mi puesto ahora que vivía fuera del país.

—Y yo a vosotras, ya lo sabes.

—¿Cómo os va por allí? ¿Estáis contentos?

—Sí, claro —asentí con el mismo entusiasmo que utilizaba cuando hablaba con mis padres y se preocupaban por si teníamos algún problema—. La casa es vieja y necesita unos arreglos, pero nada que no solucionen unas manos de pinturas.

Pude notar cómo me crecía la nariz a medida que hablaba.

—Qué bien, Bruno. Me alegro mucho, de verdad. Había un par de apuestas rondando por la oficina a que aguantarías tres días antes

de volverte a Savento, ¿sabes?

—¿En serio? —Me obligué a reír, intentando que no me flojeara la sonrisa. Al parecer mis compañeros me conocían mejor de lo que creía—. ¿Y qué pensabas tú? ¿Te he hecho ganar dinero o perderlo?

La risa de Amanda fue ligera, divertida.

—Ganarlo, por supuesto. Patri y yo hemos apostado por ti desde el minuto uno, ya lo sabes. Sabemos que vayas a dónde vayas, te va a ir bien.

Le sonreí y poco después me despedí de ella. Lo cierto era que la mayoría de los días se me hacían cuesta arriba, que me sentía más solo que nunca y solo veía señales por todos lados de que esto había sido una mala idea. Echaba de menos mi vida al menos quince veces al día, sí, pero al menos la gente que había dejado en Savento creía que me estaba yendo bien, que me adaptaba y que había tomado la decisión correcta.

Me gustaba pensar que mis problemas en Loch Haven se quedaban aquí dentro; que fuera de esta burbujita todo seguía siendo igual y mis miedos y fracasos ni siquiera existían. Que el mundo seguía esperándome tal y como lo había dejado.

Guardé el portátil en la mochila y me levanté. Una vez fuera de la cafetería, mi primer impulso fue ir directo a casa tal y como había hecho las veces anteriores, pero me detuve. Miré a mi alrededor, a las aceras empedradas y las casitas pintorescas. Apenas había gente por las calles y hacía un solecito agradable; quizá era buen momento para darme una vuelta y conocer más a fondo el pueblo como tantas veces me había animado a hacer Fiona. Conseguir alguna pequeña victoria entre tanto fracaso.

A un par de calles de la cafetería encontré una plaza pequeñita con la estatua de un señor con bigote y montado a caballo que no tenía ni idea de quién era. Sentados en un banco de piedra, una

parejita de adolescentes me hizo pensar en mis inicios con Fiona. Por aquel entonces tendríamos más o menos su edad, y no había mejor plan para el verano que sentarnos en el paseo marítimo con una bolsa de pipas una que vez caía la noche y el calor nos daba una tregua. Con solo cerrar los ojos podía verla delante de mí, con la cara más redondita y aniñada, tan risueña como siempre y con el pelo acariciándole los hombros.

Era increíble lo mucho que habían cambiado nuestras vidas desde los diecisiete, todo lo que habíamos construido en estos diez años de relación. El Bruno de entonces se habría reído si le dijeran que acabaría viviendo en un pueblecito de Escocia después de casarse con la pelirroja con la que estaba empezando a salir y, a decir verdad, al Bruno de ahora también le costaba creérselo buena parte del tiempo.

Pasé por la puerta de la guardería y acabé frente a una pequeña biblioteca. A lo mejor podía sacar algún libro que no pareciera muy complicado, aprender algo de vocabulario o expresiones nuevas que me ayudaran a parecer menos idiota cada vez que abría la boca.

La biblioteca era muy pequeñita, apenas una sala con un puñado de mesas redondas y paredes llenas de estanterías. Tras el mostrador junto a la puerta, un hombre con el pelo blanco tecleaba algo en un ordenador de mesa que parecía tener más años que él. Alzó la vista al notar mi presencia y me sonrió con amabilidad, pero no dijo nada, así que me dediqué a mirar las baldas repletas de libros.

Ensayé mentalmente cómo pedirle al bibliotecario que me hiciera un carné o lo que fuera que utilizaban en aquel lugar para sacar libros mientras hojeaba un par de manuales que hablaban sobre Escocia, tanto de historia, leyendas locales (cómo no, con el monstruo del lago Ness en portada) y alguna guía de viajes. Los

libros de fantasía solían ser mi opción segura, pero tanta palabreja inventada no iba a ser fácil de digerir. Tras un rato, acabé con el primero de *Percy Jackson* en las manos. De pequeño eran mis favoritos, así que quizá fueran una buena opción para empezar y...

—Eh, Bruno.

El inesperado susurro a mis espaldas me hizo dar un brinco. Al darme la vuelta, Darragh estaba justo ahí, con una torrecita de libros entre los brazos.

—¿Buscando algo para leer? —me preguntó, y su sonrisa se volvió más divertida al fijarse en el libro para preadolescentes que tenía entre las manos.

Ah, genial. Adiós a mi plan para parecer menos estúpido.

—Uno de los nietos de la señora Campbell me ha pedido que le lleve un libro —improvisé, con un inglés que sonó extrachapucero incluso para mí.

—Seguro que le gusta.

De su siguiente frase solo pillé el nombre de Mellie y, por cómo miró los libros que llevaba en los brazos, interpreté que venía a devolverlos de su parte. Aunque con *ese* acento, podría haberme insultado y yo no habría pestañeado.

Así que me limité a sonreír y asentir. Hice amago de despedirme e ir al mostrador, pero Darragh llevaba una semana intentando —mediante Fiona y Marshall— que me pasara por la taberna para tomar algo y conocer a sus amigos, y ahora que me había pillado por banda, estaba claro que no me dejaría escapar con tanta facilidad. Dijo algo más que tampoco comprendí y volví a asentir y a sonreír. Había gente que hablaba más claro que otra, pero a este tío lo entendía menos que a la señora Campbell, que ya era decir. A veces parecía que lo hacía a propósito.

—¿... en mi casa?

Darragh me miró esperando una respuesta. Oh, mierda. Me había hecho una pregunta que requería confirmación, y sonaba a plan.

No quería comprometerme a algo sin saber de qué se trataba, y mientras miraba a Darragh como un animalillo cegado por los faros de un coche, deseé que Fiona estuviera aquí para hacerme de intérprete. Deseé haber vuelto directo a casa después de la reunión, o no haber ido a ninguna parte. De hecho, sería mejor que a partir de ahora no volviera a salir a la puerta de la calle, porque solo me traía problemas.

Pero en ese momento estaba allí y los ojos de Darragh seguían puestos en mí, así que una vez más, asentí.

—Genial —dijo, contento—. Entonces cuento con Fiona y contigo. A las seis y media.

Tragué saliva. Demasiado tarde para echarme para atrás.

—Sí, por supuesto. Hasta luego.

Con eso pareció quedarse conforme, así que dejé el libro en la estantería de la que lo había cogido y fui directo a la puerta, deseando salir de ahí. El valor que había reunido para hablar con el bibliotecario se había esfumado por completo después de la interacción con Darragh. Ya me buscaría algo en digital que leer.

Ni siquiera sabía para qué habíamos quedado, pero a juzgar por el horario escocés debía de ser para cenar, y que la invitación incluyese a Fiona era todo un alivio. Aun así, me sentía más ridículo que nunca. Un poco molesto, también. No pretendía que nadie aprendiese español para hablar conmigo ni que se adaptasen a mí, pero ¿en serio la gente no me veía la cara de perdido? ¿Tan difícil era vocalizar un poco?

No entendía tanta insistencia de Darragh por que saliera con él y sus amigos cuando no hacía el menor intento para que entendiera lo que decía. Además, desde que el primer día había insinuado que nos

habíamos mudado a una casa maldita, no me hacía mucha gracia. ¿Y el rollo tan raro que se traía con Mellie cuando ella era la mujer de su amigo? No terminaba de fiarme de él.

Y ahora, por accidente, había aceptado ir a... ¿cenar?

Eso sí, si podía estar seguro de algo era de que a Fiona sí le haría ilusión tanto la invitación como que yo, por fin, me hubiera animado —sin querer— a aceptarla.

Capítulo 8

Fiona

Desde pequeña, la actitud exigente de mi madre había moldeado mis pensamientos hasta hacerme sentir que era difícil que mi personalidad encajara en ninguna parte.

Sonreír y tomarme la vida como si el mundo fuera un lienzo repleto de colores por explorar y disfrutar me había ganado algunos enemigos, y sabía que mi inagotable optimismo hacía que ciertas personas me miraran por encima del hombro, pero a mí me hacía sentir plena. Para mi madre, sin embargo, todos mis desperfectos se debían a los genes de mi padre, al que me parecía más de lo que a ella le habría gustado y que la dejó por perseguir su carrera como artista cuando yo apenas era una cría.

Sin embargo, y aunque tanto ella como su último exmarido habían tratado de apagarme, nunca se lo había permitido. «Tienes que conseguir un trabajo de verdad, Fiona. ¿Pastelera? Eso jamás te llevará a ninguna parte».

—Creo que tu amiga tiene la mente muy lejos de las trenzas de chocolate.

La voz de la señora Moore me alejó de mis pensamientos. Di un respingo, regresando al presente; mi turno en la panadería había empezado a las seis de la mañana, teníamos un encargo enorme para el día y mi nariz de pronto advirtió un desagradable olor a quemado.

—¡Lo siento! —grité, corriendo a apagar el fuego. Podía arreglarlo, solo tenía que tirar el chocolate chamuscado y reemplazarlo por otro —. Me he despistado.

—Te he contratado porque Mellie dijo que eras buena —gruñó la señora Moore desde la puerta que separaba la tienda de la cocina—. No me falles.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Vamos, Claire, no seas tan dura con la pobre chica. ¿Quién no comete errores durante los primeros días?

Mellie se encontraba asomada por la pequeña ventana que daba a la panadería. El largo cabello ondulado le caía sobre los hombros de forma desenfadada.

—No podéis pedirme un encargo tan grande para la cena de esta noche y no ser exigente, Amelia —se quejó la señora Moore mientras se secaba las manos en el delantal de cuadros que llevaba —. ¿Qué dirán de mí en Loch Haven si pierdo mi eficiencia?

—Si es eso lo que te preocupa, yo le echaré una mano a Fiona. — Mellie se abrió paso hasta donde yo me encontraba, recogió sus mechones en una improvisada coleta alta y me miró—. ¿Le demostramos de lo que somos capaces?

Asentí aliviada y nos pusimos manos a la obra.

Desde que posamos un pie en aquel pueblito que se había hecho con mi corazón, había estado más que dispuesta a demostrar que podía valerme por mí misma. Que podía vivir de mis sueños y que me ganaría la vida haciendo lo que de verdad amaba. La herencia de

mi tío abuelo se había convertido en la excusa perfecta para ello, y no desaprovecharía la oportunidad. Éramos Bruno, Limón, mis pasteles y yo contra el mundo, y no había batalla que no pudiéramos ganar.

Mi madre podía quedarse con su vida gris y su búsqueda interminable y fallida por el marido perfecto y adinerado, porque yo ya tenía al amor de mi vida, y lo había encontrado siendo fiel a mí misma.

—¿Hay alguna fiesta en Loch Haven esta noche? —pregunté un rato después, curiosa.

Mellie me miró de soslayo; tal vez pensaba que estaba al tanto de todas las festividades locales, pero aún no me había puesto tan en serio con el tema. Cogió la bandeja de trenzas que terminé antes de quemar el chocolate de la segunda tanda y las metió en el horno.

—Darragh ha convencido a tu marido para cenar todos juntos en su casa —respondió ella con la frescura que tanto la destacaba—. Me dijo que era una buena oportunidad para que Bruno se sintiera parte del pueblo.

—¿Y Bruno ha dicho que sí? —pregunté, a medio camino entre la sorpresa y la ilusión.

Mellie rio divertida.

—Es un poco huraño, ¿no? Me recuerda un poco a Darragh: impenetrable, solitario y sumido en sus pensamientos. ¿Siempre ha sido así?

Su pregunta me arrastró de nuevo a Savento. A nuestras largas caminatas por el paseo marítimo. Las veces que había querido entrelazar sus dedos con los míos y me moría de vergüenza por si mis sentimientos no eran correspondidos. El día que conocí a sus amigos en su decimoséptimo cumpleaños y le unté la nariz de nata, arrancándole una de las carcajadas más bonitas que jamás había

escuchado. Bruno me demostró que una pareja no solo era sexo, sino complicidad, amor y confidencia. Y ahora que pensaba en el hombre que deambulaba de un lado a otro triste y perdido, me sentía completamente culpable.

—No, para nada, Bruno... es como un osito de peluche —reí mientras me secaba el sudor con el antebrazo—: serio por fuera, pero relleno de algodón por dentro. Ahora está bastante tenso con todo esto, aunque ya verás cuando se suelte.

—Una descripción muy interesante. —Mellie elevó una de sus cejas con diversión. Bruno y ella no habían chapurreado más de tres palabras seguidas, pero se la veía más que dispuesta a integrarlo lo antes posible en el pueblo, porque ella también veía lo mucho que le estaba costando—. Es un buen momento para formalizar vuestra situación en Loch Haven, ¿no crees?

Echaba de menos Savento, los días en los que mi madre era una mujer cariñosa y, sobre todo, a nuestros amigos y a la familia de Bruno. Pero sabía que esta era la decisión correcta, que aquí podríamos construir un lugar bonito en el mundo para nosotros dos y Limón, y podríamos ser felices.

Y si Bruno había aceptado la cena era porque sabía que, después de un mes aquí, esta era ahora nuestra realidad.

—No tiene por qué salir mal, ¿no?

La casa de Darragh era el hogar genérico de un protagonista de una novela romántica. Un tejado a dos aguas hecho de pizarra descansaba sobre unas paredes de piedra café, y me recordaban a las decenas de casitas que había construido fascículo a fascículo en España. Tenía dos enormes ventanas de madera en tono chocolate de las que escapaban unas enredaderas repletas de flores amarillas. Pero lo que más me gustó fue el enorme jardín delantero decorado

con unos farolillos de papel, de los que desprendían un poquito de luz.

Con la imagen que tenía de él, me costaba creer que Mellie no hubiera tenido cierta (o bastante) influencia en la decoración.

Acompañé a mi nueva amiga hasta la enorme mesa rectangular improvisada con un tablón de madera, y el delicioso olor a pollo a la naranja hizo que mis tripas protestaran.

—¡Fiona! —exclamó la señora Campbell mientras se levantaba de su asiento—. Ven aquí, chiquilla, ya es la hora de cenar. No puedes dar de merendar a mis nietos todo lo que te piden y tú estar tan delgadita.

No pude evitar reírme, la estreché entre mis brazos deseando que la fina capa de sudor que se adhería a mi cuerpo no me hiciera oler mal. Ni siquiera me había dado tiempo a pasarme por casa y cambiarme de ropa.

—Mellie me ha obligado a hacer dos bandejas de trenzas de chocolate, un pastel de crema y galletas de mantequilla.

—Dijiste que era mejor que sobrara porque estarían más ricas a la mañana siguiente —se defendió ella, pero cuando quise seguir un poquito más la broma, algo captó su atención y las palabras se me quedaron atascadas en la garganta—. ¡Rory! ¿Por qué no me has dicho que vendrías?

Mellie extendió los brazos alrededor de un chico pelirrojo y alto de ojos claros. Era la primera vez que lo veía, pero por la forma en la que él le sonreía debía de ser su marido. Sabía que estaba mal, pero busqué con la mirada a Darragh, que se encontraba apoyado en el porche de su casa con aspecto serio e impenetrable.

—He terminado mi trabajo en Glasgow y quería darte una sorpresa —contestó él, y le dejó un pequeño beso en la frente—. No tendré que irme de nuevo hasta el mes que viene.

—Eso suena genial.

A pesar de la efusividad con la que le hablaba, no vi emoción en los ojos de Mellie. Quizá porque estaba acostumbrada a ver ese aspecto travieso con el que molestaba a Darragh, e incluso usaba con los vecinos de Loch Haven. Con él, en cambio, parecía una persona totalmente diferente, como si escondiera ese lado más aniñado.

Aunque me hubiera encantado disfrutar de la vida de Mellie como si fuera una novela romántica, me dispuse a buscar a Bruno para sentarme con él.

Estiré los hombros para aliviar el dolor de cervicales, pero merecía la pena no haber vuelto a casa con Limón si podía disfrutar de un plan así unas horitas. Busqué a mi marido entre la multitud y, cuando di con él, me alivió que estuviera acompañado de Marshall y su mujer, Rhona. La pequeña Lilian saltaba de una pierna de su padre a otra, pero no parecía molestarle en absoluto. Tuve que contener una pequeña carcajada al ver como la pequeña se agazapaba en los brazos de su padre, apoyaba sus manitas en los muslos de Bruno e intentaba lanzarse a sus brazos.

«Lo entiendo, pequeña, yo también lo habría hecho».

—¿Y mi chico favorito?

Bruno reaccionó a mi voz, levantó con suavidad su mentón y aproveché para darle un beso en la punta de la nariz.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —preguntó en un tono tan solemne y bajito que sentí un escalofrío, pero no quise darle demasiada importancia—. Te he mandado un mensaje cuando me ha invitado Darragh, pero no te llegaba. Me dijeron que Mellie te avisaría y...

—No te preocupes —lo corté con delicadeza mientras me sentaba a su lado—. Estaba trabajando, por eso no me ha llegado. Y me parece genial que hayas aceptado. Llevamos un mes aquí y creo que

es una buena forma de integrarnos por fin en el pueblo.

Bruno me dedicó una sonrisa que parecía más incómoda de la cuenta. Lo único que hice fue entrelazar mis dedos con los suyos debajo de la mesa. No tenía por qué salir nada mal.

La cena fue todo un éxito. Disfruté como una niña pequeña de la mezcla del sabor de la carne con el tono dulce de la naranja. Me enamoré de los caramelos salados que había preparado la señora Campbell en forma de piruleta y que al parecer eran un éxito entre sus nietos. Las trenzas de chocolate quedaron en el punto que a mí tanto me gustaban: blanditas y que no se desmoronaban. Incluso el cranachan que había preparado Rory, que según Mellie era un gran chef, me dejó con ganas de comerme una segunda copa. Las frambuesas estaban crujientes y su sabor se entremezclaba con la nata y el ligero tono a whisky. Saboreé los copos de avena, pero lo que terminó de enamorarme fue la lámina de chocolate que decoraba el delicioso manjar.

—Es curioso que una pareja tan joven deje la vida fácil de su lugar de origen para venir al culo del mundo —dijo el padre de Darragh, que tenía una barba tan larga y tan blanca que debía de ser el Papá Noel oficial en navidades. Tenía el ceño ligeramente fruncido, como si le hubieran sentado en aquella mesa por obligación—. Encima a la casa de ese pobre diablo.

—Papá —advirtió Darragh, que apenas había probado bocado. Era como si temiera que los cimientos de su casa se redujeran a cenizas —, no todos nos marchamos de casa con oportunidades debajo del brazo.

—¿Por qué todo el mundo insiste en que la casa está maldita? — preguntó Bruno, muy serio, inclinando su copa de whisky escocés con calma. No había hablado demasiado a lo largo de la noche, pero el alcohol parecía haberle soltado un poco la lengua—. Solo es una

casa.

El padre de Darragh dejó escapar una sonora carcajada.

—Antes de que Brendam se mudara al pueblo, ya hubo unas cuantas parejitas de recién casados entre esas paredes, y ninguna duró demasiado.

—¡Pero eso no significa nada! —exclamó Mellie, gesticulando con los brazos—. No son más que historias de viejos y casualidades. Vosotros seréis muy felices aquí.

Asentí con la cabeza, de acuerdo con ella. Bruno, por su parte, parecía más serio que antes.

—Eh, ¿qué pasa? —susurré en español.

Bruno negó, devolviendo la vista a su copa. Entendía que si le pasaba algo no quisiera hablarlo allí delante de todos, pero era evidente que no estaba bien. Era como si alguien lo hubiera encadenado a aquella silla y no tuviera la llave para escapar, pero fingí una sonrisa y me apoyé en su hombro.

—¿E iréis en navidades a España? —preguntó la señora Campbell con interés.

—No creo.

Su respuesta me provocó un respingo. O el tono derrotado que utilizó, más bien. No era un tema del que hubiéramos hablado, pero seguramente tendría que trabajar en Navidad en la panadería. Sabía que Bruno echaba de menos a sus amigos, y aunque no pensaba que quisiera darse un viaje hasta Savento él solo ni dejarme aquí, sabía que para él las navidades siempre habían sido una época muy especial que le gustaba pasar en familia.

—Bueno, aún no lo tenemos del todo claro. —Reí un poco nerviosa—. Aún quedan varios meses y no hemos hablado del tema.

—Loch Haven está precioso en esa época del año. —Sonrió la señora Campbell extendiendo los brazos a su nieta, que no dudó en

acomodarse en su pecho—. Ponen una pista de hielo, un mercado navideño... Os va a encantar. Además, quizá la Navidad venga con un bebé debajo del brazo, quién sabe.

—La verdad es que...

—No queremos tener hijos —respondió Bruno por los dos—. Al menos no en el futuro cercano.

Aparté con suavidad la mano que sostenía la suya. Cuando nos mudamos teníamos claro que construiríamos una familia juntos en Escocia. No teníamos ningún *planning* en una libreta, pero pensaba que iría surgiendo, como mi trabajo.

—Señora Campbell, no todos los jóvenes queremos atarnos de esa manera a nuestras parejas. —Rory apoyó la mano sobre su hombro para restarle importancia a la situación—. Tienen que disfrutar de la vida y, por lo que me han dicho, Bruno es un chico con un buen coco. Teletrabajas, ¿no? Quizá te vendría bien ayudarnos con las tierras. Eres un chico de números, así podrías alejarte de tu vida aburrida de oficina.

—Me gusta mi vida *aburrida*, muchas gracias —farfulló Bruno en español, tan bajito que apenas yo lo escuché. A ojos del resto, su sonrisa solo debió de verse un poco forzada.

—Bruno es un chico más de ciudad que de campo —bromeé, intentando aliviar el ambiente.

—Pues en mal sitio ha acabado.

A pesar del tono jocoso del padre de Darragh, sus palabras hicieron que la cara de Bruno cambiara por completo. Vi un destello de dolor en sus ojos verdes que me partió el corazón, como si aquella frase, más que una broma, hubiera sido una sentencia. Una que declaraba que esto no funcionaría. Y lo peor de todo era que ni siquiera parecía sorprendido. Era cierto que le había pedido que nos marcháramos de Savento y que al principio se había resistido

bastante a la idea, pero creía que no era la única que nos veía en un *pack*.

¿Y si lo estaba llevando al límite y ni siquiera era consciente de ello?

—Tu trabajo no tiene nada de malo, Bruno —susurré, porque era verdad—. A mí me gusta mucho cuando hablas de todas esas cosas que me suenan a chino.

—Aquí todos me ven como si fuera un chiste. No voy a encajar en la vida, cada vez lo tengo más claro.

Sus palabras hicieron que me costara recomponerme. Pocas veces habíamos tenido un conflicto de intereses, pero el ceño fruncido de mi marido me advertía de que la culpabilidad que llevaba sintiendo desde hace días estaba más que contrastada.

—Lo harás —justifiqué bajito; no quería que los demás se enteraran de que estábamos discutiendo delante de ellos. Menos mal que nadie en el jardín entendía español—. Todo está saliendo fenomenal, a pesar de los contratiempos.

—Sí, fenomenal.

—Claro que sí. —Mi mano se posó sobre su muslo, pero Bruno rechazó el contacto. El corazón me dio un vuelco—. Este es nuestro sueño.

—¿«Nuestro»? Este nunca ha sido mi sueño, Fiona. —La decepción y resignación en su voz me recordó a las reprimendas de mi padrastro, a esas decisiones vitales que nunca llegaban a ser suficiente—. Es el tuyo. Yo tenía la vida que quería en Savento. Lo tenía todo allí.

Abrí la boca para protestar, pero ni siquiera sabía qué decir. Se me humedecieron los ojos, temiendo lo peor. ¿Cómo podía estar diciéndome eso?

La voz me tembló al hablar:

—¿Y por qué estás aquí si tan infeliz eres?

—¿En serio tienes que preguntar eso? —Bruno negó con la cabeza, arrastró la silla hacia atrás para levantarse de la mesa entre gestos de disculpa—. Estoy aquí porque te amo, Fiona. Estoy aquí porque *tú* quieres. Así es siempre todo en nuestra relación, creía que era evidente.

—¿De qué hablas? Eso no...

—Sí, sí es verdad. —La barbilla le tembló—. Lleva diez años siendo así. Dime una sola vez en la que hayamos antepuesto mis deseos a los tuyos, Fiona. Y lo he hecho encantado, ¿vale? Siempre. Pero ahora mismo no me intentes vender la moto de que todo está saliendo fenomenal y de que este es nuestro sueño cuando llevo un mes de mierda y nada de esto ha sido decisión mía.

No fui capaz de agarrar su mano antes de que se disculpara diciendo que había bebido demasiado y que tenía que irse a casa. Tampoco me sentía con el poder de hacerlo, porque mientras Loch Haven celebraba nuestra unión al vecindario, yo me abracé a mí misma hasta hundir los dedos en mis antebrazos. Todos se habían dado cuenta de la discusión, pero nadie dijo nada. Tan solo Mellie intentó comprobar que estuviera bien, pero cada una de las veces, le sonreí.

No quería llorar delante de todos ni armar un espectáculo, pero la palabra «egoísta» se repetía una y otra vez en mi cabeza. Había pasado media vida buscando la forma de ser fiel a mí misma y contentar a mi madre al mismo tiempo, y en el momento en el que había encontrado a alguien que había dado alas a mis deseos sin prejuicios, me había comportado como una verdadera egoísta.

Pero aún tenía que haber una solución a todo esto. Aún podía arreglarlo. Lo haría mucho mejor a partir de entonces. Le demostraría a Bruno que lo tenía en cuenta, que sus deseos

importaban tanto como los míos y podríamos ser felices en nuestra casita de cuento. Quizá no había sido todo lo considerada que debía, pero iba a hacer lo posible para que esta fuera también su vida de ensueño. Podía hacerlo.

Dejaríamos atrás esta discusión. Al fin y al cabo, no podíamos acabar de tirar a la basura estos diez años de relación. No podía ser tan grave.

¿Verdad?

Capítulo 9

Bruno

Tan solo la luna alumbraba la terraza del piso superior, sumida en un silencio únicamente roto por la respiración de Limón y el latido acelerado de mi corazón.

Estábamos todavía en agosto, pero la brisa me provocaba algún que otro escalofrío, y el culo se me había quedado helado de sentarme en las baldosas. Mi principal fuente de calor era Limón, que tenía la cabeza apoyada en mis muslos, pidiendo mimos.

Me froté la cara con las manos y resoplé, frustrado. La cena no podía haber ido peor, y no quería culpar al alcohol de lo que había dicho, pero de haber bebido menos, a lo mejor me las habría apañado para morderme la lengua un poco más.

Me había pasado y le había echado en cara a Fiona cosas que yo mismo acepté hacer, y no había sido justo con ella. Pero cada segundo en esa casa se había sentido como una cadena. Cada palabra, la confirmación de que Loch Haven nunca sería mi hogar y jamás sería uno más del pueblo. Y después de comportarme como un imbécil, había girado la primera esquina y vomitado hasta el

último bocado de la cena.

Lo primero que había hecho al llegar a casa había sido lavarme los dientes y ponerme el pijama con la idea de irme a dormir, pero pronto la habitación se había vuelto tan diminuta y asfixiante que no me había quedado otra que salir a respirar.

Estaba muy cansado de sentirme tan solo, de que cada interacción supusiera un esfuerzo, una humillación. Cansado de sentirme un cero a la izquierda tanto en nuestra casa como fuera de ella.

Ya llevaba en la terraza lo que me parecía una eternidad cuando escuché la puerta de abajo. Limón levantó una oreja al instante y salió disparado para saludar a su mamá, dejándome las piernas frías ahí donde antes había estado tumbado.

Yo me quedé ahí, con la cabeza apoyada contra la pared. Dentro de la casa, una luz se encendió, y los zapatos de Fiona recorrieron la planta de arriba, seguramente buscándome. Tras un par de minutos, por fin rompió el silencio:

—¿Bruno? —Su voz sonó frágil, quebradiza, poco más que un susurro que sentí como un pinchazo en el corazón.

Me pellizqué el puente de la nariz y suspiré.

—Estoy aquí —dije, sin moverme.

Unos tímidos pasos se acercaron, y Fiona se asomó a la terraza. Me miró, mordiéndose el labio inferior, y pasó su peso de una pierna a otra, como si no supiera muy bien cómo actuar o qué hacer. Sin importar el tamaño de cualquier discusión, odiaba verla así de insegura.

Di un par de golpecitos en el suelo, a mi lado, invitándola a sentarse.

Fiona se deslizó por la pared hasta quedar junto a mí, pero durante un par de minutos, ninguno de los dos dijo nada.

Ella dejó escapar un pesado suspiro.

—Bruno, yo...

—No, espera —la interrumpí, con la vista clavada en el suelo, incapaz de mirarla—. Siento mucho haber estropeado la noche. Y sobre todo, siento haberme portado mal contigo.

—Solo has dicho cómo te sentías.

—No era el momento ni el lugar, y tampoco las formas. —Le di vueltas al anillo en mi anular, idéntico al que decoraba la mano de Fiona—. Sé que no puedo retirar lo que he dicho, pero me encantaría que lo olvidaras. Sabes que odio los reproches, no sé por qué me he puesto así. El whisky escocés debe de pegar más fuerte de lo que esperaba.

Me reí de mi propia broma, intentando quitar hierro al asunto. Fiona, por su parte, guardó silencio unos segundos antes de contestar:

—No voy a olvidarlo. Si lo hago, todo esto seguirá acumulándose hasta aplastarnos.

—Pero no es justo que te reproche algo que... Es que no es culpa tuya que yo sea así.

Cuando me atreví a mirarla, Fiona tenía los ojos húmedos.

—¿«Así» cómo?

—*Así*. —Me sorbí la nariz, sintiéndome ridículo. Me obligué a sonreírle—. Difícil. Incapaz de adaptarme. Joder, Fi, te has vuelto parte del pueblo y te has ganado el corazón de todos en menos de un mes, y me encanta. Me encanta que hayas conseguido trabajo tan pronto y verte brillar. Pero es que siento que... te apago.

Me faltaba un poco el aliento cuando terminé de hablar, expectante. Mis palabras habían sido totalmente sinceras, pero si Fiona decidía darme la razón, iba a ponerme a llorar como un crío. Quería con desesperación que me dijera que no era así, que me equivocaba, y cada segundo que tardó en responder pareció

extenderse hasta el infinito.

—¿Eso piensas? ¿Que me frenas?

—Para ti todo esto es una aventura, Fi, y yo me paso las noches dándole vueltas a la cantidad de veces que he hecho el ridículo a lo largo del día. Me vine aquí contigo porque te amo y estabas totalmente decidida a mudarte a Escocia. Lo habrías hecho con o sin mí. ¿Qué iba a hacer?, ¿perderte?

—Mi amor, jamás me vas a perder. —Su voz estaba llena de ternura cuando apoyó la cabeza en mi hombro, haciéndome sentir un agradable calor en el pecho—. A estas alturas, no hay Fiona sin Bruno.

Tragué saliva y apoyé la cabeza contra la suya. Por primera vez desde que salí del jardín de Darragh, los pulmones se me llenaron por completo de oxígeno. No se había roto nada que no pudiéramos arreglar.

—Tampoco hay Bruno sin Fiona.

Se rio, bajito.

—¿Ves? Hace diez años que vamos en el mismo lote. —Fiona dejó escapar un suspiro y bajó la voz antes de añadir—: Sabía que estabas incómodo aquí, pero no que lo estabas pasando tan mal. Y tú no me apagas; eres mi cable a tierra. Sin ti a mi lado no brillaría ni un poquito.

Pestañeé para aliviar el ardor de los ojos y ella escondió la cabeza en el hueco de mi cuello.

—Lo siento —murmuré de nuevo.

—*Yo* lo siento. Siento hacerte sentir que no tienes poder de decisión o que lo que tú quieres y necesitas no es importante. Lo es, muchísimo. —Fiona me dio un par de besos suaves en el cuello que me provocaron un cosquilleo en la barriga—. A partir de ahora te lo voy a demostrar, ¿de acuerdo?

Se separó de mí para mirarme y su cara me indicó que comenzaba a tramar algo. Se me escapó una sonrisilla divertida.

—No tienes ni idea de lo mucho que te quiero.

Su rostro se iluminó tras mis palabras, y el corazón se me aceleró. Estaba preciosa cuando se ilusionaba, por lo que no pude evitar llenarle la cara de diminutos besitos que la hicieron reír. Verla así me gustaba mucho más.

Cuando llegué a sus labios, Fiona enredó los dedos en mi pelo, impidiendo que me separara de ella, y profundizó el beso. Sus labios sabían a alcohol y a las frambuesas del postre, y la ropa le olía a panadería tras todo el día trabajando. La atraje un poco más contra mí, pensando en las ganas que tenía de recorrer cada centímetro de su piel.

Fiona se alejó de mis labios y su boca se deslizó hacia mi cuello. Rozó con los dientes el lóbulo de mi oreja, arrancándome un suspiro. Le metí una mano bajo la camisa y le acaricié el abdomen, tan suave y familiar que podría señalar a ciegas dónde tenía cada lunar, la ya casi invisible cicatriz de su operación de apendicitis, la marca de nacimiento a la altura de las costillas que tantas veces había besado. Pasé los dedos por la parte inferior de su sujetador y después por encima, queriendo más.

Fiona estaba guapísima con la ropa que había llevado a la cena, pero estaría mucho mejor sin ella.

Volvió a besarme, con más hambre esta vez, y en cuanto se le escapó el primer gemido, la cogí en volandas para entrar. Al principio se rio, pero luego me rodeó el cuello con los brazos para sujetarse.

La dejé caer sobre la cama poco después, y no tardé en deshacerme de su ropa para recorrer sus muslos con besos cada vez más urgentes, más cercanos a su entrepierna. Subí por su vientre hasta sus labios en línea recta, deteniéndome en cada centímetro de

piel cálida, repasando con las manos sus costados, las costillas. Le quité el sujetador y me alejé un momento para admirarla; era todo un espectáculo tenerla en bragas entre las sábanas, toda para mí, con esa sonrisilla traviesa y el deseo ardiendo en sus ojos grises.

—Nunca voy a acostumbrarme a ti —dije con la respiración entrecortada, y llevé un par de dedos a su entrepierna para acariciar los pliegues hinchados, ya húmedos—. Nunca voy a dejar de adorarte, Fiona.

Ella puso los ojos en blanco y gimió de nuevo, mordiéndose el labio inferior.

—Bien —respondió, apenas un susurro, y tiró de mí para que me recostara a su lado. Lo hice, sin dejar de tocarla—. Porque siempre voy a ser tuya. Te prometo que vamos a ser muy felices aquí, Bruno, que vamos a hacer que esto también sea tu hogar.

—¿Alguna idea de por dónde empezar?

Una risilla pícara.

—Sí, alguna.

Sus dedos envolvieron mi erección y todo mi cuerpo reaccionó ante su tacto. Jadeé, incapaz de pensar con claridad por culpa de las descargas eléctricas que me recorrían la columna. La besé de nuevo, encontrando mi lengua con la suya, e introduje los dedos en su interior muy despacio, mientras con la mano libre acariciaba uno de sus pezones. Fiona comenzó a desesperarse y a mover las caderas al tiempo que se deshacía en gemidos, buscando más ritmo y velocidad. Me contuve para no dárselo, torturándola un poquito.

Podría haberme pasado así toda la noche, haciendo que le temblaran las piernas y disfrutando de cada sonido que escapaba de sus labios, pero ella comenzó a mover la mano más rápido. Antes de que se hiciera insoportable, saqué los dedos y me puse sobre ella para besarla otra vez, sosteniéndole las manos por encima de la

cabeza para admirarla de nuevo.

Fiona protestó un poco, pero al instante me envolvió con las piernas y me mordió el labio con suavidad. El pecho le subía y bajaba agitado cuando me miró a la cara con las mejillas sonrojadas.

Estaba preciosa.

Poco después me encontraba dentro de ella, moviéndonos al mismo ritmo entre suspiros, besos y caricias. Pronto, los gemidos de Fiona se intensificaron y sentí sus uñas en la espalda justo cuando su cuerpo comenzó a sacudirse en pequeños espasmos. Movió las caderas un poco más, exprimiendo hasta la última gota de su orgasmo.

Verla así bastó para que una oleada de placer me recorriera también a mí por completo, y poco después me dejé caer a su lado, con el corazón aún acelerado y la abrumadora certeza de que Fiona y yo seguiríamos siendo un equipo a pesar de todos los obstáculos.

Media hora más tarde aún estábamos acurrucados bajo las mantas, todavía desnudos, con la espalda de Fiona pegada a mi pecho. Distraído y ya medio adormilado, dibujaba letras y trazos sin sentido en su vientre, disfrutando del calor de su cuerpo, de su cercanía.

—Al final no puedo quejarme de la noche —murmuró Fiona, rompiendo el silencio que se había extendido entre nosotros. Un silencio cómodo, perezoso. Aún con la cara enterrada en su pelo, pude ver su sonrisilla enmarcada por esos bonitos hoyuelos—. Esta es mi actividad favorita en el mundo entero.

—¿El sexo?

—También. —Se rio—. Pero me refería a abrazarnos.

—¿Por encima de hacer pasteles?

Fingió pensárselo, pero al momento enredó las piernas con una de las mías.

—Sabes bien que sí. —Dejó escapar un suspiro feliz, relajado—. Oye, Bruno.

—Dime.

—¿Te parece bien si hablo con la señora Moore a ver si puede darme unos días en Navidad? Así podríamos ir a Savento para ver a todo el mundo.

—Acabas de empezar en el trabajo, no sé si deberías pedir ya días libres.

—Bueno, pero me gustaría intentarlo. No puedo prometer nada, pero sé lo importante que es.

Tragué saliva, agradecido porque no pudiera ver la emoción repentina en mi cara. Las navidades en mi casa siempre habían sido unas fechas muy especiales, y la idea de perdérmelas ahora que mis abuelos eran mayores me tenía bastante a disgusto.

—Gracias —respondí, poco más que un susurro—. Significa mucho para mí, Fi.

—Bueno, tú significas el mundo entero para mí.

La abracé un poquito más fuerte.

—¿Crees que nos invitarán a otra cena alguna vez? ¿O nos habrán vetado la entrada para siempre por mi cagada?

—Estaremos bien. Tampoco éramos los únicos tensos, por si no te has dado cuenta.

—¿Lo dices por Darragh? —pregunté, porque incluso yo había notado algo a través de mi nube de mal humor y sin entender demasiado de la conversación. Fiona asintió—. ¿Qué rollo es ese que se trae con Mellie y con su marido? Porque parecía que el novio celoso era él.

Fiona dejó escapar un largo suspiro.

—No me sé *todos* los detalles, pero según me ha contado Mellie, parece que Darragh y ella salían de adolescentes, pero él era un

poquito bala perdida y la familia de ella puso muchas trabas. Al final se quedó con Rory, pero creo que no es muy feliz con él, ¿no lo has notado? Parecía otra. Cuando está con Darragh es toda luz, pero esta noche...

—Estaba más apagada.

—Exacto. Por eso tienes prohibido creer que tú tienes ese efecto en mí, cuando es todo lo contrario. Eres la persona con la que puedo ser yo sin reparos, siempre lo has sido. ¿Cómo puede Mellie estar con alguien que le roba la luz? —preguntó, indignada por su amiga —. Parece que, cuando está en Glasgow por el trabajo, desaparece por completo durante semanas y apenas da señales de vida, ¿sabes? Es bastante raro. De cara a la galería es don Perfecto, pero luego...

—Pues igual había juzgado mal a Darragh.

—¿Eh? ¿Por qué lo dices?

Me encogí de hombros, a pesar de que ella no podía verme.

—Estaba bastante convencido de que intentaba quitarle la esposa a su amigo, y no me hacía mucha gracia.

—¿Te caía mal? —Por su voz, supe que estaba haciendo un puchero. Me reí—. Pero si quiere ser tu amigo desde que llegamos.

—Quizá debería darle una oportunidad —admití, y se me escapó un bostezo—. Es que habla muy rápido.

—Y tanto, pero no creo que lo haga con mala intención.

—¿Será él el highlander con el que tendrás que luchar por mi corazón? Porque insiste mucho en conocerme.

Fiona dejó escapar una sonora carcajada que me sonó a música.

—Oh, espero que no. Darragh tiene mucho músculo, y yo no he ido al gimnasio en años.

Le agarré un brazo y se lo pellizqué con suavidad, divertido.

—Eres una enclenque, Fi.

—Lo sé. Tendré que hacer pesas en el trabajo, con las barras de

pan.

—No dejaría que Darragh me robara, si te sirve de consuelo.

—No sé, no sé. Vi cómo le mirabas los brazos el otro día, cuando cortaba leña.

—Joder, perdón por tener ojos. —Me reí—. Además, *todo el mundo* le miró los brazos. Hasta Limón.

Ella se rio y me dio la razón, y yo enredé un dedo en uno de sus mechones naranjas. Los párpados me pesaban.

Y, unas cuantas bromas después, todavía abrazados, ambos nos quedamos dormidos.

Capítulo 10

Fiona

Me estaban haciendo madrugar en mi día libre.

Ese que llevaba esperando toda la semana para pasar la mañana con el modo «pereza» activado y hacer el pastel de zanahoria con virutas de chocolate que tanto le gustaba a mi marido. Sin embargo, mi jefa me había pedido el favor de que preparara unos bizcochitos con sabor a natillas, unas napolitanas de chocolate y una tanda de pan de leche. No quise negarme, a pesar de todo. Solo tenía que levantarme a las cuatro y media de la mañana, preparar una buena taza de té para la señora Moore y para mí; llenarme las manos de masa y volverme a la cama con mi marido.

Pero no ocurrió.

Cuando los primeros rayos de sol empezaron a dar vida a Loch Haven, la señora Moore ya había hecho de las suyas para que Darragh fuera el transportista de nuestros dulces. Me hizo despertar a Bruno, que gruñó más que el pobre Limón cuando lo asustaba un gato callejero, y terminamos de excursión a una hora del pueblo.

Eso sí, preparé mucho café antes de que me preguntara hacia

dónde íbamos.

Porque no tenía ni idea.

El ronroneo de la furgoneta y la música country de fondo no ayudaron demasiado a que no me durmiera, y solo el frenazo de Darragh un rato después me despertó con un sobresalto. Miré a mi alrededor, desorientada, pensando por un momento que aún estaba en la cama y que el techo se nos caería en la cabeza.

—Venga, bellos durmientes, esto os va a gustar.

Bruno, con cara de sueño, me tendió la mano para ayudarme a salir del vehículo y me sentí la mismísima Blancanieves regresando al bosque del que se escondía de su madrastra. La hierba húmeda por el rocío de la mañana me hizo cosquillas en los tobillos y reí con suavidad. Pero mi risa pronto quedó eclipsada por el gorjeo de los pájaros que revoloteaban entre los árboles. Las preguntas se me atascaron en la garganta, porque si ya me había maravillado el lago donde Bruno y yo tuvimos nuestra primera cita en el pueblo, la cascada que tenía delante me erizó la piel de los brazos.

—¿Dónde estamos? —pregunté embelesada, incapaz de dejar de mirar de un lado a otro—. ¿Es una zona de pícnic?

—No exactamente —explicó Darragh sacando unas tablas de madera, las colocó alineadas sobre unos caballetes e improvisó unas largas mesas donde colocar todo lo que habíamos preparado esa mañana—. Primero había unas barbacoas, pero las quitaron para prevenir incendios. Así que antes de que acabe el verano tenemos la tradición de venir aquí a echar el día, deslizarnos por la tirolina y hacer nuestro propio pícnic.

—¿Tirolina? —dijimos Bruno y yo al unísono.

Un grito eufórico no tardó en sacarnos de la conversación. Bruno abrió mucho los ojos al alzar la mirada, y mi corazón se detuvo durante un instante al ver cómo Rory iba con un simple bañador

pese al fresco que hacía a esas horas de la mañana, agarrado a un soporte que asomaba desde lo alto de la cascada, y caía en la parte más profunda de esta.

—¡¿Por qué no probáis?! —gritó con sus mechones anaranjados adheridos a la frente—. Todos tus problemas se quedan ahí arriba.

—¿Qué ha dicho? ¿Que nos tiremos? Porque te aseguro que estoy pensando en robarle la furgoneta a Darragh y dejarlos aquí. Esta gente está loca.

Me mordí el labio inferior para contener una carcajada. Quería ser lo más sutil posible, pero me imaginé la escena de la huida como una película de acción y fue imposible ocultar la gracia que me hizo. Menos mal que mi marido hablaba bajito y que nuestros vecinos seguían sin entender ni una palabra de español.

—Si lo miras bien puede ser divertido.

—Ni de coña, Fi —gruñó, tan tenso que anoté mentalmente darle un masaje en los hombros cuando llegáramos a casa—. ¿Has visto eso? Se rompe seguro.

—¡Fiona! ¿Al final os ha convencido Darragh para que vengáis?

Mellie salió del agua con la elegancia de una princesa. El pelo le caía empapado como una cascada sobre los hombros. Tenía la punta de la nariz roja por el frío, pero no se le veía ni un trocito de piel erizada por la brisa mañanera. Se lanzó a mis brazos emocionada de vernos allí y ahogué un gritito por su gélido contacto; me alegraba de verla, pero me estaba empapando.

—Si «secuestrarnos» es sinónimo de «convencer», sí.

—En realidad ha sido la señora Moore —se justificó Darragh apoyándose en un tronco cortado que utilizaba como asiento. Tenía el ceño fruncido y ni siquiera nos miraba—. Estaba preocupada por lo que ocurrió en la cena. La verdad es que yo también quiero disculparme por los comentarios de mi padre, fueron...

—Está bien, no te preocupes.

A pesar de que Bruno sintiera un enorme pavor al hablar en otro idioma, su tono era tan aterciopelado que conseguía erizar mi piel. Me aliviaba que quisiera soltarse un poco más que el día que llegamos a Escocia. Orgullosa, entrelacé mis dedos con los suyos y él me dio un suave apretón.

—Además, si no nos hubiera avisado, no podríais saborear mis bizcochitos con sabor a natillas —dije orgullosa, aunque algo me decía que ser la pastelera del grupo no sería suficiente para no terminar en la parte superior de la cascada—. ¿Por qué no los probáis?

Nos sentamos alrededor de la mesa. Confiaba en mis habilidades de pastelera, pero siempre me acompañaba una pizca de inseguridad cuando la gente degustaba mis postres delante de mí. La repostería era mi pasión, y ponía todo mi corazón en que cada receta saliera un poquito mejor que la anterior. Los miré expectante mientras ellos cataban mis bizcochitos.

—Dios mío, Fiona, están de muerte —dijo Mellie con un gemido placentero y se relamió los labios—. No voy a dejar ni uno en la bandeja.

Sonreí, orgullosa.

—Cuando quieras te preparo más.

—Mañana mismo. Acabo de descubrir algo mucho mejor que el sexo.

Tanto Rory como Darragh la observaron a la vez y, cuando las miradas de los dos hombres se encontraron, este último apartó la vista con naturalidad.

—Están increíbles. —Rhona sonrió con timidez, con el pelo castaño recogido en una larga trenza. Su pequeña se había quedado en casa de la abuela, aprovechando con ella los últimos días antes de que los

tres tuvieran que regresar a Glasgow—. Muchas gracias por haber madrugado más que nadie para hacerlos. ¿Nunca has pensado en montar tu propia pastelería?

Se me humedecieron los ojos y pestañeé para ahuyentar las lágrimas. Quise abrazarla con fuerza. A pesar del idioma y del poco tiempo que hacía que nos conocíamos, entre estas personas me sentía aceptada y valorada, y la mejor parte era tener a Bruno a mi lado, sin soltarme la mano. Apoyé la cabeza sobre su hombro.

—¿Vamos a mojarnos los pies? —propuso Bruno.

—¿En serio quieres meterte en el agua? —Me sorprendí por su iniciativa—. Te prometo que no tengo ningún barco escondido del que podamos caernos.

Él rio con sinceridad, y me lo habría comido a besos si los demás no analizaran cada uno de nuestros movimientos.

—¿Por qué no? Ya me he mentalizado para la neumonía, de todos modos. No vamos a ser los únicos que se queden secos.

Nos quitamos los zapatos con tanta efusividad que me sentía como una adolescente. Ninguno de los dos íbamos preparados para un baño a primera hora de la mañana. Bruno se remangó el pantalón de chándal que solía usar para estar por casa e imité su gesto con los míos del trabajo.

—No vale huir, Fiona.

—¿Lo estás diciendo por ti? —Elevé mis cejas con fingida inocencia, y le enseñé mis medias favoritas de margaritas, ahora en mis manos—. Ya no hay vuelta atrás.

Bruno me cogió en volandas, arrancándome una carcajada. Me encantaba cuando actuaba con seguridad, cuando apartaba atrás los miedos y se dejaba llevar en lugar de darle mil vueltas a las cosas. Bruno de verdad estaba intentando ser parte de esto, adaptarse, y yo veía su esfuerzo y me enorgullecía de él. Estiré las piernas

mientras giraba entre sus brazos y nos encaminamos hacia el agua. Debía estar muy fría porque mi marido soltó tal cantidad de palabrotas en español que empezó a dolerme la tripa de tanto reír.

—¡Está congelada! —gritó tan tieso como un soldado—. ¿Seguro que es aquí donde quieres morir?

—No nos ha comido el primo de Nessie, esto es un paseo.

Los dedos de mis pies rozaron el agua, y el primer contacto fue parecido a una corriente eléctrica. Cada parte de mi cuerpo se erizó con tanta facilidad que tuve que contener un chillido. Después, me infundí ánimos mentalmente: si los escoceses podían hacerlo, yo no iba a ser menos.

Bruno no tardó en soltarme. El agua me llegó por las rodillas y no supe hacia dónde ir. Me moví de izquierda a derecha, dando pequeños saltitos mientras él me observaba, risueño. Fue divertido actuar sin pensar. En ese momento no existían las consecuencias. Solo estábamos Bruno, nuestros vecinos y yo haciendo... una jornada de convivencia.

No tardé demasiado en rodear el cuello de Bruno con los brazos. Me mantuve de puntillas para llegar hasta él, danzando en un silencioso baile cuya música solo parecíamos escuchar nosotros dos. Se inclinó sobre mi nariz y la rozó en un beso tan fugaz e íntimo que me aferré más a él.

—Hueles a crepes, Fi.

—Me he pasado la madrugada haciendo dulces, ¿te esperabas que oliera a flores del campo?

—No he dicho que me disguste.

—Creo que lo he notado.

Los dos reímos al unísono. La distancia entre nosotros era casi inexistente. Sus labios y los míos no dejaban de llamarse, y yo era débil ante Bruno. La boca de mi marido encajó con la mía, primero

en un toque fugaz que no tardó demasiado en hacerme olvidar lo fría que estaba el agua.

—¿Entonces vamos a subirnos a la tirolina? —pregunté ilusionada.

—Tendrás que emborracharme antes. Si a ti te hace ilusión, puedes ir y dejar las preocupaciones en la cascada —repitió las palabras de Rory con un tono un poco burlesco—. Algo cobraré de viudedad, digo yo, aunque no sea mucho.

Le di un suave porrazo en el hombro.

—¿Subes conmigo al menos? Podemos *investigar* lo alta que es.

Bruno asintió, algo dubitativo, y depositó un suave beso en mi frente antes de acompañarme a ir directa a mi defunción.

La pendiente hacia lo más alto de la cascada fue mucho más asfixiante de lo que me imaginaba. No venía preparada para hacer senderismo tan temprano, pero me sentí tan eufórica que acepté las palabras de mi marido: los miedos debían quedarse en la cascada.

Bruno, que estaba más en forma que yo, se adelantó unos cuantos metros sin darse cuenta. Yo me detuve a respirar unos segundos, y entonces el murmullo de una conversación que nada tenía que ver conmigo captó mi atención. La hilera de árboles que había a ambos lados me guiaba hasta mi meta, de la misma forma que lo hacían los pequeños senderos que conducían a los toboganes más altos en los parques acuáticos.

Aun así, como una buena cotilla, me asomé con discreción.

—No puedo más —dijo una voz cargada de rabia, de impotencia —. ¿Vas a seguir rompiendo mis límites hasta que no haya vuelta atrás, Mellie?

El corazón me dio un vuelco al escuchar la voz de Darragh, tan dolida como si tuviera una herida que supuraba en su pecho. Tenía el brazo apoyado en el tronco de un árbol. Mellie se encontraba pegada a este, sin intención de huir. Tan solo elevaba el mentón en

una mezcla de duda y frustración.

—Tú y yo somos amigos, Dar.

—¿Eso es lo que te dices para dormir mejor por las noches? —susurró de manera ronca, escondiendo el rostro sobre su hombro—. ¿Y entonces qué fue lo que pasó aquel día? Porque eso no es algo que hagan los amigos, lo sabes bien. Tenemos que decírselo. Es mi amigo a pesar de todo. Y tu marido.

—Los dos estábamos borrachos, nos sentíamos solos y...

—No, sabes que es más que eso.

Darragh tomó su mentón con exigencia y le miró la boca con deseo. Mellie lo observaba de igual forma, con el pecho agitado, como si mantener las distancias requiriera de un esfuerzo titánico, como si fueran dos polos de un imán luchando contra su naturaleza.

Y yo tenía que salir de allí cuanto antes. Bruno iba a flipar cuando se lo contara, y pensaba hacerlo en cuanto llegáramos a casa. Por el momento tenía que irme lo más lejos posible antes de que me pillaran.

Caminé más deprisa. La pendiente, la tirolina, todo estaba en un segundo plano en mi cabeza. No juzgaba a nadie, pero estaba deseando saber por qué Mellie se aferraba al hombre impenetrable que parecía ser Darragh.

El viento azotó mi pelo anaranjado cuando llegue a la cima. Desde allí, todo parecía haberse convertido en una casita de muñecas: la mesa alargada podía cogerse con el índice y el pulgar.

—¿Cómo has tardado tanto? —me preguntó Bruno, divertido. Estaba junto a Marshall, y ninguno de los dos llevaba camiseta.

—Me he distraído mirando... unos pajarillos. Nunca los había visto, tenían unas plumas preciosas.

Bruno alzó una ceja con suspicacia y yo contuve la sonrisa. No era el momento de chismes, por más que me hubiera encantado.

—¿Por qué te has quitado la camiseta? —le pregunté, en cambio, pasando un dedo juguetón por su abdomen.

—Lo he convencido —intervino Marshall con una sonrisilla pícara —. Tirarse por la tirolina en Loch Haven es como un bautismo.

Abrí los ojos, atónita.

—¿Lo has convencido? ¿En serio?

—Pero creo que vais a tener que empujarme.

Marshall se rio y meneó la cabeza; ya empezaba a conocer a mi marido, y también lo quería y apreciaba tal y como era. Yo solo esperaba que Bruno pudiera verlo en algún momento.

—¿Puedo hacer un vídeo para la posteridad?

—¿De cómo tu marido se abrió la cabeza contra una roca y murió?

—No seas exagerado. —Le di un besito en la nariz—. Salta tranquilo, que yo iré justo detrás de ti.

A mi lado, Bruno cogió aire despacio y lo soltó de golpe. Se agarró a la barra de la tirolina y no me pasó desapercibido el temblor en sus manos. Mi chico nunca había sido un aventurero, pero el Bruno que conocí con dieciséis añitos estaría hiperventilando ante la idea de saltar desde ahí sin arnés ni garantías de seguridad, así que podía decir que había recorrido un largo camino desde entonces.

—Venga: uno, dos...

Marshall no terminó de contar antes de que Bruno saltara, probablemente queriendo arrancar la tirita sin pensarlo de más. Gritó durante buena parte del camino, encaramado a la barra con fuerza. Cuando finalmente cayó al agua helada me asomé todo lo posible para asegurarme de que estuviera de una pieza. Al salir a la superficie, me sorprendió que se estuviera riendo. De los nervios, seguramente. La adrenalina.

—¿Qué tal? —pregunté alzando la voz.

Miró hacia arriba, buscándome.

—¡Tenías razón, sí que es divertido!

Esta etapa no estaba siendo el camino de rosas que esperé cuando subimos al avión —Bruno podía atestiguarlo—, pero me alegraba de haber dado el paso. De haberme atrevido a saltar a ciegas, porque había encontrado un lugar que cada vez era más hogar. Porque todos los demonios que alguna vez me habían atormentado en Savento aquí se esfumaban. Las críticas de mi madre, de mi padrastro. Todo eso era una sombra que palidecía con cada recuerdo que creábamos en Loch Haven.

Marshall tiró de la cuerda, y cuando la tirolina llegó, apoyé el trasero sobre el diminuto asiento carcomido por el sol y conté hasta tres. Era verdad que daba mucho miedo, pero no era la primera vez que saltar al vacío me había salido bien, y si Bruno estaba abajo esperándome con una sonrisa y uno de sus abrazos, todo riesgo valía la pena.

Corrí hasta el final del camino, alcé las piernas para impulsarme y el suelo desapareció bajo mis pies. Cada uno de mis gritos se tragó la inseguridad adherida a mi piel. Acabó con cada vocecilla que me susurraba al oído que me había equivocado, que en mi intento por demostrar que podía valerme por mí misma terminaría perdiendo al amor de mi vida, que me había pasado de soñadora y había finalizado siendo egoísta e irresponsable; y cuando el agua me abrazó entre sus fauces, me reí a carcajadas bajo ella.

Por fin era libre de mí misma.

Capítulo 11

Bruno

Tras dos meses intensivos de pintura, limpieza, muebles nuevos y arreglos aquí y allá, aquel lugar por fin se parecía más a una de esas casitas pintorescas que salían en redes sociales y menos al decorado de película de terror que me había perseguido hasta en pesadillas.

Aún quedaba trabajo por delante, pero ese sábado por la mañana, cuando me senté en la mesita de la cocina con mi café, un par de las magdalenas de Fiona y el ebook del cuarto volumen de *Percy Jackson* en inglés, experimenté una sensación muy similar a estar en *casa*.

Adoraba la espontaneidad y la energía de Fiona, pero ahora que ella estaba trabajando y que yo tenía la mañana libre, aproveché para disfrutar de aquel rato de calma y de silencio. Puesto que estábamos más asentados y comenzaba a comprender algo mejor el acento cerrado de mis vecinos —sobre todo por pasar más tiempo con Darragh dado que Marshall se había vuelto a Edimburgo—, empezaba a pensar, esta vez de verdad, que podía acostumbrarme a esto. Que podía ser feliz aquí.

Tras el desayuno, me puse la chaqueta y agarré la correa de Limón. En cuanto la vio empezó a corretear de un lado a otro, emocionado ante la idea de pasear. Se pegó a mis piernas para que enganchara la cuerda a su collar y salimos los dos juntos.

Septiembre ya estaba acabando, y aunque en Savento aún estaban en mangas cortas, aquí el otoño ya lo cubría todo. El aire venía frío y se había encargado de sacudir los árboles y llenar el suelo de hojas marrones que crujían bajo las suelas de mis zapatos. Hacía ya muchos años que había quedado atrás mi época de estudiante, pero para mí septiembre aún simbolizaba un nuevo comienzo. Y, por una vez, me sentía optimista. Quizá era verdad eso de que las preocupaciones se quedaban en la cascada, al menos durante unos días.

Limón y yo hicimos nuestro recorrido habitual por Loch Haven hasta un pequeño riachuelo por las afueras que nos llevaría de vuelta a casa. Mientras atravesábamos el pueblo, vi al bibliotecario pelearse con un cartel que intentaba colgar junto a la entrada. La escalera en la que estaba subido se tambaleaba bajo sus pies de forma alarmante. Me acerqué a sujetarla antes de que tuviéramos una desgracia.

—¿Necesita ayuda? —le pregunté.

Él me miró con la frente perlada de sudor y cara de alivio.

—Si no te importa —respondió con voz amable y un sutil acento que no supe identificar, pero que no era el de Loch Haven. Era más dulce, más fácil—. Uno ya no tiene la estabilidad de antes.

Me reí y lo sustituí en lo alto de la escalera mientras él sujetaba la correa de Limón y me daba indicaciones sobre dónde quería el cartel, que parecía anunciar el horario de invierno de la biblioteca.

—Muchas gracias —dijo una que vez me bajé de la escalera—. Te llamas Bruno, ¿verdad?

Alcé las cejas, sorprendido de que supiera mi nombre, ya que después de mi encuentro con Darragh no había vuelto a atreverme a pisar aquel lugar.

—Sí. ¿Y usted?

—Fabiano. —En cuanto pronunció su nombre el acento se le volvió más marcado y lo pude reconocerlo como italiano—. Español, ¿no? El día que te pasaste por la biblioteca esperaba poder hablar contigo, pero al final no hubo oportunidad.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

—Tenemos un club de intercambio de idiomas, y una vez o dos en semana nos gusta juntarnos en la biblioteca o en una cafetería para practicar. Y hace poco hablábamos de que nos encantaría saber algo de español.

—Oh. —Puse cara de circunstancias, buscando la forma de excusarme—. Me temo que no sería un buen profesor. Mi mujer trabaja en la panadería, pero también es profesora, y...

—No son clases, solo nos reunimos a practicar y hablar. Casi todos somos personas mayores, pero en los últimos meses hemos reclutado más sangre joven. —Se rio de sus propias palabras—. Yo suelo ayudar a algunos que están aprendiendo italiano, y tenemos una mujer que sabe alemán y nos va enseñando conversaciones sencillas. Antes venía una chica de Grecia, pero se mudó por trabajo.

—No soy muy bueno con los idiomas —admití, aunque al oírme hablar inglés debía de ser más que evidente.

—¿Y? No hace falta serlo, solo querer aprender. Ahí todos sabemos que no es fácil estudiar una lengua que no es la tuya, y es un buen lugar en el que practicar sin que nadie te juzgue por equivocarte. Todos salimos ganando: unos practicamos inglés y otros aprenden idiomas diferentes. Nos lo pasamos muy bien, además. ¿Qué? ¿Te apuntas a probar un día de estos?

Mi primer impulso fue negarme igual que siempre que algo me sacaba de mi zona de confort, de la rutina que estaba empezando a crear. Me contuve. Si de verdad pretendía adaptarme y dejar de querer huir a cada segundo...

—De acuerdo. Puede ser divertido.

Fabiano sonrió, satisfecho. Algo en su mirada parecía decir que se moría de ganas de contarle al resto que les había conseguido un nuevo miembro para su club. Habría puesto una mano en el fuego porque la gran mayoría eran señoras mayores con tiempo libre y ganas de reírse, y yo solía caerles bien a las abuelas.

Me despedí de Fabiano y, también por primera vez desde que puse un pie en Escocia, fui capaz de sentirme orgulloso de mí mismo.

Cuando volví a casa, me encontré la puerta principal entornada. Fruncí el ceño, extrañado, porque estaba segurísimo de haberla cerrado al salir. Siempre lo comprobaba un par de veces, por costumbre. Por si acaso.

Era pronto para que Fiona hubiera vuelto del trabajo, pero quizá había olvidado algo o se había manchado la ropa. A mi lado, Limón comenzó a mover la cola con entusiasmo. Tampoco podía decir que me tranquilizara, porque a veces estaba seguro de que si entrara un asesino en serie mientras dormíamos también movería la cola con tal de recibir un par de carantoñas, daba igual si estas estaban manchadas de nuestra sangre.

Un poco tenso, dejé a Limón fuera y crucé el umbral de la puerta.

—¿Fiona? —Nadie me contestó. En cambio, escuché un crujido proveniente del salón seguido de unos pasos apresurados—. Fi, ¿estás aquí?

Más pasos. Oh, genial. Me había convertido en el personaje que muere justo cuando baja la guardia y cree que le van a salir las cosas bien. Debería haberlo sabido.

—¿Fiona? —Probé una última vez, con el corazón martilleándome con fuerza en el pecho.

Silencio. Chasqueé la lengua y giré sobre los talones. Llamaría a Fiona desde el jardín para ver dónde estaba, pero ¿ponerme en plan detective? *Nope*. Ni de coña. Película de terror o no, si el instinto te dice que corras...

No había llegado aún a la puerta cuando unos pasos corrieron hacia mí. Antes de poder girarme, alguien me saltó a la espalda. Grité más fuerte y con menos dignidad que en toda mi vida. Dios mío, realmente era así como iba a morir. Se me cerró la garganta por completo y me preparé para recibir una puñalada en el estómago o un golpe en la cabeza, pero en mis intentos de zafarme resbalé hacia atrás y caí de culo. La persona enganchada a mi espalda me amortiguó el golpe y sus brazos dejaron de rodearme el cuello.

—¡Ay!

Reconocí la voz de mi amigo Juande del tirón, y me giré, todavía jadeando, para encontrármelo sentado en el suelo.

—¡¿Pero tú eres gilipollas o qué te pasa?! —le grité, temblando de pies a cabeza, la voz tan tomada por el pánico como aquel día que me hizo una ahogadilla a ciento cincuenta metros de la orilla. Y entonces me di cuenta. Pestañeé varias veces, confundido—. ¿Juande?

Mientras mi amigo se quejaba del golpe, escuché un par de risas provenientes del fondo del pasillo. Fiona y Daniel sonreían al pie de la escalera.

Empecé a considerar la posibilidad de haberme dado algún golpe en la cabeza. ¿Qué cojones hacían en Loch Haven mis amigos de toda la vida?

—Te dije que no lo asustaras —lo regañó Daniel, con la diversión brillando en sus ojos castaños—. Casi nos lo cargamos aquí mismo.

Hola, Bruno.

—¡¿A él?! —protestó Juande, frotándose las lumbares con la mano y con su dramatismo habitual—. Creo que me he roto la espalda. Me muero. Socorro.

—¿Qué hacéis aquí?

—Los llamé yo —intervino Fiona, orgullosa—. Sé que no te gustan demasiado las sorpresas, pero pensé que esta te haría ilusión. Ya que no estamos en Savento, quería traerte un trocito aquí, aunque fuera durante un par de días.

—Dice Fiona que tenéis fantasmas en la casa, ya sabes. Así que hemos venido a verlos.

Permanecí inmóvil unos segundos más, procesando la situación y con el pulso aún acelerado. Daniel me tendió la mano para que me levantara y luego me dio un abrazo. Juande prácticamente nos saltó encima de nuevo para unirse. Era el más bajito de los tres, y también el más inquieto.

Me tragué el nudo repentino en la garganta. Antes de irme solíamos vernos al menos una vez a la semana, y esa era una tradición que había echado mucho de menos durante esos dos meses.

Cuando nos separamos, Fiona nos miraba con una sonrisa feliz y satisfecha en los labios. Me acerqué a darle un beso.

—¿Qué te parece la sorpresa? —me preguntó bajito.

—Maravillosa. Muchas gracias, Fi.

—Te dije que te demostraría lo mucho que me importa tu felicidad.

—¿A ella le das las gracias por sorprenderte y a mí me llamas gilipollas? —Juande se apartó el flequillo rubio de los ojos con un resoplido indignado.

—Ella no ha estado a punto de matarme de un infarto.

—Pues vaya con los favoritismos.

—Así funciona el mundo. Si te hubieras ganado tú el puesto de favorito, igual me habría casado contigo, pero solo me das disgustos.

Juande me guiñó un ojo con picardía, y Daniel me pasó un brazo por encima.

—¿Qué? ¿Nos enseñas el pueblo y buscamos algún sitio para comer?

—De acuerdo, claro —dije, un poco cohibido de pronto. No era la persona más indicada para hacer de guía turístico por Loch Haven, pero con enseñarles las calles principales y alguna plaza se darían por contentos. Miré a Fiona, que tenía las llaves en la mano—. ¿Vienes?

—Tengo que volver a la panadería, es que no podía perderme tu cara —respondió, y me dio un beso a modo de despedida—. Pasadlo bien, que luego nos vemos.

Al final, acompañamos a Fiona hasta la panadería y ella les dejó probar alguno de los dulces típicos de Loch Haven. Luego, paseamos por las calles rodeadas de casitas de piedra y algunos edificios bajos.

—Quién te ha visto y quién te ve —dijo Juande, mirando alrededor con asombro, y luego a mí—. Nuestro Bruno en un pueblito allá donde Cristo perdió la chancla. Siempre pensé que si te ibas de Savento sería para ir a un sitio más grande, no al revés.

—Lo que se hace por amor, ya sabes. —Me encogí de hombros.

—El último romántico —bromeó Daniel.

—Hablando de romanticismos, ¿cómo te va con Guille?

—Bien, muy bien. La semana pasada fue su cumple e hicimos una barbacoa en casa con estos. Te echamos de menos.

—Haberme dicho algo, podríamos haber intentado escaparnos un par de días.

—Es que fue cosa de última hora. —La voz de Daniel sonó a

disculpa, y se pasó los dedos por el pelo oscuro—. La próxima celebración la organizaremos con más tiempo para que podáis venir.

Asentí conforme, aunque en el fondo no pude evitar un pinchacito de desilusión. Si había algo que odiara sobre todas las cosas de estar lejos era el perderme los días importantes, las quedadas en grupo, los planes de un día para otro. El ir a comer un martes cualquiera a casa de mis padres o ir a buscar a mis abuelos para invitarlos a merendar. Y ahora estaba condenado a perderme todo eso, a echar de menos todo lo que había dejado atrás.

Tras un rato paseando y enseñándoles el pueblo, decidimos entrar a la taberna para pedir algo de comer. Desde aquel primer día que Fiona trajo a casa el táper con estofado, se había convertido en mi plato favorito del lugar, así que eso mismo fue lo que pedimos.

—Oye, pues está muy bueno —dijo Juande cuando probó su porción, y sopló la cuchara humeante—. No como el de mi madre, claro, pero me gusta.

—Veintisiete años y sigues siendo un niño de mamá. —Suspiré con dramatismo—. ¿Qué vas a hacer cuando se harte de darte táperes?

—Pedírselos a la tuya.

Daniel estuvo a punto de atragantarse con su cerveza. Por mi parte, me reí con sarcasmo y tuve que contenerme para no levantarme a darle una colleja.

A las espaldas de Juande, la puerta de la taberna se abrió y Darragh entró. Tras un par de segundos, se percató de nuestra presencia y se acercó a saludar.

—¿Tenéis visita? —preguntó.

Daniel, que siempre había sido el bueno en idiomas de los tres, le sonrió. Juande lo miró con esa cara que debía de poner yo casi todo el tiempo, sobre todo al principio: de estar perdido por completo. Me sentí un poco mal, pero no pude evitar alegrarme de, por una vez,

ver esa expresión desde fuera, impresa en alguien que no fuera yo.

—Estos son Daniel y Juande, mis mejores amigos —los presenté en inglés, y ellos saludaron con la mano.

—Darragh, encantado. ¿Hasta cuándo estáis por aquí?

—Hasta el lunes —respondió Daniel—. Teníamos que venir a comprobar cómo estáis tratando a nuestro Bruno; Fiona sabemos que se defiende sola.

—Y tanto. —Darragh dejó escapar una carcajada—. ¿Y qué? ¿Cómo veis a vuestro amigo? ¿Lo cuidamos bien?

—No se lo ve mal. Pero si oímos una queja vendremos a llevárnoslo.

—Me parece justo. Esta noche estaremos por aquí, por si queréis acercaros a tomar algo. A Bruno solo lo he convencido un par de veces, pero igual hoy que estáis vosotros se anima.

Daniel le dio las gracias por la invitación y Darragh no tardó en marcharse.

—¿Qué ha dicho? —Quiso saber Juande, que no había entendido ni papa.

—Que si queremos venir esta noche a tomar algo —le expliqué.

—Ah, pues como queráis. ¿Es amigo tuyo?

¿Lo era?

Según Fiona, Darragh llevaba intentando ser mi amigo desde nuestra llegada, y quizá era yo el que no lo había dejado acercarse demasiado. Ahora intentaba darle una segunda oportunidad, pero no me sentía tan cómodo a su alrededor como para poder decir que era mi amigo. No como lo eran Daniel y Juande, ni de lejos. Había congeniado más con Marshall, pero no podía contar mucho con él, porque iba y venía de Edimburgo cuando podía.

Así que me encogí de hombros como única respuesta.

—Oye, ¿sabes a quién se parece? —preguntó entonces Juande,

cambiando de tema y con los ojos puestos en Daniel.

—Al Charlie —respondió del tirón, divertido—. Es igualito.

—¿A que sí?

—¿Charlie?

—Ah, un guiri que ha estado por allí este verano y se ha liado con la prima de Almu. Ya se ha ido, pero salió con nosotros un par de veces. Un buen tío.

—Hostias, vaya pedo pilló en la playa. —Juande se rio solo de recordarlo—. Te juro que pensé que iba a ahogarse cuando se le ocurrió meterse en el mar.

Daniel también se rio de lo que parecía una noche llena de anécdotas. Era raro escucharlos hablar de quedadas, de planes en los que yo no había estado presente cuando habíamos sido siempre los tres contra el mundo. Pero no me habían excluido porque quisieran, sino porque yo me había ido, y ahora era inevitable que cada vez hubiera más bromas privadas entre ellos que yo no comprendía, que continuaran unidos mientras yo iba tomando cada vez más distancia en sus vidas.

Era inevitable que me perdiera un millón de momentos con ellos y con mi familia.

Empezó a dolerme el pecho. De pronto, este pueblo volvía a sentirse una cadena.

Alineé los cubiertos y la servilleta con la mesa para intentar mantener las emociones bajo control. Había pensado en Loch Haven como una burbuja fuera de la cual el mundo continuaba como siempre, en la que no existían mis problemas y todo lo que había dejado atrás seguía estando ahí, inmutable, esperando a que volviera. Pero el tiempo no se detenía por nada ni por nadie, y la vida de todos continuaba sin mí.

—¿Bruno? —me llamó Juande, sacándome de mis pensamientos

—. ¿Estás bien?

Asentí y tosí para aclararme la garganta.

—Sí, claro.

Daniel me miró con atención y me obligué a sonreírle y mantener el contacto visual, aunque después de toda la vida conociéndonos estaba claro que no podía engañarlo. Sin embargo, y por suerte para mí, debió de pensar que era mejor no insistir. Al menos, de momento.

—Oye, ¿aquí venden pizza por algún lado o eso es solo en la civilización? —preguntó Juande, cambiando de tema—. Porque antes de que nos vayamos habrá que estrenar en tu casa la tradición de pizza y videojuegos, digo yo.

—¿Ya estás pensando en la cena? —Se rio Daniel—. Si acabamos de terminar de comer.

—Chico precavido vale por dos.

Me reí entre dientes con la conversación. Aproveché para respirar hondo un par de veces y desterrar los pensamientos desagradables lo más lejos posible. Al menos mientras los tuviera aquí, quería disfrutar del fin de semana con mis mejores amigos.

Capítulo 12

Fiona

El domingo por la noche, la señora Campbell, con su arsenal de nietos, convenció a los chicos para ser parte de la noche de los susurros, una festividad local que se celebraba en mitad de otoño. Consistía en subir a pie hasta la cima de la colina iluminada con velas. Los hombres vestían el *kilt* escocés y las mujeres llevaban en su mano un pequeño farolillo mientras cantaban una canción en gaélico. Una vez arriba, se bailaba el *ceilidh*, un baile tradicional escocés, alrededor de una hoguera, y la celebración finalizaba quemando un pedazo de papel con un deseo que quisieras que se cumpliera de cara a fin de año.

Mellie y yo habíamos preparado pan de leche relleno de chocolate y avellanas; unos cruasanes de mantequilla que nos salieron de muerte, además de unos bollitos de canela que eran un éxito asegurado en todas las fiestas.

Cuando dejé todo listo, el sol comenzaba a esconderse tras las montañas. Tenía que darme prisa para ponerme la falda larga de cuadros rojos de una de las hijas de la señora Campbell y el corsé

negro a juego.

—¿Estáis listos, chicos? —pregunté mientras me arrodillaba a los pies de la entrada para dar los mimos diarios a Limón: no lo había visto desde la madrugada y ya lo echaba de menos.

Al primero que vi fue a Juande. Salió del salón con una ceja alzada y gesto orgulloso, luciendo el *kilt* adherido a sus caderas. Parecía bastante complacido por su aspecto de lord escocés y debía admitir que le quedaba muy bien. A su lado, Daniel suspiró, algo más cohibido, ya que el atuendo se alejaba bastante de sus vaqueros ajustados y ropa cómoda. Lejos de quejarse, se dejó hacer cuando Juande le propuso tomarse una selfie para sus respectivas parejas.

—Fiona, ¿me dejas hacerte una foto para Catalina? Porque te juro que estás igualita a la protagonista del libro que está escribiendo.

—Espero que eso sea un cumplido.

Él, orgulloso, se apoyó en la pared del pasillo, cruzó los brazos y un brillo perspicaz se deslizó por sus ojos ambarinos.

—Oh, te aseguro que lo es. Es una princesa que tiene que huir de su hogar por culpa de su tío, que ha matado al rey. Lo último que leí era que una hechicera perseguida por traición la estaba ayudando a hacerse pasar por costurera para llegar a su madre y... En fin, que es una pasada.

—Cuando la termine dile que me la mande, que suena genial —dije con sinceridad. No era la primera vez que leía alguna de las novelas de Catalina, y siempre me enganchaban de principio a fin. Me sacudí algunos pelos dorados de Limón que se me habían adherido a la falda—. Deberías convencerla de que se anime a buscarle editorial a alguna de sus historias. El mundo se está perdiendo unos libros maravillosos.

—¡Lo intento! Pero no hay manera de que entienda el talento que tiene y lo mucho que vale.

—Tendrás que traerla un día a Loch Haven, seguro que se va de aquí más inspirada que nunca. Por cierto, ¿y Bruno? ¿Todavía no está listo?

Daniel tendía a ocultar mejor lo que pensaba que Juande, pero con el tiempo se había convertido en un libro abierto para mí. Quizá porque habíamos trabajado juntos un par de veranos y había aprendido a leer los detalles que se le dibujaban en la cara en cuanto le preocupaba algo.

—Ha estado trabajando un rato y no deja de dar largas desde que terminó —respondió él, jugueteando con los dedos para aliviar la inquietud—. Oye, ¿te puedo preguntar algo?

Sentí un pellizco en el estómago. Había pasado las últimas semanas feliz dentro de mi pequeño cuento de hadas, y de pronto temí que empezara a resquebrajarse.

—Sabes que sí.

—Creo que conocemos a Bruno lo suficiente como para saber que todo esto le cuesta más de lo que quiere admitir —murmuró, dubitativo, como si buscara las palabras adecuadas para no hacerme daño. Le sonreí para que no se preocupara—. Juande y yo sabemos que aunque se fuera a la Luna seguiremos estando igual de unidos, pero tanto este fin de semana como desde que se fue lo he visto...

—¿Perdido? —pregunté, fingiendo que no me inquietaba. Escondí las manos tras la espalda y Limón entendió que podía apoyar las patitas delanteras sobre ellas para lamerlas.

—Exacto.

—Le cuesta, ya sabes cómo es, pero estoy segura de que seremos felices aquí. Bruno aún se está adaptando, pero creo que cada vez está un poco más integrado y...

—¿Te ves viviendo aquí para siempre? —me cortó él con rapidez.

—¡Por supuesto! —Sonreí con una mezcla de incomodidad y

sorpresa—. Los comienzos nunca son fáciles.

Juande me dio un tironcito suave de una de mis trenzas, sin hacerme daño.

—No tienes remedio —dijo con una mueca divertida—. Eres capaz de llevarte a Bruno al final del mundo y jamás perder la luz, Fionita. Le haces mucho bien a él con todo ese optimismo, y ojalá nunca lo pierdas, porque ya sabemos que este chico es capaz de ahogarse en un vaso de agua.

—Nunca dejaría que se ahogara —respondí, emocionada—. Es mi persona favorita en el mundo entero.

Daniel y Juande compartieron una mirada que me indicó que ahora se quedaban algo más tranquilos.

—¿Te acuerdas de cuando venía a los exámenes del instituto con dos tilas en el cuerpo y aun así seguía nervioso? —le dijo Juande a su amigo, divertido—. Y yo que necesitaba medio litro de café para no dormirme a esas horas.

Daniel se rio.

—Y tanto. Dios mío, y cuando empezó a hablar con Fiona y nos acribillaba a audios porque se pasaba horas dándole vueltas a cada mensaje antes de enviarlo.

—¿Cómo? —Me reí—. Esa historia no la había escuchado antes.

—¿Ya estáis intentando dejarme mal? —La voz de Bruno sonó desde el pie de la escalera. Cuando lo miré, mi marido nos observaba con el gesto ligeramente torcido, pero un brillo divertido en los ojos. Tenía el pelo algo alborotado, como si se hubiera peleado con un oso que quería quitarle el bonito *kilt* escocés que llevaba puesto.

—Ya era hora —protestó Juande—. Casi nos morimos de viejos esperándote. Me han debido de salir hasta un par de canas.

Acorté la distancia con él para rodear el cuello de mi marido con

mis brazos. Bruno chasqueó la lengua, divertido al ver que me ponía de puntillas para llegar a él. Aproveché para darle un suave beso en los labios, que me correspondió complacido.

—¿De verdad tengo que salir con esto? —susurró cerca de mi oído —. Ya hemos participado en la tirolina, en las cenas con los vecinos. ¿Tenemos que seguir pasando pruebas de fuego?

—Lo pasaremos bien. Además, ¿no eras tú el que quería ponerse mis vestidos cuando llegamos?

—Si me agacho se me verán los calzoncillos. Y llevo esos con gatitos que me regalaste.

Me mordí el labio inferior para contener una carcajada, rocé su nariz con la mía disfrutando de esos pequeños momentos donde los demonios de Bruno no existían.

—Eres un dramas, mi vida. No es una minifalda, precisamente; te llega por las rodillas. De todas formas, tendré que ponerme detrás de ti para que no sufras ningún altercado.

—Por favor. Es tu deber de esposa protegerme de miradas ajenas.

—No quiero interrumpir, tortolitos —la voz de Daniel nos hizo mirar hacia la puerta, donde ya estaban él y Juande esperándonos. No sé si me pareció más divertida la mirada acusadora de nuestros amigos, o notar a Limón tumbado, feliz y con la lengua hasta el suelo—, pero tenemos que llegar esta noche a la colina, no mañana.

—¿Vamos?

Bruno elevó una ceja esperando mi respuesta.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Detrás de ti.

El ascenso a la colina fue mucho más duro de lo que pensaba. La brisa otoñal hacía que las velas danzaran silenciosas a ambos lados del camino. Muchos de los vecinos de Loch Haven tarareaban

canciones populares que intentaba chapurrear también emocionada, aun sin entender una palabra de aquellas que eran en gaélico. Bruno me daba algún que otro codazo, recordándome que debía ser una melodía dulce, no un cántico en honor a los demonios escoceses. Pero lo que más disfruté fue de la calma nocturna que habitaba en el pueblo esa noche; de la cantidad de estrellas que daban luz a nuestra pequeña travesía: tintineantes y acompañadas de alguna que otra fugaz.

Me dolía la cara de tanto sonreír. Porque no solo me sentía la mismísima Gretel en mitad del bosque, sino que disfrutaba de los tirones que se daba Bruno en el *kilt* cada vez que creía que se le vería algo.

Mellie nos había comentado que en los tiempos más oscuros, la gente subía hasta la colina para rezar por un mañana sin guerras. Por eso dejaban sus hogares durante una noche al año y vivían sin pensar que podría ser el último día.

Disfruté de cómo los dedos de mi marido buscaban los míos durante todo el sendero. Me encantaba ver la calma que transmitía su rostro mientras hablaba con los chicos de unos videojuegos que no conocía, pero los escuché con la misma atención que si lo hiciera.

Cuando llegamos a la cima, los dulces de la panadería de la señora Moore estaban perfectamente apilados sobre una larga mesa de madera, similar a la que colocó Darragh la última vez que aceptamos ser parte de una de sus costumbres. Las llamas de la hoguera se alzaban al son de los cánticos de Loch Haven, como si le pidieran entre canciones que tocaran las estrellas por ellos. Pero lo que más me maravilló fue ver como todos bailaban sin ningún tipo de tapujos alrededor del fuego.

—¿Esa de ahí no es Mellie? —Bruno se acercó a mi oído para que pudiera escucharlo—. Parece que hoy tiene muy claro que es una

mujer casada.

Intercepté a Mellie dando saltitos alrededor de la hoguera. A su lado se encontraba su marido, con una ligera sonrisa en sus labios mientras su mano derecha sostenía su cintura.

—No seas como tu abuela.

—Soy su nieto, la genética pesa.

—«Vaya jovenzuela». —Imité la voz de Manuela—. «Seguro que se ha divertido lo suficiente y ha recordado que su sitio está con su marido».

Bruno se rio de mi burda interpretación y me estrechó entre sus brazos. Me dio un beso en la sien, mientras yo aspiraba el olor mentolado de su loción de afeitado. Quizá más tarde podría recordarle lo mucho que disfrutaba de su olor sobre mi piel.

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no bailamos? —intervino Daniel.

—Yo creo que paso —gruñó Juande dirigiendo una fugaz mirada hacia los dulces—. Tengo algo importante que hacer antes.

—Los cruasanes más tostados son los de la derecha —susurré, porque esos eran sus favoritos—. Date prisa o no podrás probar ninguno.

Daniel no perdió el tiempo y aprovechó su buena labia para ser una extensión más de la gente que bailaba alrededor de la hoguera. Parecía feliz.

—¿Bailamos?

—Sabes que te voy a pisar los pies.

—Por eso me he puesto zapatos cerrados. —Le guiñé un ojo—. ¿Hasta el fin del mundo, Bruno?

Él me miró en silencio. No sabía si me refería solo a aquel baile o si mis palabras tenían que ver con la conversación que había tenido con los chicos antes. Lo único que deseaba con todas mis fuerzas era que Bruno y yo fuéramos felices. Era evidente que echaríamos

de menos cosas de Savento, pero esperaba que no pesaran tanto como para que nuestra relación pudiera resquebrajarse.

—Hasta el fin del mundo, Fi.

Bailamos durante tanto tiempo que mis carcajadas se convirtieron en parte de la melodía de Loch Haven. No me importaba que mis pies me amonestaran al día siguiente por la cantidad de saltitos que di alrededor de la hoguera. Me sentía tan completa cada vez que Bruno me alzaba entre sus brazos que necesitaba demostrarle a todo el mundo que nuestra historia no era una locura, sino un «para siempre». Y si existían motivos para que me enamorara más de mi marido, los encontré esa noche. Porque cada vez que alzaba sus labios mostrándome esa felicidad plena, estaba segura de que podíamos conseguirlo.

Los miedos eran inevitables, pero nosotros éramos capaces de aplacarlos juntos.

A medianoche, como era propio de la tradición, se repartió un pequeño trocito de papel para escribir el deseo que queríamos que se cumpliera de cara a final de año. No tenía que pensarlo demasiado, sabía bien qué quería.

—¿Vas a decirme qué has pedido? —preguntó él mientras tiraba su trocito de papel al fuego—. ¿O si me lo cuentas no se...?

—Quiero ser tu felicidad y que tú seas la mía, Bruno —dije sin tapujos—. Lo único que deseo con todas mis fuerzas este año es que Loch Haven sea un hogar, no solo para mí, sino para los dos. Quiero que sea tu sitio y que no te sientas solo.

Bruno pareció sorprenderse por mis palabras. Desde que habíamos llegado a Escocia siempre le dije que nuestra pequeña casita embrujada era nuestro sueño. Pero quería ceder un poco ante sus miedos y sus deseos de ser parte de la vida de sus amigos, y si tenía que recorrer el mundo por mi chico de sonrisa dulce, lo haría.

Me dio un suave beso en los labios. Si bien no llegó a responderme, aparté el pellizco en el estómago que sentí al darme cuenta. No le pregunté qué había pedido él y tampoco me lo contó, pero tal vez sería mejor de esa forma.

Así que lo agarré de nuevo de la mano y lo arrastré hacia sus amigos para seguir bailando hasta que el sol se asomara y le ganara la batalla a todas las sombras y demonios que acechaban en las esquinas.

Capítulo 13

Bruno

«¿Te ves viviendo aquí para siempre?».

Había escuchado la pregunta que le había hecho Daniel a Fiona desde lo alto de las escaleras y, dos semanas después de que mis amigos se marcharan, aún seguía dándole vueltas a la afirmación ilusionada y convencida de mi mujer.

No entendía por qué eso me había sacudido tanto. Quizá porque yo mismo no sabía cómo contestar a esa cuestión; porque una parte de mí siempre había pensado que esto sería algo temporal. Que, en algún momento, Fiona diría de alquilar o vender la casa o dejarla como residencia vacacional. Que se aburriría cuando apareciera la siguiente aventura en el horizonte y, con suerte, esa sería un poquito más cerca de Savento.

Pero Fiona se veía envejeciendo aquí, rodeada de montañas, lagos envueltos en leyendas y bizcochos recién hechos. En ningún momento habíamos hablado de que fuera para siempre, y aunque tal vez debí sospecharlo, sus palabras me habían dejado sin aire.

Aun así, con esa vocecilla asfixiante tras mi oreja que me repetía

que estaba *condenado* a estar aquí por el resto de mi vida, seguí intentándolo.

—Hasta la semana que viene, Bruno —dijo con un español roto una de las señoras del club de idiomas cuando salíamos de la biblioteca, repitiendo la frase que le había enseñado antes de irnos.

—Nos vemos —respondí yo en inglés.

Había ido ya un par de veces y, a decir verdad, había sido divertido. Justo como imaginé, estaba lleno de abuelas, algunos de sus nietos adolescentes y un par de personas de entre treinta y cuarenta años. Sin contar a los adolescentes, era el más joven, y eso sumado a que era el nuevo y uno de los pocos extranjeros, las señoras me encontraron de lo más encantador, tal y como suponía que iba a pasar. Era el único rato de la semana en el que olvidaba lo fuera de lugar que me sentía gran parte del tiempo.

En cuanto salía de allí, sin embargo, la realidad era la misma de siempre y la vocecilla regresaba, inagotable tras dos semanas.

Ya había oscurecido cuando volví a casa. Las luces del jardín y la planta baja estaban encendidas. En el salón, Fiona me esperaba con un plato de magdalenas recién hechas y una sonrisa un poco rara.

Oh, conocía esa sonrisa. Era la sonrisa de las malas noticias.

—¿Está todo bien? —pregunté a modo de saludo.

—¿Qué? Pff, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas? —Quiso saber, moviendo una mano para quitarle importancia, lo que hizo que me preocupara más aún—. ¿Quieres una magdalena?

—Fiona...

—Dime.

—¿Qué ha pasado?

La sonrisa de Fiona cayó e hinchó un moflete, dubitativa. Fuera lo que fuese, estaba claro que no pensaba abordar el tema tan pronto. Se sentó en una de las sillas del comedor y yo lo hice frente a ella.

—Cuéntamelo —la animé, poniéndole una mano en la rodilla—. ¿Ha ocurrido algo en el trabajo?

—Más o menos.

—¿Has confundido el azúcar y la sal y te ha salido un bizcocho salado? —pregunté, intentando aliviar la tensión del ambiente.

Fiona meneó la cabeza, apesadumbrada.

—¿Recuerdas que iba a preguntarle a la señora Moore por esos días libres para navidades?

Así que esa era la mala noticia.

—Me acuerdo, sí.

—Me ha dicho que imposible. Que los días de Navidad son en los que más trabajo hay y que mientras esté trabajando allí...

—Vaya, que a partir de ahora pasaremos las navidades solos. —Me obligué a sonreír en un intento de ocultar el pinchazo de decepción que me cruzó el pecho.

—Podemos intentar que vengan tus padres, o...

—No van a dejar solos a mis abuelos en esas fechas. Y conociendo a mi abuelo, se negará a ir a ninguna parte. Nunca ha permitido pasar esos días en una casa que no sea la suya.

—Te prometo que para el año que viene lo organizaremos de otra manera. Puedo buscar a alguien que me cubra esos días.

Suspiré, intentando ocultar la desilusión que sentía.

—Vale, claro. No te preocupes. Voy a subir a darme una ducha.

Me levanté, pero antes de ir a ningún lado, Fiona se aclaró la garganta:

—Lo siento muchísimo, de verdad.

—Está bien. Fui yo el que te dijo que igual no era buena idea pedir días libres tan pronto.

—Pero te habías hecho ilusiones.

Se me escapó una carcajada más amarga de lo que pretendía.

—Pues claro que me había hecho ilusiones —admití, y de pronto me ardieron los ojos. Ya me perdía todos los planes con mis amigos y las comidas familiares, y ahora, por supuesto, iba a perderme también todas las navidades de ahora en adelante—. Pero que da igual, Fiona.

—No da igual. Le he preguntado hoy porque quería animarte con una buena noticia y al final ha sido peor.

—Estoy bien. Además, no es culpa tuya que te haya dicho que no.

—Lo sé, pero llevas dos semanas como de bajón y no entiendo por qué no me cuentas qué te pasa, Bruno. —Fiona se puso de pie —. Antes estabas más animado, pero ahora... Estoy preocupada.

—Es que si te lo cuento sí que va a ser peor —solté sin pensarlo y me arrepentí al instante.

—¿Qué? ¿Por qué?

Dudé antes de responder. Tras un par de segundos en silencio, me pellizqué el puente de la nariz.

—Porque... no sé, siento que estoy atrapado aquí, y cada vez que doy un paso luego son dos hacia atrás.

—Eso no es cierto. —Negó con la cabeza, totalmente convencida —. Estás progresando, aunque no lo veas ahora mismo. ¿Y quién tiene prisa? Tenemos toda la vida para encontrar nuestro huequito.

«Toda la vida» junto a Fiona siempre había sido una bendición, un sueño. Seguía siéndolo. Nunca me había dado miedo el «para siempre», pero esa vez sonó como una sentencia.

—Eso es precisamente lo que me está agobiando, Fi, que creo que no quiero estar aquí para siempre.

Fiona se mordió el labio inferior.

—¿No?

—¿En serio es una sorpresa?

—Supongo que no. —Bajó la mirada—. Pero creí... que era

cuestión de tiempo. Que cuanto más estuviéramos aquí, más aspectos positivos le verías a Loch Haven, que también te enamorarías del pueblo. Y sigo creyendo que es un proceso, que hay que esperar.

—¿Cuánto tiempo? Porque tú has sabido que este era tu sitio desde el minuto uno, pero a mí cada día se me hace más cuesta arriba y me siento más aislado. Te prometí que lo seguiría intentando, y es lo que estoy haciendo. Estoy poniendo más de mí que nunca, pero cuando pienso en pasar aquí el resto de mi vida, siento que voy en un barco medio hundido y que el agua me llega ya al cuello.

—No estás solo en esto. —Dio un paso en mi dirección, recortando la distancia—. En el barco vamos los dos, así que deja que te ayude a achicar el agua hasta que encontremos la forma de que no entre más.

Negué con la cabeza, dando un paso atrás.

—Si no me he ahogado aún es por ti. Eres la única razón, siempre lo has sido. Pero joder, es que no puedo más, Fi —admití, con una sonrisa temblorosa y un nudo en el pecho—. No puedo más.

—Pero te estás adaptando. Te has apuntado al club de intercambio de idiomas, cada vez te llevas mejor con Darragh y los demás. —Miró alrededor, a las paredes que nos rodeaban—. Hemos dejado la casa muchísimo mejor de lo que estaba. Que en un principio este no fuera tu sueño no significa que...

—Ese es el problema, Fiona. Que yo no quería venir, y aun así... me dejé convencer. Como siempre. Decías que sería fácil, que estaríamos bien, y... mírame. He dejado atrás toda mi vida, Fiona, a la gente a la que quiero y todo lo que tenía.

—No te puse ninguna pistola en la cabeza para venir aquí, Bruno —respondió con los ojos anegados en lágrimas—. Podrías haberlo

dicho. Podríamos haberlo hablado.

—Lo hice. Lo hice, mi amor. Te dije mil veces que era mala idea, que no estaba convencido, que no quería casarme solo por... —Meneé la cabeza, incapaz de continuar—. Pero no me escuchaste y yo me dejé convencer porque sabía que te haría feliz. Quiero hacerte feliz, Fi, pero a lo mejor no puedo.

—¿De qué hablas? Bruno, claro que me haces feliz.

La miré sintiendo que me ahogaba, que me deshacía por los bordes. A mi alrededor, nada parecía del todo real. Esta situación no podía serlo porque nunca, en aquellos diez años de relación, había imaginado la posibilidad de que esto ocurriese. Y, menos aún, de ser yo el causante.

—Pero no puedo seguir aquí. A ti Savento no te llenaba, lo sé, pero yo no tengo nada en Loch Haven.

Fiona guardó silencio unos segundos que se hicieron eternos. Se mordió el labio de nuevo, insegura, como si ella tampoco hubiera pensado que esto pudiera pasar. Éramos Bruno y Fiona, al fin y al cabo. Nada ni nadie había podido separarnos desde que nos conocimos. Y ahora...

Cuando habló, apenas pude escucharla por encima del latido de mi corazón.

—Entonces ¿vas a irte?

Su voz sonó calmada, suave, pero apenas parecía la suya. Porque Fiona no era calma, era un maremoto que agitaba mis aguas por completo y lo ponía todo patas arriba. Era la que me empujaba a cambiar y vivir. Era mi persona favorita del mundo entero. Y ahora sonaba tan triste y *tan apagada* que algo se rompió dentro de mí.

La pregunta debía ser sencilla de responder: sí o no. Sin embargo, la respuesta me arañó la garganta:

—A lo mejor no queremos lo mismo en la vida. Quizá... quizá no

somos tan compatibles como creíamos, Fiona.

«O quizá siempre estuvo claro y nos negamos a verlo».

—No me has respondido. ¿Vas a irte?

—Creo que necesito un tiempo.

Fiona se abrazó a sí misma y se dejó caer en el sillón, con las lágrimas resbalándole silenciosas por las mejillas y los labios apretados en una fina línea. Los dos temblábamos, y lo que más quería en ese momento era acercarme a ella y abrazarla y pedirle perdón. Por hacerla llorar, por romperle el corazón, por hacerle malgastar tantos años con un cobarde cuando lo que ella merecía era alguien que la siguiera en sus locuras sin mirar atrás, que igualara su energía y no temiera los cambios de la forma en la que yo lo hacía.

Lo había hecho todo por seguir gravitando en su órbita, pero quizá yo no era la persona adecuada para ella.

La persona adecuada no la pondría en esta situación.

—Entonces vete, si es lo que quieres —murmuró con un hilo de voz.

La habitación me daba vueltas bajo los pies, pero me obligué a poner uno tras otro y subir las escaleras agarrado de la barandilla. Apenas metí un par de mudas en una mochila, porque me sentía físicamente incapaz de coger la maleta y llenarla con todas mis cosas.

Limón se acercó a mí gimoteando, como si entendiera lo que estaba pasando, y tuve que tragarme las lágrimas mientras le daba las últimas caricias en un tiempo. «Un tiempo», porque cualquier otra cosa sonaba a «adiós», a «definitivo», y eso era algo a lo que no podía enfrentarme. No podría soportarlo.

Cuando bajé de nuevo, Fiona seguía en el salón, sentada de espaldas a mí. Desde la puerta, la miré unos segundos dando tirones

a las asas de la mochila y murmuré una despedida a la que ella ni siquiera respondió.

«Cobarde, cobarde, cobarde», fue lo único que sonaba en mi cabeza cuando salí por la puerta principal.

Pero no me rompí del todo hasta que estuve dentro del taxi.

Comprar un billete para el primer vuelo a España fue lo más difícil que había hecho en mi vida.

Apenas podía respirar cuando subí al avión. Encontré mi asiento entre un hombre de unos cuarenta años con traje y corbata, y una señora mayor que me sonrió cuando me senté. Intenté devolverle el gesto, pero lo único que conseguí fue apretar más el nudo que tenía en la garganta.

Luego, me limité a clavar la vista en el sillón de delante mientras el resto de pasajeros embarcaban. Un pedacito de mí quería bajarse y regresar corriendo a Fiona; otro, que despegáramos de una vez para no tener la opción de hacerlo.

Cuando por fin comenzó a moverse, me pillé a mí mismo agarrado con fuerza a los reposabrazos. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Cómo podía estar alejándome de Fiona así?

De hecho, ¿no era el estar haciendo esto lo que demostraba que ella merecía alguien mejor?

Era un gilipollas.

—¿Primera vez? —preguntó en inglés la mujer sentada junto a mí, con acento francés. Tenía la piel oscura y el pelo corto y blanquecino. Cuando me di cuenta de que me hablaba a mí, reparé también en que yo estaba respirando más rápido de la cuenta. No me daba miedo volar ni era mi primera vez en un avión, pero asentí de todas formas para ahorrarme explicaciones—. ¿A casa o de visita?

Otra pregunta con dos opciones que no supe responder.

—Yo voy a visitar a mi hija y mis nietos —continuó hablando al ver que yo no decía nada, probablemente queriendo distraerme de mi supuesto miedo a volar—. Se casó con un español y se fue allí por amor, ¿sabes? Le costó tanto al principio y lo pasó tan mal... Pero ahora ella es muy feliz allí y yo tengo una excusa para visitar España siempre que me apetece. Ojalá hubiera sabido en ese momento lo bien que saldría todo al final; me habría preocupado mucho menos. Cuando lleguemos y veas que no ha ocurrido nada catastrófico, también desearás no haber estado tan preocupado ahora.

La señora se rio de sus propias palabras, pero yo estuve a punto de venirme abajo por completo.

—Pero no todos los sacrificios por amor salen bien —murmuré, incapaz de mirarla—. A veces el precio a pagar es muy alto.

—Tienes razón, por supuesto. Pero cuando dos personas se aman de verdad, encuentran la manera de llegar al punto intermedio en el que no solo uno lo sacrifique todo, sino que cada uno ceda lo que pueda sin romperse.

—Creo que el consejo me ha llegado tarde. —Me obligué a sonreír.

—Estoy segura de que no es así.

Meneé la cabeza.

—No sé cómo arreglarlo.

—Diría que el primer paso es respirar hondo, muchacho. Date un poco de tiempo, piensa en lo que quieres y lo que es mejor para ti. Cuando tengas eso claro, sabrás por dónde tienes que empezar.

Llevaba años anteponiendo la felicidad de Fiona a la mía. Por eso la había seguido aquella vez que nos perdimos haciendo senderismo porque ella quería ver el atardecer desde otro lado, y por eso había elegido una carrera que estuviera en la universidad en la que ella había entrado, y por eso la dejaba escoger los destinos de todos

nuestros viajes y adaptaba mis vacaciones a ella, y le dejaba ganar la mayoría de discusiones incluso cuando no estaba del todo de acuerdo solo por el placer de verla vencer. Por eso me había casado con ella, para que pudiera heredar una casa, y había bailado delante de todo el mundo en nuestra boda pese a la vergüenza que me daba.

Por eso me había mudado a Escocia y lo había dejado todo atrás.

Y aunque nunca me había arrepentido ni un instante de todo lo que hacía por ella, quizá de tanto ceder y ceder había terminado por romperme.

Quizá, si quería arreglarlo, tenía que empezar por priorizarme por una vez.

Capítulo 14

Fiona

Los días se hacían eternos. Las horas pesaban en mi espalda, como si cada una de ellas fuera una mochila invisible cargada de piedras que me haría perder el equilibrio en cualquier momento. De repente me vi envuelta dentro de ese modo automático que utilizaba cuando vivía con mi madre en Savento: sonriente y sin voz para reivindicar lo que no me parecía justo.

No quería decirle a nadie que la valentía que tenía cuando llegamos a Loch Haven había desaparecido con Bruno. Se llevó cada trocito de mi impulsividad, de mi mundo de tonos pasteles, y lo convirtió en un feo gris.

Me hubiera gustado tener un culpable para el triste final de mi historia de amor. Podría haberlo acusado de no aguantar la distancia que lo separaba de todo lo que dejó atrás. Pero lo hizo por mí, como esas ocasiones que a él le bastaba con contemplar el mar a mi lado y yo lo invitaba a hacer algo más *interesante*. Porque estaba demasiado obsesionada en escribir una historia con momentos que dejaran huella, cuando realmente nuestra relación se cocía a fuego

lento a través de besos, unión y risas.

—¡Fiona!

Los fuertes golpes en la puerta de mi casita de ensueño me sacaron de mi autocompasión. Puede que fuera la insistencia con la que gritaba mi nombre para llamar mi atención, o solo me diera cuenta porque el pobre Limón, que estaba tumbado a mi lado en la cama, se retorcía como la niña de *El exorcista* para que dejara de abrazarlo como si fuera de peluche.

—Un poquito más —le rogué, pero creo que entendió que tenía el privilegio de lamerme la cara si no soltaba su cuerpecito—. Vale, tú ganas. Nada de agarrarte como si fueras un perrito salchicha.

Limón levantó una oreja, con aspecto de estar esperando una disculpa por mis palabras, a lo que yo suspiré acariciándole la nariz como tanto me gustaba.

—Perdona. En esta casa *no tan encantada* solo hay sitio para este *golden retriever*. Nada de perros alargados. Comprendido. No volveré a decirlo.

—¡Fiona, sé que estás ahí! —Reconocí la vocecilla aguda de Mellie, que debía haber ido a buscarme—. No puedes esconderte de mí para siempre, sé dónde vives. Y te recuerdo que trabajas para la señora Moore.

«Supongo que le ha contado que casi quemo la encimera y que me ha dado unos días para que recuerde que soy pastelera, no pirómana», suspiré con cierto pesar.

Bajé las escaleras con el ánimo por los suelos. Me sentía un espantapájaros: despeinada, con una camiseta ancha mal puesta y los pelos de Limón adheridos a la tela.

Un cuadro, sin duda.

Abrí la puerta intentando recordar cómo era la sonrisa complaciente que usaba para todo el mundo, pero creo que a Mellie

le pareció más típica de Halloween por la forma en la que arrugó la nariz.

—Ya sé que te he dejado en vergüenza con la señora Moore. —Mellie abrió la boca, pero no le permití que diera voz a sus palabras —. Hablaste por mí, para que pudiera tener un trabajo estable en el pueblo, y lo siento mucho. Te compensaré en cuanto pueda y...

—Espera, para el carro. No he venido aquí para que me des algo por tener un mal día.

«Si solo fuera uno...».

—Sabes que nunca me niego a un plan, pero no me encuentro bien.

—¿Seguro que no quieres hablarlo?

—La verdad es que no —respondí, más tajante de lo que pretendía.

Mellie no tenía por qué preocuparse por mí. Sin embargo, me dio la impresión de que le hacía más daño al intentar alejarla.

—Antes de que llegaras... —comenzó a decir algo nerviosa; su voz, apenas un susurro. Jugueteó con sus pies en el porche, como si intentase rascarse con uno la pantorrilla del otro—, no solía hablar mucho de lo que me pasaba por la cabeza. Supongo que es normal que todos tengamos secretos, pero me ha hecho muy feliz contar con... una amiga.

—Lo dices como si te sintieras sola.

—¿Tanto se me nota? —Su voz se fue rompiendo poco a poco, como si algún recuerdo se hubiera atorado en su mente y empezara a asfixiarla—. Supongo que cuando me casé pensé que esa sensación de soledad se iría. Mis padres son un poco... ¿convencionales? Ya sabes. Boda perfecta. Marido perfecto. Hijos sanos. Creo que se les olvidó que siempre he sido algo más alocada como para cumplir un papel como mujer. Madre mía, suena como si

no quisiera a Rory y...

Su dolor me resultó muy parecido al mío. Era como si su historia y la mía encajasen. La abracé con todas mis fuerzas, sin saber si lo que quería era ahogar su llanto en mi hombro o si era el de la Fiona que creía que podía seguir sola sin Bruno, porque, desde que se había marchado, había estado perdida en una espiral de autocompasión de la que no tenía ni idea de cómo salir.

Estaba tan acostumbrada a decirme que podía con todo que me olvidé que estar triste era necesario para no caer al vacío.

—Tengo una tarrina de helado de vainilla con *cookies*, ¿te apetece un poco?

Mellie soltó una carcajada. Se secó con el dorso de una mano las lágrimas que se deslizaban por su rostro y ladeó la cabeza en una mueca divertida.

—Había venido a animarte por tu casi incendio, pero no voy a negarme a ese helado.

La visita de Mellie alivió un poco el dolor que sentía en lo más profundo de mi corazón. Nos acomodamos en el sofá y buscamos calor en la mantita de pelo que usábamos para ver la televisión. Limón también se unió a nuestro momento de helado y comedias románticas, buscando al instante un hueco entre nosotras para echarse una siestecita.

Una sensación de hogar me envolvió de nuevo. Apoyé la cabeza en el hombro de Mellie mientras mordisqueaba los trocitos de galleta del helado, pensativa.

¿Mi relación con Bruno se había roto para siempre?

—¿Bruno ha salido con Darragh?

Su pregunta me hizo cerrar los ojos con cierto pesar. Me deslicé por el sofá hasta agarrarme con una mano al borde.

¿Podía vivir en un mundo sin él?

—Ha vuelto a España —susurré, y las lágrimas comenzaron a agolparse en mis ojos—. No estoy segura de si volverá.

—Ya veo.

El tono de Mellie fue más tenue, como si se lamentara de haber tocado un tema que me hacía daño.

—¿Y tú quieres eso, Fiona?

—¿El qué?

—¿Quieres que no vuelva?

Su pregunta me caló los huesos, como si hubiese pasado demasiado tiempo bajo la lluvia. Un escalofrío me recorrió la columna vértebra a vértebra. ¿De qué me servía esta bonita vida en Escocia si lo que quería era compartirla con él?

El llanto hizo temblar mis cuerdas vocales, primero en un ligero sollozo, hasta que la tempestad se desató en mi pecho. Quería explicarle a Mellie cada uno de los motivos por los que lo había dejado marchar. Pero aún recordaba el dolor que reflejaban sus ojos verdes; la frustración por no encontrar su sitio. Y, aunque yo amaba cada trocito de Bruno, deseaba su felicidad más que la mía propia.

Lo amaba con cada pedacito de mi corazón y lo haría hasta mi último aliento.

—Lo he presionado demasiado con ser felices aquí, Mellie. Con que se adaptara y con dejarlo todo atrás. —Apoyé las palmas de mis manos sobre mi rostro en un intento de contener mi propia vergüenza—. Le he asegurado una y otra vez que todo iba bien en lugar de aceptar que él no estaba a gusto aquí. Lo único que he conseguido ha sido llevarlo al límite y... Joder, soy un desastre.

—Eres humana y cometes errores como todo el mundo.

—¿Como tú dándole a mi perro helado de vainilla?

Mi mirada se deslizó hasta Limón, que se encontraba con las patas delanteras sobre los muslos de Mellie. El muy canalla había

aprovechado mi despiste para ponerle ojitos y lamer su cuchara. Ella, que por lo visto no tenía muy claro que un perro no podía comer todo lo que le pareciera un manjar, mantenía la cuchara en su dirección mientras la lamía felizmente.

—Hace esos ruiditos de perrito que no ha comido en cuarenta años y no he podido resistirme.

—Come mejor que yo, te lo aseguro. Y aleja ese helado de mi perro, que me lo vas a dejar ciego con el azúcar.

Nuestros ojos se encontraron en un silencio tan ridículo que rompimos a reír sin motivo. No estaba acostumbrada a ser la chica triste que se lamenta por las esquinas, sino la que luchaba por buscar nuevas oportunidades, la que se lanzaba de cabeza a la aventura. La que quería ser feliz en un puntito perdido de Escocia con el chico con la sonrisa más bonita del mundo. Y si no era en Loch Haven, podía ser en Irlanda, Tailandia o en una isla desierta.

No importaba el lugar si era con él.

—Bueno, parece que estás mucho mejor —susurró Mellie levantando la cuchara sin éxito. Limón ya había llevado a cabo su plan malvado del día y no iba a soltarla—. ¿Quieres que te ayude a hacer la maleta?

—¿Puedes quedarte con Limón? Prométeme que no lo consentirás demasiado.

—Por supuesto, se me dan mucho mejor los animales que los hombres.

Me mordí el labio inferior para contener una carcajada. Deseaba preguntarle si tenía algún motivo más por el que visitarme esa mañana, pero prefería que me lo contase ella cuando estuviese preparada. Podía tener curiosidad sobre su relación con Rory y Darragh, pero no quería meterme demasiado.

—Quizá puedes contarme tus batallitas de adolescente cuando

vuelva de España.

—Era un auténtico trasto. —Rio Mellie mientras acariciaba el pelaje de Limón con cariño—. Pero si te apetece oírlas, tendrás que invitarme a palomitas de caramelo, chocolate y un buen brandy.

—Me saldrá cara la noche de chicas.

—Pero será la mejor que hayas vivido nunca.

Capítulo 15

Bruno

Estuve casi dos minutos plantado en la puerta de la casa de mis padres antes de atreverme a llamar al timbre.

Cuando por fin lo hice, escuché casi al instante los pasos familiares de mi madre acercándose a la entrada. Abrió —con esa mala costumbre suya de ni siquiera preguntar quién había al otro lado— y cogió aire con fuerza.

—¡Bruno! —exclamó, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué haces aquí?

Me envolvió en un abrazo cálido que le devolví, apoyando la barbilla en su cabeza rubia. Llevaba toda la noche viajando y estaba agotado, pero los abrazos de mi madre siempre venían bien para reponer las fuerzas. Su ropa olía al suavizante de toda la vida, y hasta ese momento no me di cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—Quería daros una sorpresa.

Ella rio, feliz, y se separó para agarrarme de los hombros.

—¿Una sorpresa? Eso seguro que ha sido cosa de Fiona, entonces.

—Miró a los lados, buscándola, y se me cogió un nudo en la boca del estómago—. ¿Por dónde anda? ¿Tenía que hacer algo antes?

—En Escocia —dije, un poco azorado de pronto—. He venido solo.

La sonrisa de mi madre cayó y esos ojos verdes tan idénticos a los míos se inundaron de preocupación.

—¿Ha pasado algo?

—¡No! No, nada. Tenía que trabajar, solo es eso.

—¿Seguro? —preguntó con suspicacia.

—Segurísimo. ¿Es que no puedo darles una sorpresa a mis padres?

—Claro que sí, tesoro. Venga, pasa, pasa. Ya verás la alegría que le vas a dar a tu padre. ¡Antonio, baja!

Acompañé a mi madre hasta la cocina. La casa olía a café y a tostadas recién hechas, y la luz que entraba por la ventana era cálida como solo podía serlo a orillas del Mediterráneo. Dejé la mochila a un lado y mi madre rechazó todos mis intentos de ayudarla con el desayuno mientras insistía en que me sentara.

Mi padre apareció poco después, todavía con la bata puesta y el pelo castaño entremezclado con canas aún revuelto.

—¿Estoy todavía dormido? —preguntó, y una sonrisa se extendió por su rostro.

—Puedo pellizcarte si quieres —propuso mi madre, divertida.

—Hola, papá. —Me levanté para darle un abrazo, y él me estrechó con fuerza y un poco más de tiempo del habitual—. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien. Y ahora mejor todavía. ¿Por dónde está nuestra pelirroja favorita?

—Trabajando —dije de nuevo.

Ninguno de los dos insistió, pero la cara de mi padre cambió y ambos compartieron una mirada que dejaba claro que no terminaban de tragárselo. Por supuesto que era raro que viniera sin

Fiona un jueves cualquiera, sin avisar y después de haber cogido un vuelo nocturno.

Pero ¿qué iba a decirles? Ni siquiera habíamos peleado, porque algo así lo habríamos arreglado como mucho en unas horas, como siempre. Había sido algo distinto, mucho peor: el darnos cuenta de que queríamos vidas diferentes, de que nuestras necesidades eran irreconciliables. Al menos, tal y como lo estábamos planteando.

Volví a sentarme en la silla y sonreí para disimular lo hecho pedazos que tenía el corazón. Mis padres siempre habían estado ahí para apoyarme, pero nunca me había gustado preocuparlos con mis problemas.

Desayuné con ellos con el murmullo del televisor de fondo y una conversación tan sencilla y familiar que parecía que no había pasado ni un minuto desde la última vez que estuve sentado en esa mesa. Luego, se prepararon para el trabajo y me dieron un par de abrazos cada uno antes de marcharse a enfrentar su jornada. La idea de pasar unos días en casa de mis padres después de tanto tiempo me resultaba agradable, pero el saber que Fiona y yo estábamos mal era como una mano que me estrujaba con fuerza el corazón a cada momento.

Joder, acababa de irme y ya la echaba muchísimo de menos.

—Así que, en resumen, has dejado a tu pareja de hace diez años sola en Escocia porque te ha venido grande el cambiarte de país —dijo Daniel con suavidad.

—En resumen, sí —murmuré, echándome para atrás en el asiento de la terraza en la que habíamos quedado.

—Has desbloqueado un nivel nuevo en ser gilipollas, Brunito de mi corazón.

Fulminé con la mirada a Juande, que le dio, con inocencia, un

trago a su Coca-Cola.

—Gracias por la comprensión, ¿eh? Me siento mucho mejor.

—A ver, tío —continuó Daniel, siempre mediando—. Yo entiendo que es complicado vivir en otro país y dejarlo todo atrás, pero ¿no podíais hablarlo?

—Ella sabe que no estaba bien allí. La cuestión es que quiere vivir allí para siempre y yo no. ¿Y qué vamos a hacer? Si le pido que volvamos puede que acepte, pero siempre le quedará esa espinita en el corazón, ¿o no? No puedo hacerle eso, no puedo ni quiero pedirle que sacrifique sus sueños por mí. ¿Y cuál es la otra opción? ¿Volver allí y pasar mi vida en un lugar en el que no quiero estar? Porque entonces el de la espina en el corazón voy a ser yo, y me parece que no voy a aguantarlo. No sé qué hacer, pero tampoco puedo perderla.

La voz se me rompió en la última frase, pero apreté la mandíbula para no echarme a llorar como un crío allí en medio.

La idea de perder a Fiona me dolía hasta resquebrajarme las entrañas. En cuatro días, no nos habíamos mandado ni un triste mensaje, y me hacía el mismo daño imaginarla olvidándose de mí y dándose cuenta de que en realidad no me necesitaba en absoluto como el pensar en ella triste y llorando por mi culpa.

Llevaba cuatro días hecho una mierda, y eso que se suponía que había vuelto porque en Savento iba a ser feliz.

«Sorpresa, pedazo de imbécil, ya no vas a ser feliz en ninguna parte».

—Bruno —la voz de Juande sonó distinta esta vez, más seria—, creo que los tres sabemos que no vas a perder a Fiona. Os queréis demasiado como para que lo que tenéis se termine.

Clavé la mirada en la mesa de metal. Me ardían los ojos.

—Pues no sé cómo se sale de esta situación.

—Hacer un sacrificio por amor es fácil —dijo Daniel, poniéndome una mano en el hombro—. Lo difícil es vivir luego sin eso que has sacrificado.

—Preciosas palabras. —Me sorbí la nariz—. Pero no entiendo a dónde quieres llegar.

Mi amigo dejó escapar una carcajada.

—Que es muy bonito que la siguieras hasta Escocia, por amor, a empezar de cero a su lado, Bruno, pero tampoco puedes olvidarte de ti mismo en el proceso.

—¿Y entonces qué hago? Quiero pasar mi vida con ella, pero también quiero tener cerca al resto de las personas que me importan. No quiero perderme vuestras vidas ni las de mi familia.

—Estamos a un vuelo de distancia, idiota. —Juande se levantó a abrazarme cuando se me escapó la primera lágrima, y también él tenía los ojos brillosos—. Si cuando te entró el otro día la cagalera por venirte solo tardaste unas horas.

—Exacto. Y no te estoy diciendo que no vuelvas a Escocia o que te vayas sin mirar atrás, porque no se trata de priorizar la felicidad de uno por encima de la del otro, pero estoy convencido de que si lo habláis, encontraréis la solución perfecta. Joder, lleváis diez años encontrando soluciones a todos los problemas. Sois Bruno y Fiona, es lo que hacéis; no conozco a otra pareja que se complemente mejor a la hora de superar los obstáculos.

Eso había creído siempre, que éramos complementarios. Que en nuestro vuelo, ella tiraba de mí cuando caía muy cerca del mar y yo la sostenía cuando se acercaba demasiado al sol. Que así ella no se escaldaba con sus locuras ni yo me ahogaba en un vaso de agua.

Era un imbécil. Había tenido tanto miedo a ser una carga para ella y arruinar su felicidad que había estado dispuesto a sacrificar la mía a cambio. Pero ¿podría acaso yo ser feliz si ella tomara por mí

decisiones que le hicieran daño?

También había creído que regresar a Savento sería la solución a mis problemas, pero alejarme de su lado nunca había remediado absolutamente nada.

—Tengo que irme —dije, levantándome con tanto entusiasmo que estuve a punto de tirar la silla.

Tenía que volver. Tenía que volver a Loch Haven y recuperarla a ella, y luego ya hablaríamos de dónde hacernos viejos. Ella me escucharía y yo la escucharía a ella, y encontraríamos la forma de ser felices juntos; era lo que habíamos hecho siempre.

Mis amigos compartieron una mirada cómplice y luego me observaron, sonrientes.

—Ya estás tardando —respondió Juande—. Corre a por tu chica.

Llegué al aeropuerto menos de una hora después; el tiempo justo para despedirme de mis padres, coger la mochila con la que había venido y subirme al primer taxi que vi en la parada.

Con suerte, llegaría esa misma noche a Loch Haven. Podría arreglarlo, claro que podría. Entraría a casa y me disculparía y hablaríamos de nuestros miedos y preocupaciones y, tal y como habían dicho mis amigos, encontraríamos la solución para estar los dos bien *de verdad*, fuera en un lugar o en otro. Todavía no sabía cómo íbamos a hacerlo, pero lo averiguaríamos.

De camino al control de seguridad vi una floristería y me detuve en seco. ¿Qué era un gesto romántico (o una disculpa) sin flores? El precio iba a estar bien inflado y tal vez se me chuchurrieran un poco en el avión, pero no podía arriesgarme a aterrizar en Edimburgo y que por las horas estuviera todo cerrado.

Me acerqué y compré un par de tulipanes blancos y amarillos. Cuando la chica de la tienda me los dio y me di la vuelta, un par de

trenzas pelirrojas llamaron mi atención.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Fiona?

Ella se giró, sorprendida de oír su nombre, y entonces me vio. Llevaba un ramo de peonías rosas y azules, y al instante una sonrisa se extendió por su rostro.

—¡Bruno! —Se lanzó a mis brazos con el ramo en una mano y yo la abracé con todas mis fuerzas. Olía a su perfume de siempre, a nuestro champú y a flores. Olía a *casa*. Joder, cómo la había echado de menos. Su cuerpo tembló con un sollozo—. ¿Cómo...? ¿Qué haces aquí?

—Volver a por ti —dije con un nudo en la garganta—. Pero veo que te has adelantado.

Una risita le agitó el pecho.

—Como siempre.

Nuestros labios se unieron, un poco salados, desesperados tras tantos días sin los besos del otro. Fiona se alejó de mí lo justo para mirarme y le acaricié la cara para secar una lágrima que le corría por la mejilla.

—¿Esas flores son para mí?

—Para mi chico favorito; no hay gesto romántico sin flores. ¿Y esos tulipanes?

—Ah, para Limón —bromeé, y ella se rio y me dio un suave porrazo en el hombro—. Perdóname, Fi. No debí marcharme así.

—Shh. —Me tapó la mano con la boca—. Ibas a regresar a por mí a ese sitio que te parecía un barco hundido, y si para respirar necesitabas dar un paso atrás, está bien. Está todo bien.

La oleada de alivio que me invadió fue tan abrumadora que no supe cómo me sujetaron las rodillas.

—¿Nos sentamos en algún sitio más tranquilo?

Ella asintió y caminamos de la mano hasta la entrada del aeropuerto, donde unos bancos y maceteros de hormigón adornaban una terracita con varias cafeterías. Nos sentamos en uno de los bancos, uno junto al otro, yo con el ramo de peonías en el regazo y Fiona con un tulipán amarillo pegado de la nariz.

—Tenemos que hablar —dije entonces, y ella me apretó la mano con fuerza. Lo sabía, por supuesto. No podíamos salir de esta sin una conversación de verdad—. Cuando te lo dije estaba muy agobiado y me puse muy catastrofista, pero ahora mismo... Me cuesta mucho verme en Loch Haven toda la vida, Fi. No sé si es porque siempre me he imaginado viviendo más cerca de mi familia y mis amigos o si es porque aún no me he adaptado y en algún momento cambiaré de opinión, pero...

—Lo entiendo, de verdad. Y yo estaba tan obsesionada con que era la oportunidad de nuestra vida, con lo felices que *teníamos* que ser así, que supongo que me dejé llevar por la ilusión.

—Es una decisión importante —murmuré—. El «dónde vamos a estar para siempre».

—Y la tomé muy a la ligera sin pensar demasiado en lo que tú quieres, ¿verdad? Me olvidé de lo más importante, además: que mi hogar es donde estés tú, ya sea en Loch Haven, en Savento o en el Polo Sur.

—No quieres mudarte al Polo Sur, ¿verdad? —pregunté, medio en broma, medio en serio. Por si acaso.

—Claro que no. —Fiona se rio—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé, pero te encanta Loch Haven, Fi.

—Amo nuestro pueblito escocés, sus costumbres y a la gente que hemos conocido, pero quizá no tenemos que tomar ya la decisión de quedarnos allí para siempre. Nuestra casita embrujada no va a moverse de donde está, pero eso no significa que estemos atados a

ella. Mi pregunta ahora es: ¿quieres volver?

Tragué saliva. No estaba orgulloso de haberme alejado de Fiona, pero era evidente que ella llevaba razón: estos días nos habían permitido pensar con un poquito más de claridad en lo que verdaderamente importaba. Y yo tenía más claro que nunca que lo que quería era pasar el resto de mis días a su lado.

—Mi hogar eres tú. No puedo ser feliz en un lugar en el que no estés, y tampoco odio Loch Haven. Si lo pienso en frío, incluso empezaba a cogerle cariño a mi rutina allí, a pesar de todo, a abrirme un huequecito. Lo que sí necesito es que me tengas paciencia y, sobre todo, venir algo más por aquí. Sé que con tu trabajo no es fácil y tenemos que amoldarnos a él, pero...

—Sabes que adoro ir en *pack* contigo a todas partes, pero no pasa nada si vienes cuando necesites unos días con tus amigos o tus padres, aunque sea sin mí. El vuelo no es tan largo, y si eso te ayuda a coger fuerzas y a respirar, yo aprovecharé para montar noches de chicas con Mellie y te esperaré para llenarte de besos cuando vuelvas.

—¿Y si nunca cambio de opinión? —pregunté, temeroso—. ¿Y si sigo sin querer vivir allí para siempre?

—Ya te lo he dicho: nuestra casita en Loch Haven seguirá estando ahí para ir de visita, y Savento tampoco se irá a ninguna parte. Así que ya buscaremos un lugar que nos haga felices a los dos. ¿Te animas a buscar juntos nuestro lugar en el mundo?

La estreché contra mis brazos, con el corazón martilleándome con fuerza en el pecho. Esta vez de algo distinto al miedo que llevaba persiguiéndome desde nuestra llegada a Loch Haven: del amor tan inmenso que sentía por ella. Ya no tenía que escoger entre su felicidad y la mía, porque juntos encontraríamos la manera de que fueran una sola.

—Sabes que iría hasta el fin del mundo contigo, Fiona.

—¿Incluso al Polo Sur? Porque los pingüinos...

Meneé la cabeza, riendo. Esta chica nunca dejaría de meterme en líos.

Y a estas alturas no quería que dejara de hacerlo.

Capítulo 16

Fiona

Cuando abrí los ojos en la cama de Bruno, pensé que nuestra vida en Loch Haven había sido un sueño.

Me incorporé algo desorientada, rodeada de ese ambientador con aroma a ropa limpia que me hacía sentir como en casa, pero lo que acabó de un plumazo con el desazón de mi pecho fue el siseo de las sábanas; el leve gruñido que le siguió. Bruno me abrazó la cintura, atrapándome.

—Te tengo —susurró con aquel tono aterciopelado que me erizaba la piel—. Si pensabas escaparte ya es demasiado tarde.

Una pequeña risa escapó de mi garganta. Toda mi pesadumbre dejó de existir de un momento a otro, como si jamás hubiera tenido motivos suficientes para quedarse.

—No tenía intención de ir a ningún sitio, mi amor.

Bruno hundió la cara en mi pelo. Aún estaba soñoliento y quizá no era demasiado consciente de sus movimientos, pero se agarró a mí como si el mundo fuera a acabarse y yo fuera la única persona que pudiera mantenerlo a flote.

—Han sido los peores días de mi vida.

—Y los de la mía. Así es como debió sentirse mi camiseta fucsia cuando *mágicamente* pasó a ser rosa pastel en la lavadora. Descolorida.

Bruno suspiró.

—¿Vas a recordármelo toda la vida? Fue sin querer.

Le masajeé el entrecejo fruncido con el índice, riéndome, y Bruno chasqueó la lengua. Me encantaba ver esa expresión que parecía preguntarme si en serio se la tenía guardada después de tanto tiempo. Adoraba chincharlo hasta que mi cuerpo giraba entre sus brazos y empezaba una guerra de cosquillas. Y, sobre todo, cuando estas terminaban convirtiéndose en largos besos que me derretían de placer.

Terminé con la cabeza acomodada en su pecho mientras los latidos de mi corazón se acompasaban con los suyos. Parecían una melodía: tenue y cálida, como las nanas que se cantaban a los niños antes de ir a dormir. Bruno acariciaba mi pelo con suavidad, y notaba un ligero cosquilleo en mi coronilla cuando entrelazaba los mechones alrededor de sus dedos. Y ese simple gesto se convertía en mi lugar favorito en el mundo.

—¿A qué hora sale nuestro vuelo?—susurré un tanto somnolienta.

—A primera hora de la tarde.

—Podemos quedarnos unos días más si...

—Quiero hacerlo —me cortó Bruno, incorporándose conmigo sobre su pecho—. No voy a decirte que no me asusta, pero sí que echo un poco de menos el subirme a los árboles a buscar señal.

—Y yo que pensaba que te sentías mal por no ser mi cotilla personal en tus encuentros con Darragh.

—Ah, ya veo que solo me quieres por los chismes.

—Te gustan tanto como a mí, no lo niegues.

—Pero yo te quiero por más cosas. Como tu bizcocho de limón —bromeó con una sonrisilla en los labios.

—Nuestro Limón.

Nos miramos, cómplices, y ambos sonreímos.

Años atrás, Bruno y yo trabajamos de monitores en unas jornadas que resultaron ser un desastre, con unos críos que no hacían más que dar voces e intentar volvernos locos. Uno de los primeros días, con un horno de leña y un puñado de ingredientes, conseguimos amansar a las fieras con unos bizcochos de limón.

Desde entonces, el limón había sido la clave de la felicidad. Igual que nuestro pequeño bichito peludo. Nuestra salvación en los momentos más duros y nuestro dolor favorito de cabeza.

—¿Estará bien? Es la primera vez que nos vamos así.

—Mellie lo cuidará bien —dije para calmarlo—. Aunque espero no encontrarme con un perro con siete kilos de más, que el veterinario dijo que estaba en su peso perfecto.

—Fiona...

—Vale, vale. —Reí mientras salía de la cama. No era la primera vez que me había escabullido de ella para que sus padres no nos pillasen. Era de lo más curioso que un lugar que visité tantas veces se terminara convirtiendo en un hogar mucho más importante que mi propia casa—. Encontraremos a nuestro bizcochito a salvo.

El viaje de vuelta fue ameno, sin ninguna turbulencia que me hiciera preguntarle a Bruno sobre si debía ponerme la mascarilla o el chaleco de emergencia. Estaba tan contenta que debía de parecer una ardilla con una sobredosis de café, pero los últimos días habían sido tan feos que, ahora que tenía a Bruno a mi lado, el sol había salido de nuevo de entre las nubes.

Loch Haven nos esperaba como si se tratase de una bonita postal: con el sol en lo más alto del cielo, creando diferentes tonalidades de

azul sobre el lago. La sensación que más me alivió fue tener a Bruno a mi lado, con esa expresión calmada que conseguía despejar cada uno de sus miedos. Entrelacé los dedos con los suyos con suavidad, como si le prometiera en silencio que no importaba si flaqueaba en nuestro segundo intento de volver.

Estábamos juntos.

Hoy y siempre.

—¿Crees que podremos regresar a España para el cumpleaños de mi madre?

Noté una ligera duda en su pregunta, pero me limité a apretar el contacto de nuestras manos. No tenía que fingir ser fuerte para que todo saliera bien. Podía caer todas las veces que necesitase porque yo lo sostendría.

—¿Quién le hará la mejor tarta del mundo si no vamos?

Bruno rio. Noté cómo su pequeña carcajada me hacía cosquillas en la sien mientras me aferraba entre sus brazos. Hornear el pastel de mi suegra era toda una tradición; el año pasado estuvo inspirado en *Anatomía de Grey*, y este sabía que lo estaría en *La casa del dragón*.

Los ladridos de Limón nos devolvieron al presente. A apenas unos metros, en el punto más remoto del mundo, se vislumbraba nuestra casita de ensueño. En el porche, nuestro hijo perruno movía la cola feliz, como si se hubiera percatado de que habíamos vuelto a casa mucho antes de lo que imaginábamos. Y no sé si fuimos nosotros los que nos emocionamos más cuando corrimos hacia él, o si fue nuestro *golden* el que inició el encuentro mucho antes de que abandonáramos las maletas en mitad de la nada.

Lo único que sé es que nuestro pequeño nos recibió entre sollozos y lametones.

—Tranquilo, gordo, ya estamos en casa —susurró Bruno juntando

la frente con la de Limón para calmar su ansiedad.

—Te has ganado dormir con nosotros hoy, peque.

Limón ladeó la cabeza en un gesto adorable, como si comprendiera a la perfección que esa noche iba a ser el rey de la casa. Y, mientras él ladraba bajo el sol cálido de Loch Haven, los tres nos adentramos en nuestro hogar.

«Hogar». Tan solo cinco letras que llevaba buscando sin descanso desde que era niña. Y, por fin, podía compartir con el hombre que más amaba en el mundo.

No sería perfecto. Tropezaríamos y caeríamos en más de una ocasión, pero era nuestra historia. Una que escribiríamos capítulo a capítulo con mejor letra, o con una desastrosa. Pero, al fin y al cabo, solo nuestra.

Epílogo

Bruno

—¡Fiona, que nos matamos!

La risa cantarina de Fiona me hizo cosquillas en el estómago y, agarrada de mi mano, siguió tirando de mí mientras nos deslizábamos en patines sobre la superficie de la pista de hielo que instalaban todos los inviernos en el centro de Loch Haven.

—¡Esto es muy divertido! —exclamó ella, girando a mi alrededor mientras yo me tambaleaba sobre los patines.

A pesar de mi inestabilidad y de la adrenalina que me corría por las venas, Fiona tenía razón: era divertido. Teníamos las narices rojas del frío y las orejas heladas a pesar de los gorritos de punto que nos había tejido el mes pasado por Navidad la señora Campbell. Pero no importaba, ni eso ni los tejados cubiertos de nieve, porque nuestras risas conseguían alejar hasta el último retazo de invierno de nuestro interior.

Fiona perdió el equilibrio y, por más que traté de agarrarla, acabé dando un culazo contra el suelo con ella encima.

—¡Ay! —protestó ella, sin parar de reír—. ¿Estás bien?

—No tan bien como tú, desde luego.

—Mi héroe, gracias por amortiguarme el golpe.

Me dio un beso a modo de agradecimiento. Ambos teníamos las bocas frías, pero la suavidad de sus labios me hizo sonreír. No creía que llegara el día en el que los besos de Fiona no me alegraran.

—¿Algo roto? —preguntó Mellie, patinando hacia nosotros con la soltura de alguien que debía de haber pasado inviernos enteros allí metida.

—Solo la dignidad —respondí, y agarré la mano que me tendió Marshall para ponerme de pie, aunque trastabillé un par de veces en el intento. Darragh ayudó a Fiona, que se levantó con más gracia que yo—. Gracias por el moratón en el culo como regalo de cumpleaños.

En realidad, aún me faltaban unos días para cumplir los veintiocho, pero Daniel y Juande habían decidido reunir a nuestro grupo de siempre para celebrarlo, así que iría a pasar una semana en Savento y Fiona se nos uniría durante los tres días libres que había juntado en el trabajo. Llevaba desde principios de diciembre sin pasar por Savento, hacía ya dos meses, y tenía muchas ganas de ver a todo el mundo.

No pudimos ir en Navidad por el trabajo de Fiona, pero mi pelirroja favorita se las arregló para que mis padres y mis abuelos pudieran venir a pasar unos días con nosotros. Habíamos cenado en casa de Darragh, que convenció a su padre de que se disfrazara de Papá Noel para darle una noche inolvidable a la pequeña Lilian. Había sido muy especial y, por una vez, rodeado de mi familia y aquellos nuevos amigos que habíamos hecho, pude sentirme parte de este pueblo.

Quizá vivir fuera significaba echar constantemente de menos un lugar y a personas diferentes, ya fuera tu familia de siempre o la que

construías a tantos kilómetros, pero por fin había aprendido que no tenía que renunciar a ninguna. No del todo, al menos.

Y, después de tantos meses, había dejado de ver en Loch Haven una cadena y ahora el pueblo comenzaba a sentirse un hogar.

—Eres un exagerado —dijo Darragh—. Se te están pegando cosas de Fabiano, de tanto tiempo que pasas en esa biblioteca.

—Eh, que le está viniendo genial para soltarse con inglés —me defendió Mellie.

—Y tanto. Además, Bruno siempre ha sido un exagerado. —Fiona se rio—. Eso no es nuevo.

—Le dijo la sartén al cazo —murmuré en español por lo bajito, metiéndome con ella, y la sonrisa de Fiona se ensanchó antes de dar una vuelta sobre sí misma con esos patines a los que le había cogido el truco sorprendentemente rápido y con los que tanto se estaba divirtiendo.

Para cuando salimos de la pista de hielo un rato después, apenas sentía los dedos de los pies. La mano de Fiona agarraba la mía con firmeza, recordándome que no importaba cuántas veces me tambaleara o cayera, ella estaría ahí. Nos sostendríamos el uno al otro tal y como habíamos hecho durante los últimos diez años, y como esperaba que lo hiciéramos durante el resto de nuestras vidas. Donde fuera, pero juntos.

Éramos Bruno y Fiona, al fin y al cabo. Más felices que nunca, más unidos y fuertes después de superar nuevos obstáculos.

—¿Crees que algún día podría abrir mi propia pastelería? —me preguntó Fiona de la nada, mirando las calles cubiertas de nieve que reflejaban la luz de las farolas ahora que comenzaba a anochecer.

—¿Le vas a hacer la competencia a tu jefa?

Fiona rio, algo nerviosa.

—No, por supuesto que no. La señora Moore es un poco gruñona,

pero tiene buen corazón. Lo que he pensado es que podría trabajar con ella y suministrarle dulces, pero siempre he querido tener mi propia pastelería y así tendría más libertad para hacer mis propias recetas. Además, Mellie podría echarme una mano. Y si nos fuese bien, quizá podríamos abrir otra en Savento, ¿sabes? O en alguna ciudad cercana.

Pestañeé varias veces, sorprendido.

—¿Y esa idea?

—Porque sería mi propia jefa, podría elegir mis horarios y, si quisiéramos, podríamos pasar una parte del año en Savento y otra aquí. Tendríamos libertad para estar en un lugar o en otro según nos apeteciera. ¿Qué te parece? ¿Cuento contigo para llevar la contabilidad y el papeleo?

Me detuve, mirando a Fiona con un nudo repentino en la garganta. Sabía que no era la primera vez que pensaba en montar su propia pastelería, pero sí la primera que se atrevía a plantearlo en serio. Estaba muy orgulloso de ella. Además, sabía que parte de ese nuevo sueño era pensando en mi felicidad. En la de los dos, como el *pack* inseparable que éramos.

—Y para llenarme hasta los codos de masa, si es necesario. Tendremos que ir buscando nombres.

Los ojos grises de Fiona brillaron con esa ilusión que adquirían cuando se presentaba ante ella una nueva aventura, un reto que superar. Cuando se decidía por algo, era una fuerza imparable, y yo pensaba estar a su lado en cada una de sus locuras, de sus saltos al vacío.

Amaba a esa chica con todo mi corazón, y había sido un idiota al pensar que nuestros deseos eran irreconciliables, que uno tendría que ceder a los sueños del otro.

Pero el amor no era ceder hasta romperse, sino encontrar el

equilibrio.

Y no había dos personas en el mundo que se complementaran mejor que nosotros.

Agradecimientos

Mar

Toda historia tiene un comienzo y un final. Quizá por eso, considero que no puedo empezar esta última parte sin que las dos podamos dar voz a un trocito de cómo terminamos escribiendo una novela sobre Escocia. Esta surgió un verano donde María y yo divagábamos acerca de escribir juntas. O quizá empezó en esos primeros días en los que, tras hablar durante horas sobre libros, decidimos que podíamos escribir algo más que drama, personajes rotos o grises.

¿Por qué no íbamos a poder escribir una *romcom*?

Ese fue nuestro reto el año pasado: tener una novela fresca, bonita, ligera, real y con carcajadas.

Lo más divertido de esta experiencia ha sido que Fiona y Bruno tuvieran vida propia, que pasearan por Loch Haven como si se tratasen de unos primos lejanos que las dos conocemos y que tienen problemas de pareja. Lo típico, ¿no? Pero, quizá para nuestra sorpresa, no solo el pueblito perdido de la mano de Dios ha sido un sitio que querer visitar, sino que también los secundarios tenían y tienen mucho que decir.

Como coautora no podría estar más orgullosa de haber

compartido este trocito de Escocia con ella. Gracias, María, por darme la oportunidad de escribir contigo. Por dar fuerza, motivación y cariño a esta escritora que tiende a quejarse más que a sonreír. Gracias. Te quiero.

Agradecer a Lola, nuestra editora, por darnos la oportunidad de que esta novela pueda llegar a cada uno de nuestros lectores y lectoras.

A Chris, por confiar una vez más en mi escritura más que yo misma.

A Alba (@LosPatitosLeos), por ser una de las mejores lectoras que tengo. Gracias por chillar conmigo, sin mí y en todo momento.

A Mary J, Eli y Beca, una vez más por hacerme sentir que puedo brillar en un cielo repleto de estrellas. Gracias por apoyarme siempre.

Y a ti, lector, por haberte interesado en nuestra historia.

Esperamos que el mundo de Fiona y Bruno te arranquen unas carcajadas.

María

Parece que fue ayer cuando, sentadas en el sofá con el portátil entre las dos, plasmamos en un documento compartido las primeras ideas de lo que ahora es la historia de Bruno y Fiona.

Siendo sincera, cuando empezamos no esperaba disfrutar del proceso tanto como lo hice, y es que creía que sería aburrido escribir una historia con poquito drama o con personajes sin una buena lista de traumas. Sin embargo, ha sido una experiencia muy especial la de explorar los temas que abarca esta novela: el hogar, migrar y estar dividido entre dos lugares o el precio de los sacrificios que se hacen por amor. Y Bruno, Fiona y Limón me han descubierto que

también puedo disfrutar de escribir cositas más divertidas o ligeras. De vez en cuando, al menos.

Y esto no habría sido posible, por supuesto, sin Mar y su propuesta de escribir algo entre las dos. Escribir a cuatro manos es divertidísimo cuando se hace con las personas correctas, y quién iba a decir que dos escritoras dramáticas podían juntarse y escribir una comedia romántica. Me sorprende que no nos haya salido el drama del siglo, y estoy muy orgullosa de nosotras. Te quiero un montón.

Tampoco habría sido posible sin Lola, nuestra editora, a la que estamos muy agradecidas por habernos dado esta oportunidad y por ser tan paciente y comprensiva con nuestros retrasos y modificaciones.

Por supuesto, mil gracias como siempre a Milo, por estar en las buenas y en las malas y no dejar de creer nunca en mí. Gracias por escucharme hablar durante ratos interminables sobre mis novelas, personajes y divagaciones cada vez que me atasco o me emociono con algo. Te amo más que al mundo entero, mi vida.

Gracias como siempre a mi familia al completo. Sé que el libro os ha pillado por sorpresa y vais a regañarme (o ya lo habréis hecho para cuando leáis esto) por no contar nunca nada. Lo sé, lo sé. Para el próximo lo haré mejor, lo prometo. ¡Os quiero mucho!

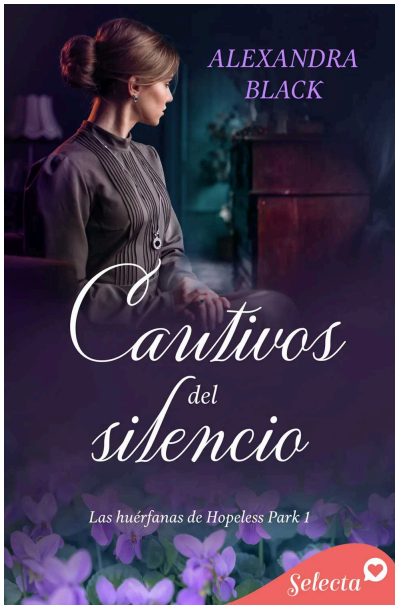
No quiero enrollarme demasiado, pero gracias también a mis amigas, a las que celebran cada logro como si fuera propio y están en los días malos. A Catherine, porque sé que estás y siempre lo estarás a pesar de la distancia y las videollamadas pendientes. A Carmen, Mar B y Carlos, porque quedar con vosotros siempre es volver a casa. Y A Noe, Darkwake, Zoé y Anne, porque sois de lo más bonito que me ha dado la escritura.

Si te ha gustado

Hasta el fin del mundo contigo

puedes disfrutar de estas






Hollie Deschanel
El deseo de enamorar a una mentirosa
Cazafortunas y canallas 2
Selecta


Más profundo que el mar
BETHANY BELLS
Selecta


Una DAMA del SUR
Laimie Scott
Selecta


NATALIA SÁNCHEZ DIANA
BAJO LOS CIELOS DE SIAM
Selecta


Sandra Bree
Di que me amarás siempre
Selecta


La incómoda razón de la señorita Whitmore
MAYEDA LAURENS
Selecta

De todos los enredos en los que Fiona le había metido, este sería el que más le pasaría factura.



Bruno y Fiona son la pareja perfecta, dos polos opuestos que se complementan. O así ha sido siempre, porque desde que se han mudado a Escocia, todas sus creencias se están tambaleando.

Fiona siempre ha sido una defensora de las causas perdidas, como la encantadora casita **llena de potencial** en un pueblo perdido que un tío abuelo le ha dejado en herencia. Es la oportunidad perfecta para empezar de cero, vivir su vida de cuento con su marido y ser **felices para siempre**. No ha sido fácil convencer a su chico, pero ya nada puede salir mal.

Bruno nunca ha sido un aventurero ni muy amigo de los cambios, pero lleva diez años dejándose arrastrar de lío en lío por su amor a Fiona. Aun así, lo último que esperaba era dejar atrás sus sueños y toda su vida por irse a una casa que **se cae a pedazos** y que, según los vecinos, está maldita.

Tal vez una vida rural no era el futuro que él imaginaba ni es tan idílica como ella esperaba, pero quizás sea justo lo que les ayude a ver lo que de verdad importa… o lo que haga que su relación se rompa para siempre.

Mar Poldark nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.

María Moreno (Málaga, 1999) es graduada en Terapia Ocupacional, lo que compagina con su amor por las letras, el chocolate y los girasoles. Es autora de *Entre líneas* (Wattpad, 2023) y *El desorden del universo* (Amazon, 2024), dos novelas juveniles con mucho foco en la salud mental. Cuando no está escribiendo o soñando despierta, puedes encontrarla cuidando sus plantitas de Stardew Valley, viendo series o leyendo cualquier cosa que le caiga entre las manos.

https://twitter.com/mariamoreno13_

https://instagram.com/mariamoreno13_

https://www.tiktok.com/@mariamoreno13_



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Mar Poldark y María Moreno
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Viktoria Win

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-68-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Hasta el fin del mundo contigo
Capítulo 1. Bruno
Capítulo 2. Fiona
Capítulo 3. Bruno
Capítulo 4. Fiona
Capítulo 5. Bruno
Capítulo 6. Fiona
Capítulo 7. Bruno
Capítulo 8. Fiona
Capítulo 9. Bruno
Capítulo 10. Fiona
Capítulo 11. Bruno
Capítulo 12. Fiona
Capítulo 13. Bruno
Capítulo 14. Fiona
Capítulo 15. Bruno
Capítulo 16. Fiona
Epílogo. Bruno
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre las autoras

Créditos